
El combate
de la
pureza
P. G. Hoornaert

P. G. Hoornaert S.J.

El combate de la pureza

Texto resumido y adaptado por
Alberto Zuñiga Croxatto

Lima, 2008

ÍNDICE

PRÓLOGO

La guerra a la tiranía de las pasiones se impone a todo hombre aquí en la tierra. Es una ley costosa pero necesaria para poder ser libre, para el que quiera vivir en paz y en armonía consigo mismo y con los demás.

Esta exigencia persigue un ideal hermoso y sublime, oculto a una juventud que, locamente enamorada de sí misma, sacrifica su integridad moral al placer, y luego no duda en arruinar en los demás lo que no ha sabido respetar en sí misma.

Pero hay todavía una depravación más maliciosa que la tentación misma: la calumnia lanzada de que la ley de la castidad es imposible, de que no se puede vivir de acuerdo con las exigencias del amor auténtico. La castidad —se dice— es cosa de hombres débiles y apocados.

¿Tendrán razón? ¿Es realmente cierto lo que afirman?

¿*Débil*, el hombre que alimenta ambiciones celestiales; fuerte, el que no tiene valor para elevarse por encima de su sensualidad egoísta?

¿*Débil*, el que lucha por la dignidad de su alma; fuerte, el que se envilece?

¿*Débil,* el magnánimo, que se olvida de sí por Dios y por los otros hombres; fuerte, el egoísta que no sueña más que en miserables placeres?

¿*Débil*, el justo, el que respeta y sabe cumplir sus deberes para con el prójimo; fuerte, el esclavo de deseos culpables?

¿*Débil*, el que se domina a sí mismo y enriquece a la sociedad con su pureza de corazón; fuerte, el empobrecido, el extenuado por el vicio?

¿*Débil*, el hombre que sabe cumplir sus compromisos sagrados; fuerte, el cínico o hipócrita que viola sus promesas y juramentos?

¿*Débil*, el victorioso; fuerte, el vencido?

Y, no obstante, se da crédito a la absurda calumnia. Los prejuicios del mundo la mantienen; médicos hay qué en nombre de una pretendida pseudo-ciencia la refuerzan con perversos consejos; una gran parte de los medios de comunicación social parece empeñada en propagarla y patrocinarla, y un código moral *políticamente correcto* en boga formula para el hombre, para la mujer, para el soltero, para el casado un permisivismo degradante.

Ante tal insolencia la virtud tímida y discreta se resigna las más de las veces a sonrojarse; a veces, aún a capitular.

Por todo esto, es necesario hoy más que nunca hacer que se estime la pureza. Hay que infundir valor y fortaleza en quien la posee. Menester es también, pues la llevamos en vasos frágiles, enseñar el arte de defenderla, de preservarla de todo golpe mortal.

Y puesto que el hombre caído puede levantarse; puesto que el triunfo puede resarcir la derrota, es preciso reanimar los ánimos abatidos o vacilantes, y disponer al desquite a los indecisos, a los ya vencidos.

Este objetivo es el que le mueve al P. Hoornaert a escribir este libro, y lo consigue con un estilo ágil y atrevido, un libro que interesa como una novela de aventuras, y que forma como un tratado de vida espiritual.

El combate de la pureza: tal es el título belicoso de la obra. *La castidad es valentía:* tal es lógicamente la idea dominante.

Está valentía se ve en el libro del P. Hoornaert animada con preciosos consejos.

Además, con una elocuencia incisiva, hace que la recuerden o la vuelvan a valorar los que la ignoraban o la habían menospreciado.

Y el joven que lee este libro lo termina de leer encantado, aleccionado, enardecido, animado, entusiasmado.

¡Ojala que muchos jóvenes se hagan discípulos del P. Hoornaert! Así lo deseamos y lo esperamos. El combate librado bajo su dirección lleva con seguridad a la victoria.

¿Me contentaré con concluir diciendo que estas páginas tan actuales y tan llenas de vida, serán de mucha ayuda para los jóvenes? Eso es decir poco. El bien que se realiza por la pureza de la juventud es también de orden social. Tanto y más que la

salud corporal, importa a la sociedad la salud moral de sus miembros. Le importa por lo presente. Le importa por el futuro. Le asegura una prosperidad superior a la abundancia material. Si es verdad —como repite el P. Hoornaert— que la educación de un niño comienza cien años antes de su nacimiento, los castos de hoy preparan los hombres fuertes de mañana y pasado mañana.

Hay más todavía.

Cuando el Cristianismo penetró en la corrompida ciudad de Roma, más que por palabras, lo que llevaba a la gente a convertirse a la nueva fe, era el ejemplo de vida de los cristianos —el *mirad como se aman*—, la pureza, la coherencia y entereza con que vivían sus principios religiosos.

Así también tiene que suceder hoy. La conversión de muchos de nuestros contemporáneos, tan alejados de la Iglesia, dependerá en gran parte del ejemplo de vida de jóvenes cristianos, de mirada limpia y alegre, que abrigan en su corazón una caridad resuelta a los mayores sacrificios.

A. Vermeersch, S.J.

A LOS JÓVENES

¡Para vosotros escribo!

A vosotros, que tenéis el don de la juventud; que sois, por tanto maravillosamente ricos y podríais acrecentar este tesoro.

Vuestros corazones laten aprisa y con fuerza. Vuestros ojos brillan intensamente.

En vuestras almas bullen muchos deseos.

¡Sois por naturaleza generosos!...

¡Sois al mismo tiempo muy vulnerables!...

¡Vuestras almas son de un cristal muy frágil! Cristal muy hermoso, resplandeciente, pero frágil a los golpes.

Después de trataros muchos años de cerca, jóvenes de colegio o de universidad, he podido recoger muchas de vuestras confidencias e ilusiones. Basta sondear un poco en vuestras almas, para encontrar la fuente de donde brotan el entusiasmo y los nobles sentimientos.

Creo comprenderos. He asistido a vuestras luchas íntimas, he conocido vuestras noches de vértigo, vuestras mañanas de victoria, vuestras caídas y vuestro volver a levantaros.

¡Porque es posible levantarse!

Al lado de los inmaculados están los arrepentidos y las arrepentidas. Admiramos a San Juan, pero también a San Agustín y a Santa María Magdalena, la pecadora de Magdala, de la que Cristo lanzó siete demonios (Mc.16,9), y que vino a ser la hija predilecta de Nuestro Señor, la gran Santa del Nuevo Testamento.

Existen dos clases de inocencia: la inocencia que nunca se ha perdido —y ésta es la más bella— y la inocencia recobrada[1]. Pero esta última es tal vez la que más conmueve, la más humilde.

---

[1] Estas dos clases de inocencia estaban cerca de la cruz de Cristo: San Juan, que representaba la virginidad; y Santa Magdalena, que representaba el arrepentimiento.

Al lado del joven que viene diciendo con santa alegría: «No he caído», se encuentra el que acude arrepentido al sacramento del perdón buscando del Señor su salvación.

El Salvador misericordioso de nuestras almas, el que sabe de qué arcilla está formada nuestra pobre naturaleza —*Conoce nuestro barro* (Salmo 102)—, no se cansa jamás de perdonar desde hace veinte siglos a los hijos pródigos que vuelven al dulce hogar, donde encuentran el festín de la alegría, la túnica blanca, el anillo de la reconciliación; y donde encuentran sobre todo el corazón del padre que los ama y que olvida todas sus tropiezos.

¡Él es más indulgente, que nosotros débiles!

* * *

Si te encuentras extraviado, y por eso fatalmente triste, cambia de rumbo.

Si por vivir la vida de la gracia, eres feliz, persevera.

Triunfa de tus apetitos inferiores que quieren esclavizarte.

No hay mayor recompensa y satisfacción que el poder vivir la libertad de espíritu de los limpios de corazón.

Pero tal vez murmures en tu interior: «Es penosa esta lucha contra sí mismo, sin ningún testigo que vea lo que acontece en mi propio corazón. ¡Sin nadie que se de cuenta!»

¡Falso! Tienes una multitud de invisibles testigos: tu Dios, tu ángel de guarda, tus familiares queridos ya fallecidos y los santos del cielo.

Tú no los ves; te ven ellos.

Que Dios y la Virgen purísima me ayuden a hablarte con la claridad y delicadeza que requiere el tema. Quiero animarte a vivir la castidad, que no es otra cosa que el amor auténtico. Y ya que nuestros adversarios no se cansan de inventar nuevos incentivos a la impureza que tiraniza, yo no quiero cansarme de recordarte, de todas las maneras posibles, la gran bienaventuranza, fuente de felicidad: *¡Bienaventurados los limpios de corazón!*

Los cielos y la tierra pasarán, pero estas palabras divinas no pasarán. Continuarán en pie desafiando valientemente todas las épocas de la historia. Permanecerán como un faro luminoso en medio de las teorías en boga y de las fluctuaciones propias de la debilidad humana.

No hay mayor recompensa y satisfacción que vivir la libertad de espíritu de los limpios de corazón.



Beato Pier Giorgio Frassatti

ÍNDICE GENERAL

EL ESTADO MILITANTE

EL COMBATE DE TODOS

La idea de este tratado se reduce a esto: ¡La castidad es valentía!

«¡El combate de la pureza!»

Tal es el título.

El subtítulo podría ser la exhortación: *Salgan al campo los jóvenes y peleen* (2 Reyes 2,14); o las palabras de Job: *La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra* (7, 1); o el verso del Eclesiástico: *lucha.., por tu alma y combate hasta la muerte* (4, 33); o también las frases de San Pablo: *Sé buen soldado de Cristo Jesús* (2 Tim. 2,3). *Combate el buen combate* (2 Tim. 4, 7). *Esgrime la espada a diestro y siniestro* (2 Cor. 6, 7).



San Pablo, tan aficionado a este buen combate, ha descrito pieza por pieza el equipo del valiente soldado: *Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día aciago, y después de haber vencido en todo, manteneros firmes. Estad, pues a pie firme, ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la justicia como coraza, calzados los pies con el celo por el Evangelio de la paz, embrazando el escudo de la fe, para que podáis apagar con él*

todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad, también, el yelmo de la salvación y empuñad la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios (Efesios 6, 13).

Precisamente porque miramos la virtud como un combate citaremos a menudo a San Ignacio de Loyola. El antiguo capitán siempre conservó alma militar. Una orden de soldados es lo que él quiso fundar, porque en la expresión «Compañía de Jesús» la palabra «Compañía» tiene sentido guerrero.

Concebía el santo sus *Ejercicios Espirituales* como una especie de escuela de guerra. Se representaba a Dios como un divino Capitán. Podéis leer su meditación de *dos banderas*, y sobre todo su contemplación del *reino de Cristo* para daros cuenta.

Dios también te convoca, joven, a otro combate: el de la virtud. No te hagas ilusiones: la virtud es una guerra, y tan dura que muchos jóvenes se acobardan y desertan. Más heroísmo es menester a veces para luchar contra sí mismo que para hacer la guerra al enemigo de fuera.

Y además esta guerra es más prolongada. ¡Durante toda la vida es menester combatir por la castidad!

Siempre alerta. ¡Qué duro, Señor, tener que luchar incesantemente este combate enojoso!

Aun la paz no es más que una tregua, una paz armada. No hay armisticio, sino en el cielo.

Por cobardía los desertores arrojan sus armas. No los imites. Soporta la incomodidad de tu armadura hasta el día del santo relevo. ¡Hasta el fin! Nunca acaba uno de cumplir su deber.

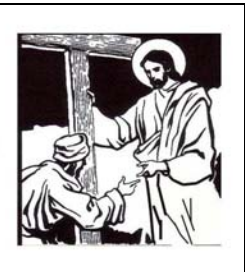
Soldado de Cristo, combate el buen combate. Prepara tu alma para la lucha. La castidad es un estado militante. Al menos esto es lo ordinario. La victoria de la castidad se obtiene a punta de lanza.

Yo no he venido a traer la paz sino la guerra (Mt 10,34), afirma Jesucristo.

A muchos cristianos se puede aplicar lo que San Pablo decía a los pecadores no ganados todavía para el Evangelio: *Yo por mí soy carnal..., no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco... y en esto no tanto soy yo el que obra aquello, cuanto el pecado que habita mí, es decir, en mi carne; pues, aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla. Por cuanto no hago el bien que quiero, antes el mal que no quiero. Mas, si hago lo que no quiero, ya no lo ejecuto yo, sino el pecado que habita en mí... Me complazco en la ley de Dios, según el hombre interior, mas hecho de ver otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me hace cautivo de la ley del pecado que está en mis*

miembros. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. 7, 14 y sig.)

Yo no he venido a traer la paz sino la guerra



La misma palabra *continencia* ya nos está indicando que hay que hacerse violencia para reprimir las tendencias depravadas. La mayor parte de los hombres tienen que luchar contra la propensión natural a la lujuria. Hay que librar rudos combates entre la razón y los sentidos. Confesar que soy tentado es simplemente confesar que soy hombre.

* * *

Todo esto se acentúa en la juventud.

La pureza, amigo mío, es para ti la principal virtud. No en dignidad, porque el primer lugar correspondería a las virtudes teologales, que tienen por objeto directamente a Dios, sino en el sentido de que la pureza es la que para ti supone más lucha y más generosidad.

La obediencia es la virtud del hombre, pero la castidad es la virtud del joven. No te debe sorprender la violencia y la frecuencia con que te turba la tentación. Hay una atracción fisiológica natural hacia el otro sexo, que es exacerbada por múltiples estímulos excitantes de la vida moderna. Es el arma favorita de Satanás, la que utiliza con más ahínco en la edad en que se despierta con toda su fuerza el atractivo sexual.

A cierto joven, que se lamentaba de tener tentaciones contra la pureza, le respondió Lacordaire: «La pasión que te molesta es universal, porque tiraniza a la mayoría de los hombres. El que el Evangelio haya triunfado sobre ella es una prueba más de la divinidad del cristianismo.»

* * *

La vida de los Santos nos manifiesta que también ellos sentían el aguijón de las pasiones. Hay que exceptuar sin duda a algunos

privilegiados de la gracia; pero aun esa paz absoluta que llegaron a alcanzar no solía ser a veces sino la recompensa de una victoria ganada tras un reñido combate, como le aconteció a Santo Tomás de Aquino, por ejemplo. Los otros —y hablo de los santos— conocieron por experiencia la bofetada de Satanás. Baste citar a San Alonso Rodríguez, SanJuan de Cupertino, Santa Angela, Santa Catalina de Sena. Algunos llegaron, como San Pedro Damián, a bañarse en agua helada, par acallar el ardor de la sangre. San Benito llegó a revolcarse entre zarzas para cortar una tentación impura.

Se diría que sobre las almas lo mismo que sobre los cuerpos actúa como una ley de gravedad, una atracción hacia abajo. Medita sino esta página de San Jerónimo:

«Cuántas veces, hallándome en el desierto, en aquella vasta soledad abrasada por los rayos del sol, me figuraba hallarme en medio de los placeres seductores de Roma. Un día y otro lloraba y gemía sin cesar. Me imaginaba hallarme bailando con jóvenes romanas. A pesar de los ayunos, mi alma bullía en pasiones. Así que, desesperado de todo auxilio, me echaba a los pies de Cristo, los regaba con lágrimas y los secaba con mis cabellos. No me avergüenzo de confesar mi desgracia y miseria. La guarda de la castidad es una especie de martirio.»

* * *

La primera consecuencia de lo que precede es que el joven no debe tener por humillante, ni aun extrañarse de sentir ciertas tentaciones. Se inquieta a veces porque, no conociendo más que su caso personal, se figura que esto sólo le pasa a él. Si supiera la vida interior de otras almas, fácilmente se daría cuenta que la tentación es el estado general, la condición normal. Todos los hombres nos parecemos en lo esencial. Evidentemente unos son más tentados, otros menos; unos, ceden, otros no. Pero todos somos tentados.



Todo hombre lleva en sí la humanidad, de suerte que conocer bien el propio corazón, equivale a conocer lo que es el corazón humano.

* * *

Precisamente porque la castidad supone el combate y el triunfo, es una gloria de la Iglesia católica el haber sido la gran escuela del amor[1] y de la virginidad.

Cristo sigue llamando. Miles de sacerdotes, de consagrados y consagradas a Él deciden libremente, mediante el voto de castidad perpetua, vivir sólo para Él. Esto es obra de Jesucristo. Sólo Él lo podía hacer. Él es la pureza de las vírgenes. Él amó con predilección a Juan, el apóstol virgen, permitiéndole en la última cena reposar su cabeza en su pecho para que percibiera los latidos amorosos de su corazón divino. Jesucristo ha triunfado en ellos sobre la debilidad humana; en ellos el espíritu ha triunfado sobre la carne.

Si toda virtud es hermosa, más todavía lo será la castidad, ya que espiritualiza, por decirlo así, nuestros cuerpos de barro, y por tanto, toda la persona.

Él que haya que combatir para conquistarla, lejos de ser una humillación, es, al contrario, lo que constituye su mérito.

El limpio de corazón es un vencedor. Es el verdadero fuerte.



[1] Cuando los antiguos paganos hablaban del amor, lo identificaban, por lo general, con la sensualidad, y por eso los filósofos no se cansaban de censurar y despreciar el amor. El concepto positivo del amor es sobre todo un sentimiento cristiano. El cristianismo es quien, purificando el corazón, ha espiritualizado aun las inclinaciones que parecían menos a propósito.

EL COMBATE DE CADA UNO

Todos tienen que luchar, pero no de la misma manera. La tentación la sufren todos, pero no con la misma intensidad. Examinemos los principales elementos que influyen en ello.

1º El temperamento.

Ciertos individuos son muy impresionables, y otros apenas lo son; unos son muy excitables, y otros sosegados, más *fríos*. Entre los términos extremos hay toda una gama intermedia. Tantos casos como personas.

2.° Las crisis

Un mismo individuo pasa por diferentes crisis: crisis de la edad, crisis de soledad, crisis del corazón, crisis de estados de ánimo, crisis de tentaciones…

3º La herencia

Todos llevamos la carga de nuestra herencia. Nuestro presente está saturado del pasado.

De hecho nuestra constitución fisiológica, pasional, mental, es, por decirlo así, un terreno de aluvión muy complejo, donde entran los hábitos sanos o torcidos, no solamente de los padres, sino de los padres de nuestros padres.

Sin duda el vicio mismo no puede heredarse, siendo como es el pecado un desorden de nuestra voluntad personal y libre. Pero esta voluntad encuentra una solicitación en el temperamento, que sí depende de la herencia.

4º El estado general del sujeto

En el deseo sensual influye mucho el estado general del organismo ya que el hombre es un compuesto indivisible de alma y cuerpo. Por lo general, el pleno dominio de la voluntad supone ciertas condiciones de salud, de equilibrio fisiológico, y de estado de ánimo.

5º Los estímulos exteriores

La excitación sexual se dispara ante ciertos estímulos exteriores: vestido demasiado apretado, ropa demasiado suave, una buena comida

rica en carnes, manjares exquisitos, bebidas alcohólicas sobre todo tomadas por la noche, el baile, imágenes de contenido erótico…

El clima también influye. Los habitantes de los países tropicales son más inclinados a la voluptuosidad que los de temperatura fría. En términos generales, el calor es un estimulante, y el frío un calmante.

6.° El sexo.

En materia de castidad el chico, ordinariamente, tiene más tentaciones violentas (y por ende más méritos) que la chica. Se excita sexualmente más fácil y rápidamente, sobre todo por la vista y la imaginación. La chica lo es sobre todo por el tacto y el oído (caricias, palabras cariñosas…).

En materia de castidad el chico ordinariamente tiene más tentaciones violentas que la chica.



Manifestaciones de ternura que apenas pueden tener inconvenientes entre chicas, son muy perjudiciales entre los chicos.

Un mismo acto representa una gradación considerable en la excitación según que se tenga

entre chicas;

entre chicos;

entre chico y chica,

Hablando en general, y teniendo en cuenta las excepciones, se puede decir que la pasión, al menos bajo su aspecto de ímpetu brutal, es más bien masculina que femenina.

¿Esto significa que la joven no sea sensible al amor? Lo es y en sumo grado. Mas por otro aspecto: el de las manifestaciones afectuosas y cariñosas, el de la vanidad fascinadora que experimenta al sentirse halagada y admirada. Así se explica cómo la piropos sobre su hermosura la ponen roja de contento.

Toda su estrategia de mujer, todos sus ardides y astucias de tortolilla coquetona, ordinariamente no son manifestaciones de pasión

propiamente dicha, sino del deseo de toda ambición femenina: agradar y sentirse amada[1].

Una joven hermosa puede desencadenar las más furiosas pasiones, sin haberse ella emocionado grandemente, por el simple placer de verse cortejada y deseada.

Se objetará, sin duda, que muchas jóvenes también cometen tropiezos. Pero estos casos muy a menudo podrán explicarse por causas bien diferentes de la pasión; la joven ha consentido por otros motivos: por la necesidad de cariño, de verse querida o de no ser rechazada, por ingenuidad (piensa que el joven la quiere de verdad y no quiere defraudarle), por curiosidad, por hastío, por imprudencia…

7.° La edad.

En el niño, el atractivo sexual existe, pero en estado potencial. Permanece adormecido hasta la pubertad. La pureza, lo que no era más que una tranquila posesión en el niño, al llegar a pubertad, se convierte en una trabajosa conquista. A partir de esta etapa, la paz se ve frecuentemente perturbada por las exigencias de la sensualidad, que busca su satisfacción, estimulada por las excitaciones de los sentidos, hasta entonces tan dóciles.

La pureza, que no era más que una tranquila posesión en el niño, pasa a ser en la pubertad una trabajosa conquista...



La pubertad es, por tanto, como un segundo nacimiento a un mundo nuevo. El adolescente experimenta misteriosas emociones, la imaginación se ve envuelta en deseos de vagas aventuras; es el momento de los desvaríos y del romanticismo, de las lágrimas sin motivo y de los rubores súbitos. Más que nunca se siente el aguijón de las pasiones. La pureza cesa de ser inocencia, y pasa a ser virtud.

---

[1] Muchas jóvenes guardarían mejor la modestia, si supiesen las tempestades que desencadenan en el interior de los muchachos. Estando ellas al abrigo de deseos tan vehementes, no se dan cuenta de que despiertan, no sentimientos de tierno afecto, como los que ellas experimentan, sino la pasional concupiscencia, ávida de placer.

En lo físico el cuerpo también sufre profundas modificaciones.

Los fenómenos de la pubertad no son repentinos, sino, lentos, y normalmente se presentan en el hombre hacia los catorce años, y en la mujer hacia los doce. Pero pueden anticiparse en climas calurosos.

* * *

La pasión despertada en la pubertad se acrecienta en intensidad durante la juventud y el primer período de la edad madura; después disminuye lentamente, para atenuarse o para extinguirse enteramente en la vejez.

Tal es la curva normal: primero ascendente, luego descendente. Pero hay excepciones y anomalías, y no todos los casos caben en la misma ley simplista.

Una de las manifestaciones del paso a la edad adulta, es que la persona se vuelve menos idealista y más pragmática, en el mal sentido de la palabra.

A diferencia de la pasión sexual, la gula, por ejemplo, se acentúa ordinariamente con la edad.

Una conclusión importante, para ti joven, de todo esto, es que no conviene que retardes la enmienda de tus defectos o tus vicios para más tarde. La experiencia muestra que cuanto más se avanza en edad, más difícil resulta la conversión y la enmienda. Me refiero a la conversión misma y no a las circunstancias que hacen la virtud más fácil: disminución de pasiones, etc.

No digas: ¡más tarde!

Sin duda el joven es más tentado, pero se da cuenta de que se trata para él de una cuestión de vida o muerte; tiene más ímpetu y decisión natural; no está todavía familiarizado con el pecado, e incluso es más propenso a los escrúpulos (el ver pecado donde no lo hay).

Pero conforme los años pasan, el hombre fácilmente pierde la sensibilidad espiritual sino no se anda con cuidado, y a la vez que engorda de cuerpo, su espíritu se enflaquece, y no tiene ningún reparo en revolcarse cada vez más en goces groseros.

Es más difícil convertirse a los treinta años que a los veinte.

Es más difícil reformarse a los cuarenta años que a los treinta.

Es más difícil convertirse a los cincuenta años que a los cuarenta[1].



¿Cómo explicar ese fenómeno?

Por el abuso de la gracia. Por los hábitos inveterados que se han contraído. El vicioso torna a su pecado como el alcohólico a la bebida. Las defensas espirituales se han debilitado. En un ataque hay que considerar, no solamente la violencia del ataque en sí, sino también el grado de resistencia. Aun siendo poco formidable el asalto, caerá, sin embargo, el fuerte, si la muralla está resquebrajada y deteriorada.



[1] Algo parecido ocurre con el miedo a morir. Podría creerse que un joven, que "tiene toda la vida por delante", llena de planes e ilusiones, debería tener más miedo a morir que un viejo. Mas sucede generalmente lo contrario. De joven se es generoso para todo, aun para la aceptación de la muerte. Se ve corrientemente a niños y jóvenes hacer, con la sonrisa en los labios, el sacrificio de su vida cuando hay un motivo que lo justifique, mientras que los viejos se agarran desesperadamente a la existencia. Cuesta más morir a los treinta años que a los veinte. Cuesta más morir a los cincuenta que a los cuarenta…

¡ALERTA!

¡Alerta!

Es la voz que se da al soldado.

Es la advertencia hecha por Nuestro Señor a sus discípulos: *¡Estad en vela! Vigilad*.

¡Alerta!

Los más fuertes son los débiles...

No somos más santos que David, y David cayó en el pecado impuro.

No somos más sabios que Salomón, y Salomón cayó en el pecado impuro.

No somos más mortificados que San Jerónimo en el desierto, que si bien es verdad que no cayó en el pecado impuro, acordémonos cómo su memoria se veía frecuentemente asaltada por los bailes y espectáculos romanos.

¡Estate muy alerta, joven!

El que ama el peligro, perecerá en él.

Evita todo aquello que puede encender la llama de la concupiscencia.

¡Tú, joven, tú no eres precisamente inflamable! Aléjate del fuego.



SÉ PRUDENTE

No es la salud, sino la enfermedad, la que es contagiosa.

Vives en medio de tres concupiscencias: mundo, demonio y carne.

Del aire ambiental que respiramos depende la salud de nuestros pulmones y de nuestra sangre. Ahora bien, hay una atmósfera moral, como hay una atmósfera física.

Hoy se respiran infinidad de emanaciones peligrosas que flotan en el aire.

En un instituto de microbiología existen caldos de cultivo, tubos llenos de microbios y gérmenes nocivos … Con estos agentes causantes del cólera, del tétanos, de la tuberculosis se podrían infectarse ciudades enteras. Pero no ocurre así porque estos cultivos están guardados en cámaras herméticamente cerradas.

Pero hay otra clase de gérmenes que no están en sitios cerrados... Están expuestos a la gente, con miras a su envenenamiento sistemático.

¿Qué no son sino los quioscos, ciertas librerías, una gran parte de las películas… sino caldos de cultivo de todas las degradaciones morales?

Lo que no se osa hacer contra el enemigo, el envenenar las fuentes, lo están haciendo todos los días los corruptores de la sociedad: envenenan las fuentes; no las del agua, sino aquellas donde van a beber las almas. Y lo peor es que no le damos importancia, pensamos que nos pueden hacer mucho daño.

Pequeña es la taraza. Y, sin embargo, ha puesto muchas veces en peligro a Holanda: taladra sus diques, los más fuertes del mundo, y por esas hendiduras, al principio minúsculas, pasa el agua, y luego invade la tierra.

De la misma manera las grietas de la vida espiritual, abriéndose más y más, lo corrompen todo.

Los males ligeros que se repiten, y de los cuales apenas se desconfía, so pretexto de que no son graves, son enemigos más temibles que las enfermedades graves, contra las cuales se toman medidas desde el primer momento.

Casi nunca vienen los grandes males, sino por los pequeños que se descuidaron. Un punto negro en un diente parece que no es nada. Si no se trata enseguida, muy pronto todo el diente quedará dañado; seguirán dañándose los dientes vecinos, y al final toda la dentadura.

Lo que constituye el sumo peligro de estos males morales es su misma pequeñez, ¡su aire de inocencia!

¡Hay que ser prudente!

Ahora bien, sólo es verdaderamente prudente el que pone medios preventivos contra la enfermedad. Es más prudente prevenir que curar.

Si no se cierran a las pequeñas grietas de la vida moral, acaban destruyéndolo todo.



SÉ INTRANSIGENTE

¿He dicho lo bastante con recomendar ser prudente? Para emplear la palabra adecuada y el adjetivo propio, menester sería aconsejar más bien el ser «intransigente».

La materia de que hablamos es *resbaladiza*. Siempre resulta más fácil no lanzarse que detenerse en marcha.



El vicio es una pendiente resbaladiza. Por tanto, no te pongas en el disparadero.

Es más prudente no gustar nada de ciertas frutas y ciertos cigarrillos, que gustar un poco.

Es más sencillo no empezar una cosa, que hacerla a medias.

Es más cuerdo evitar las ocasiones que pensar que «en medio del ataque ya veré cómo dar cara al enemigo».

San Ignacio recomendaba vivamente ser tajante e intransigente en la lucha contra el demonio.

«El enemigo se hace como mujer, en ser flaco por fuerza y fuerte de grado. Porque así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo dando huida cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer, es muy crecida y tan sin mesura; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecer y perder ánimo (dando huída a sus intenciones), cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo, haciendo lo diametralmente opuesto. Y por el contrario, si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana...» (*Ejerc. Espir. n.* 325).



EL ENEMIGO

Joven, el gran enemigo de tu alma, el que te esclavizará y saqueará con más rabia que el más fiero enemigo, es el pecado mortal.

Importa muchísimo caer en la cuenta de la *gravedad* del pecado mortal de impureza, del que a veces se habla de una manera tan cortés, y del que se llega a decir: Es algo normal.

Ya que nos cuesta sondear la malicia de la culpa grave en sí misma, procuremos verla por sus consecuencias.

San Ignacio, en una meditación muy conocida, nos invita a considerar tres grandes desastres debidos a tres grandes pecados.

Contempla los tres cuadros del tríptico ignaciano:

1^er^ cuadro. Están los ángeles en el cielo, hermosos, felices, los primogénitos de la creación.

Cometen un solo pecado. ¿Cuál? Los teólogos piensan que fue un acto de rebeldía contra la Encarnación, que les había sido revelada, y en la cual veían a Dios, pero unido a una naturaleza inferior a la suya: el *Hombre-Dios.* Lo cierto es que el pecado de los ángeles fue un pecado de orgullo, el único posible a su naturaleza del todo espiritual.

Cayeron del cielo como el rayo, y fueron precipitados en los infiernos.

¡Lucifer quedó convertido en Satanás!

¡Los ángeles quedaron convertidos en demonios!

¿Qué ha influido para que los ángeles, radiantes de luz, sean convertidos en demonios, a los que nuestro Señor dijo, como narra el Evangelio: Aléjate, espíritu inmundo...?

Un pecado mortal. Es cierto que fue de una gravedad excepcional, cometido como fue con plenitud de luz, contra la luz. Pero, al fin y al cabo, fue un solo pecado.

Ahora bien, Dios no exagera, como el hombre, llevado de un acceso de cólera. Cuando castiga, hay correspondencia entre el delito y la pena.

Los ángeles rebeldes fueron sepultados en el infierno por un solo pecado



2.° cuadro. Adán y Eva, nuestros primeros padres:

La felicidad es su patrimonio, y debe ser la herencia de la gran familia humana.

Cometen un pecado mortal.

¡Y mira qué expiación! Pierden para sí y para sus descendientes todos los dones sobrenaturales y preternaturales[1] que gratuitamente se les había concedido.

El pecado de Adán y Eva trajo la pérdida para sí y para sus descendientes de todos los dones sobrenaturales y preternaturales que gratuitamente se les había concedido.



El Paraíso terrestre se convirtió en «valle de lágrimas». Trata de imaginarte la suma de todos los millones de lágrimas que se han vertido en el curso de los siglos.

En el antiguo Paraíso nacen, el mismo día del pecado, tres ríos que bañarán en adelante el mundo: el río de las lágrimas, el río turbio del fango, el río rojo de la sangre.

---

[1] El Concilio de Trento (Sess, VI, cap. I) declara que por el pecado original no quedó suprimido el libre albedrío, la libertad individual, aunque sí quedó más débil e inclinada al mal.

Jesucristo para santificar al hombre instituirá los siete Sacramentos, como siete fuentes de gracia, oponiendo estos siete ríos de pureza a los tres ríos de tristezas, de vergüenzas y de crímenes.

Luego de la caída del Edén se pronunció la sentencia: *Engendrarás con dolor*.

Desde entonces todo alumbramiento es penoso: no solamente el de la madre, sino el del trabajador, el del artista, el del genio. Todo el que produce algo acá en la tierra, sea en el terreno que quiera, profesional, científico o religioso, experimenta la ley: *Engendrarás con dolor*.

La horrible muerte hace su aparición.

En el pecado mortal está la causa de la muerte. La muerte es paga y estipendio del pecado. (Romanos 6, 23).

Tú mismo morirás a causa del pecado de Adán y Eva. ¿No mueren en el mundo cada día cientos de miles de personas? ¡Cuántos están agonizando en este mismo momento!...

Pues repitamos lo que decíamos más arriba: un pecado mortal era el que se había cometido, de especial gravedad, sí, pero un solo pecado. Y el castigo de Dios —a quién San Pablo llama justo Juez (2 Tm. 4, 8)—, no puede exceder la gravedad real del delito.

3^er. cuadro. Un hombre que hasta un momento dado ha vivido bien, comete un pecado mortal; un sólo pecado *mortal,* no algo realizado en estado semiconsciente o semivoluntario, sino un pecado que supone una deliberación y una rebeldía clara.

Ese hombre, si muriera sin reconciliarse con Dios, caería en el infierno.

Y sin embargo, repitámoslo por tercera vez, no se trataría de cien pecados mortales, ni de diez ni de dos, sino de uno. Y la justicia de Dios es perfecta.

Si llega a verificarse la muerte, la conclusión es la condenación eterna.

Nunca podemos tener la certeza de un hombre se ha condenado, aun cuando *parezca* morir en el acto de pecar. En efecto, hasta ahora no se ha encontrado un criterio absolutamente cierto de la muerte, fuera de la descomposición, que sobreviene relativamente tarde. Si el hombre puede no morir en realidad, si no media hora más tarde de lo que se cree (después de una lenta consunción, por ejemplo), o aun dos horas y más (después de un accidente que ha encontrado todavía intactas las reservas vitales), ¿no podría durante ese intervalo de so-

brevida hacer un acto de perfecta contrición y rendirse a los últimos golpes misericordiosos de la gracia?.

Yo no podré probaros a que esto suceda.

Pero tampoco tú podrás probarme que no suceda. Nunca, pues, hay certeza de la condenación.

Evidentemente que sería una locura dejar el asunto de la conversión para semejantes momentos. Desde luego esa vida posterior no pasa de ser probable. Y además, aun suponiendo que el hombre viviera todavía, ¿no se hallaría en un estado comatoso o inconsciente?

¿Se puede razonablemente remitir el negocio más grave a un momento tan desfavorable y aun incierto? ¿Se obraría de igual manera, si se tratara de un testamento... de un interés que mucho se estima?...



* * *

San Ignacio termina su meditación con un coloquio con Cristo crucificado. Hombre, que tan ligeramente hablas del pecado, mira lo que ha hecho del pecado. Ha dado muerte al Hombre-Dios.

Ante el cadáver de Cristo, ¿comprendes por fin la gravedad del pecado?

Mira lo que ha hecho del pecado. Ha dado muerte al Hombre-Dios.



Ahora que has reflexionado sobre la enormidad del pecado mortal, está el alma en disposición de entender aquellas palabras del Maestro: *Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado en el infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela y arrójala de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo vaya al infierno.* (Mateo 5,29)

Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado...



Tal vez nos veamos tentados a decir: *Maestro, duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?* (Juan 6,60).

Sin embargo, esto es lo que se hace todos los días con algunos enfermos o accidentados para salvarles la vida. Ellos aceptan la mutilación de una parte del cuerpo como último remedio. Pensemos, por ejemplo, en los diabéticos a los que se les amputa una pierna gangrenada para salvar su vida.

Todo esto obedece a un principio elemental de sentido común: vale más sacrificar la parte que el todo, y la integridad de los miembros que la existencia.

Esto que tan bien lo comprendemos para la vida del cuerpo, apliquémoslo también para la vida del alma, y digamos con San Agustín: *Señor, que eres el buen médico de nuestras almas, cauteriza mis llagas, corta por lo vivo, con tal que me perdones en la eternidad*.

Por lo demás, es cosa clara que las palabras de nuestro Señor: *Arráncate el ojo, córtate la mano*, no son más que una metáfora. Ni Él ni la Iglesia han ordenado jamás a ninguno que se arranque el ojo o que se corte una mano.

Tales expresiones nos vienen a decir de una manera expresiva: súfrelo todo, acéptalo todo, como los mártires, antes que perder tu alma con un pecado mortal.

El punto hasta aquí examinado es la *gravedad* del pecado mortal. Reflexionemos ahora un poco en la *naturaleza* del pecado mortal.

¿Qué es una culpa grave?

Es una culpa en que se dan simultáneamente los tres elementos:

Materia grave;

Deliberación perfecta;

Consentimiento pleno.

Lo acabamos de decir: pecado mortal significa que, si uno muriese en ese estado, caería en el infierno.

Infierno, ¿nos damos cuenta de lo que significa? Llegar a estar separado de Dios por toda la eternidad. ¡La desgracia para siempre!

El pecado mortal no es una noción de suma o de duración.

a) No es una noción de suma o de multiplicación. En otros términos, no hay que imaginarse que los pecados veniales, sumándose unos a otros, acaben por formar una cantidad tan grande, que den por resultado un pecado mortal.

Mil pecados veniales no hacen un pecado mortal, porque estos dos conceptos son irreductibles, el uno al otro. Es lo del dicho vulgar: cien peras no hacen una naranja.

b) No se trata tampoco de una cuestión de duración. Una falta de vanidad, de pereza, puede prolongarse por varias semanas, y permanecer leve. Una blasfemia puede no durar más que un momento y, sin embargo, si se pronuncia libre y conscientemente, dándose cuenta de lo que significa, es grave.

No se necesita apenas tiempo para cometer los peores pecados. Bien poco tiempo hace falta para apretar el gatillo de un fusil o lanzar una bomba. Y lo mismo, un pecado de pensamiento, de deseo, se puede llevar a cabo en un segundo. Pero aun en este tiempo tan breve, por pequeño que sea, es preciso que el hombre se dé cuenta real de lo que hace y lo consienta libremente.

El pecado mortal, por tanto, no es una noción de duración o de suma, sino de gravedad.

Es la *aversión a Dios,* como si dijéramos, volver las espaldas a Dios, llegar conscientemente a una ruptura completa de relaciones con Él, a una rebeldía e insurrección contra Dios.



De esta definición del pecado mortal se deducen varias reglas, tanto más importantes, cuanto que se aplican, no sólo a los pecados de impureza, sino a todos los pecados sin excepción.

1. er principio

Los escrupulosos pueden quedarse tranquilos. Se engañan y hacen injuria a Dios, cuando se figuran que la vida cristiana es un terreno minado, donde uno es tragado sin apenas darse cuenta, una especie de bosque sembrado de trampas invisibles. No y no; no hay trampas puestas por Dios, y no se cometen los pecados mortales sino dándose perfecta cuenta y habiéndolo completamente querido.

Tú mismo dices: ¡Tengo tanto miedo de cometer un pecado mortal...!

¿Pero no ves que lo que más te debe tranquilizar es precisamente ese miedo? El solo hecho de temer mucho una cosa, prueba bien que no se quiere tal cosa.

San Ignacio, quien ha sido llamado «el rey de los psicólogos»..., en sus *Reglas para sentir y entender escrúpulos* piensa que la prueba de los escrúpulos «por algún espacio de tiempo no poco aprovecha al alma... antes en gran manera purga y limpia a la tal alma, separándola mucho de toda apariencia de pecado según aquellas palabras de San

Gregorio: Es propio de almas buenas reconocer culpa donde no hay culpa ninguna[1].

«El enemigo (Satanás) mucho mira si un alma es gruesa (poco escrupulosa) o delgada (timorata). Y si es delgada, procura de más la adelgazar en extremo, para más la turbar y desbaratar; verbigracia, si ve que un alma no consiente en sí pecado mortal ni venial, ni apariencia alguna de pecado deliberado, entonces el enemigo, cuando no puede hacerla caer en cosa que parezca pecado, procura de hacerla formar (juzgar) pecado a donde no es pecado... Si el alma es gruesa, el enemigo procura de engrosarla más; verbigracia, si antes no hacía caso de los pecados veniales, procurará que de los mortales haga poco caso; y si algún caso hacía antes, que mucho menos o ninguno haga ahora.

»El alma que desea aprovecharse en la vida espiritual, siempre debe proceder contrario modo que el enemigo procede; es a saber, si el enemigo quiere engrosar el alma, procure de adelgazarse; asimismo si el enemigo procura de atenuarla para atraerla en extremo, el alma procure solidarse (permanecer) en el medio, para en todo quietarse.»



San Ignacio nos da otras preciosas directivas en sus *Reglas para el conocimiento de espíritus:*

«En las personas que van intensamente purificando sus pecados y en el servicio de Dios Nuestro Señor de bien en mejor subiendo... es propio del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos, inquietando con falsas razones para que no pase adelante; y propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones... quietud, facilitando y quitando todos impedimentos para que en el bien obrar proceda adelante.» N. [315].

[1] Esta, es al menos, la regla general. Ya antes hemos observado que en una misma alma pueden albergarse estos dos huéspedes tan diferentes: el pecado mortal y el escrúpulo. Pero de ordinario su vecindad no dura largo tiempo, porque el uno mata al otro.

«Propio es de Dios y de sus ángeles en sus mociones dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación que el enemigo induce; del cual es propio militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias.» N. [329].

«En los que proceden de bien en mejor el buen ángel toca al alma dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido e inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra.» N. [335].

Que el alma muy tímida obedezca ciegamente al confesor, es a la vez sabiduría humana y humildad cristiana; que mire como un peligro muy sutil el escrúpulo que hace de la vida cristiana un peso tan insoportable que se vea uno tentado a deshacerse de él, de suerte que el rigorismo venga a parar a veces en laxismo.

El escrupuloso debe tomar la resolución inquebrantable de no volver jamás sobre los hechos ya acusados en confesión, fuera del caso (caso metafísico para él) en que se diese cuenta que un pecado *ciertamente* mortal *ciertamente* no ha sido confesado. Arroje estas pusilanimidades en la misericordia de Dios, y persuádase que no tiene nada que temer, ya que las culpas, aun las graves, cuando han sido olvidadas en la confesión y calladas sin mala voluntad, quedan perdonadas indirectamente, pero realmente. ¿Deberá volver sobre ellas en la confesión siguiente? Sí, si se diera la doble certeza de que acabamos de hablar, que, en el escrupuloso, es muy poco probable.

2.° principio

¿Es posible pecar gravemente mientras se está dormido, por sueños o impresiones cualesquiera?

Ni gravemente, ni siquiera levemente, porque hay contradicción en los términos decir que una persona consiente y decir que duerme, lo cual supone en ella la imposibilidad de consentir.

¿Y cuando está uno medio dormido, por ejemplo, a la mañana y al principio de la noche, en ese estado indeciso entre la conciencia y el sueño?

El problema es mucho más delicado. La inconsciencia es lentamente progresiva: ¿A qué grado se ha llegado? ¿Ha superado al estado consciente, o subsiste éste al menos sustancialmente?

Si verdaderamente se halla uno entre sueños, no hay más que semiinconsciencia, y por lo mismo se puede cometer pecado venial, pero no pecado mortal, ya que éste supone por definición deliberación y consentimiento plenos. El principio al que hay que contestar es

sumamente sencillo (aunque su aplicación pueda ser delicada): ¿hay todavía conocimiento y volición, sí o no?

* * *

Si en el joven se da durante la noche la polución nocturna, ¿qué debe hacer?

O no llega a despertarse, y entonces la cuestión de moralidad no se plantea, ya que se trata de un fenómeno pasivo durante el sueño.

O se despierta. En este caso no puede evidentemente ni consentir, ni hacer nada con el fin de provocar movimientos desordenados o de terminar el fenómeno inconscientemente comenzado.

3^er^ principio

Sucede que algunos, cuando eran muy jóvenes, cometieron algunos actos contrarios a la pureza. Luego, más tarde, a consecuencia de una homilía, de unos ejercicios espirituales o por la reflexión y la edad, caen bien en la cuenta de la gravedad de la acción y se dicen: ¡Pero si lo que yo hacía era una cosa gravemente prohibida!

¿Habían pecado entonces gravemente?

No. Se peca cuando se tiene conciencia de que la materia es grave.

Si, pues, *ahora,* cuando se dan cuenta del carácter culpable de tales actos, los aprobasen, cargarían con la responsabilidad, ya que se darían a un mismo tiempo la gravedad objetiva y la malicia subjetiva.

Pero se trata de un acto cometido *en otro tiempo:* ahora bien, *en otro tiempo* se ignoraba que la cosa en cuestión fuese en sí un pecado mortal. El pecado mortal, por tanto, no ha sido cometido. A no ser que (entiéndase bien) esa ignorancia haya sido voluntariamente procurada o conservada, no hay más que la materialidad de una culpa grave, pero no el elemento moral de la responsabilidad grave.

Si quedasen algunas inquietudes de conciencia *fundadas,* porque había habido algún conocimiento de que los actos estaban prohibidos, será *útil* confesarse de ellos. En seguida lo explicaremos más despacio. Prácticamente, en el caso citado, el joven queda casi siempre con temores, que no acaban sino con la confesión.

4.° principio

«Yo he hecho —se dice a veces— un acto impuro, pero no tuve intención de ofender a Dios.»

La intención explícita de ofender a Dios es rara, y no se da, si no en ciertos pecados de malicia.

Pero para que haya pecado mortal, basta la intención implícita, que se halla en los pecados de flaqueza.

Tal acto (si es consciente) y la injuria hecha a Dios se hallan juntos esencialmente, de manera que resultan absolutamente inseparables; y desde luego, el acto es, *por su misma naturaleza,* una desobediencia a Dios.

¿Qué pensarías tú del hijo que dijera a su padre: *Me habéis prohibido formalmente tal cosa, Yo la haré, pero no quiero desobedeceros*?

Acto y desobediencia coinciden necesariamente.

Así la impureza es una acción *que ofende* a Dios, aunque no se haya cometido *para ofender a Dios.*

La impureza es una acción *que ofende* a Dios, aunque no se haya cometido *para ofender a Dios.*



Es verdad que la impureza es, entre los pecados mortales, el que menos manifiesta aversión a Dios y más de apego a las criaturas. Y así nuestro Señor, en el Evangelio, se muestra muy severo con la perversidad de los fariseos, y muy misericordioso con los arrepentidos de los pecados carnales (fornicación…), pues sabe lo flacos y débiles que somos.

Hablamos de la impureza en sí, independientemente de las circunstancias agravantes, como serían: la fría premeditación, el abuso por la fuerza, por disponer de dinero, la seducción maliciosamente calculada, el adulterio que complica el pecado contra la pureza con un pecado contra la justicia, etc..

5º principio

La responsabilidad «causal».

Puede suceder que una persona no sea responsable en el momento mismo en que se consuma materialmente la acción; pero que haya incurrido en la culpa de antemano, cuando podía prever las ocasiones de pecado y no las evitó, sabiendo las consecuencias que podrían seguirse.

La filosofía declara este principio en dos adagios clásicos: La causa de las causas es la causa de las causalidades... *Quien quiso los antecedentes quiso las consecuencias.* El que quiere la causa, quiere implícitamente el efecto que en ella está escondido; el que quiere el árbol, quiere la rama que nace del árbol, y el fruto que nace de la rama.



Es ciertamente muy cómodo para el que ha desencadenado una guerra injusta y tras ver los horrores a los que ha llevado, justificarse diciendo: «Yo no quería tales desgracias.» El no ha querido tal muerte en concreto, claro que no; pero él ha propiciado la guerra, y podría prever los miles de muertes que lleva siempre consigo. Por tanto, él lo ha querido.

* * *

Los principios mencionados tienen numerosas aplicaciones en materia de castidad.

Un joven dirá: «Estaba muy turbado en aquella ocasión.» A veces realmente sucedió así. Pero esta especie de locura la habías previsto; la experiencia te lo había enseñado más que de sobra. Y, sin embargo, sin excusa te has expuesto a ello. Has pecado, al menos *entonces:* en la primera mirada, y si no, en las últimas; en la primera página de esa novela, o si no, después de haber leído unas cuantas. No eras ya libre para detenerte en la pendiente, pero eras libre para no ponerte en la pendiente.

Bien puede ser que hayas perdido la cabeza en tal club nocturno, en tal momento. Eso, lo que prueba, es a lo más, que no fuiste libre en aquel momento determinado; pero lo has sido para entrar en aquel lugar. El verdadero momento de la responsabilidad fue aquel en que pasaste el umbral, a pesar de tener la certeza que sucumbirías

6.° principio

Dios no solamente ha prohibido los actos impuros, sino también los pensamientos y deseos impuros[1].

Sabiendo que el acto es el término lógico de la idea, no sólo ha querido cortar la planta venenosa, sino llegar a la raíz misma, para extirparla del corazón humano. *Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo más: cualquiera que mire a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón* (Mateo 5, 27).

Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón.



Se debe considerar no sólo nuestros pensamientos primeros, sino todo el proceso, ya que aunque sean inocentes al comienzo, pueden torcerse y degenerar.

«Propio es del ángel malo, que se forma *sub angelo* entrar con el alma devota y salir consigo; es, a saber: traer pensamientos buenos y santos, conforme a tal alma justa, y después poco a poco procura de salirse trayendo al alma a sus engaños cubiertos y perversas intenciones.

»Debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen ángel.» (San IGNACIO, *Ejercicios Espir.* n. 332 y 333)

[1] Muchas veces será necesario pensar en una cosa que tiene su lado impuro.

* * *

¿Cuál es nuestra responsabilidad cuando nos tientan los pensamientos impuros?

Pueden darse tres actitudes:

Resistir positivamente.

Consentir.

Observar una actitud intermedia de no combatir, pero juntamente de no ceder.

Examinemos cada actitud, comenzando por la última.

3.ª Actitud. Teóricamente basta que se dé esta tercera actitud, ya que al fin y al cabo el pecado consiste en *querer* el mal; y en esta tercera actitud *no se le quiere;* y además, hay que suponer también que no se halla en ocasión próxima de quererlo. Pero en la práctica, sobre todo si la tentación es impetuosa, será casi imposible el resistir si el sujeto no se esfuerza, no solamente por conservar esta especie de actitud neutral de «no querer», sino también por querer positivamente lo contrario.

2.ª Actitud. Si después de haber caído en la cuenta de que aquellos pensamientos y deseos son malos, se consiente en ellos libremente, en aquel preciso momento somos culpables.

Al igual que no debemos conservar una foto pornográfica en un álbum secreto, no tenemos derecho a conservar un pensamiento impuro en el álbum secreto de la memoria.

Hay un libertinaje exterior y un libertinaje interior (memorativo o imaginativo).



Junto con el libertinaje exterior se da el libertinaje interior: memorativo o imaginativo.

La imaginación en estos casos juega un papel muy grande. El acto culpable generalmente va acompañado de representaciones que lo provocan y lo fomentan.

1ª Actitud. Se pone el máximo cuidado de rechazar los malos pensamientos. Al obrar así, no sólo no se comete pecado alguno, sino que se ejercita la virtud y se adquiere mérito, ya que el hombre se vence a sí mismo.

* * *

«Pero es que los pensamientos que me persiguen son tremendamente seductores.»

¿Y qué? El pecado no está en los caprichos de la imaginación o de la inteligencia, sino en el consentimiento de la voluntad. *No está el pecado en sentir, sino en consentir.*

No está el pecado en sentir, sino en consentir.



«Pero es que esos pensamientos son para mí una verdadera obsesión, y no me dejan en paz ni de día ni noche.»

Bueno, ¿y qué? Más glorioso es resistir dos horas, que resistir dos minutos. ¡A más largo combate, más hermosa la victoria!

«Existen dos maneras de merecer en el mal pensamiento que viene de fuera.

»Viene un pensamiento de cometer un pecado mortal, al cual pensamiento resisto al punto, y queda vencido.

»La segunda manera de merecer es, cuando me viene aquel mismo mal pensamiento, y yo le resisto, tórname a venir otra y otra vez, y yo siempre resisto, hasta que el pensamiento va vencido; y esta segunda manera es de más merecer que la primera» (SAN IGNACIO, *Ejerc. Espir.* n. 33 y 34).

«Pero es que siento el placer prohibido.»

Es algo irremediable, pero tú no eres responsable, mientras lo experimentes sin haberlo buscado y sin complacerte voluntariamente en él.

«Tiemblo con sólo pensar que bastan unos segundos para cometer un pecado mortal con el pensamiento.».

Unos pocos segundos bastan también para rasgar un cuadro de Rubens, para abofetear a un amigo, y para suicidarse, arrojándose por la ventana.

¿Y temes tú, sin embargo, que cometerías estas barbaridades en un momento, *a pesar tuyo?*

Este otro pecado mortal con el pensamiento de unos segundos, no se cometerá tampoco *a pesar tuyo,* ya que la culpa grave supone *esencialmente,* además de materia grave, deliberación perfecta y consentimiento pleno.

«¡Puede tanto el diablo!»

«El diablo, dice San Bernardo, es un perro que ladra terriblemente... pero que está atado. Déjale que ladre sin cesar. Está rabioso pero no puede nada. No te morderá, a no ser que tú mismo vayas a soltarle la cadena.»



7.° principio

«Esas tentaciones me asaltan, especialmente antes de comulgar.»

Pasa con bastante frecuencia. Y se explica, desde luego por una causa muy natural. Por la mañana, hallándose el espíritu en toda su frescura y la imaginación descansada, las tentaciones se insinúan más fácilmente.

Además, el demonio sabiendo, como sabe, que la comunión es el gran medio de santificación, procura, para apartarnos de ella, turbarnos y después nos insinúa: «¡Cómo!, ¿te vas a atrever a recibir a tu Dios

en tu alma, agitada de tan malos deseos y manchada con semejantes ruindades?» Abstenerse de comulgar, cuando no se ha consentido en el pecado, es hacer bonitamente el juego al demonio.

«Pero, a veces, antes de comulgar no se duda si ha habido consentimiento o no. ¿Qué hacer entonces?»

Mientras sea *sólidamente* probable que se está en estado de gracia, se tiene derecho a acercarse a la sagrada Mesa. Vendrá muy bien entonces hacer un acto de perfecta contrición, pero no estás obligado a confesarte. ¿Por qué? Sólo estás obligado a hacerlo en el caso de que ciertamente estés seguro de haber cometido un pecado mortal; y siendo en tu caso el pecado mortal muy dudoso, dudosa queda también la ley de confesarte; ahora bien *la ley dudosa no obliga*.

Sin embargo, si tienes bastante certeza de haber cometido un pecado mortal, en este caso lo más conveniente es que acudas antes al sacramento de la confesión.

Sin duda hemos dicho que no habrá obligación *estricta,* mientras tengas una certeza *sólida* de haber resistido. Pero en las relaciones con Dios nuestro Señor, como en las de los hombres, junto a lo que hay que hacer por obligación, está lo que exige la delicadeza y la conveniencia. Un joven puede acercarse al confesionario aunque no tenga pecado mortal, para purificar su alma y recibir nuevas gracias.

* * *

Todos los principios hasta aquí expuestos los ha resumido muy bien San Francisco de Sales:

«¿Te ves acometido de tentaciones?

»No hay que inquietarse por eso ni cambiar de postura; es el diablo que anda alrededor de tu espíritu, huroneando para ver si puede hallar alguna puerta abierta por donde meterse. Así lo ha intentado con Job, con San Antonio, Santa Catalina de Sena y una infinidad de almas buenas.

»¿Hay que impacientarse por eso?

»Deja al demonio que se desespere; ten todas las puertas bien cerradas, y acabará cansándose y dejándote en paz; o sino se cansa, Dios le hará levantar a su debido tiempo el cerco.

Ten todas las puertas cerradas, y el demonio acabará cansándose y dejándote en paz.



»Si hace tanto ruido y desencadena tan gran tempestad alrededor de tu voluntad: es señal de que no está dentro. Guárdate bien de que tu corazón esté descontento por estos pensamientos tan fastidiosos que te importunan; Dios no está descontento de ti, antes al contrario. A Él le agrada ver que tu pobre corazón tiembla ante la sombra del mal, como un pollito tiembla al verse amenazado por un ave de rapiña que anda volando por encima.

»Recurramos a la cruz, besémosla de corazón, permanezcamos en paz a la sombra de tal árbol santo.

»Es imposible que cosa alguna nos manche, mientras tengamos la firme resolución de ser todo de Dios.

»No hay por qué apesadumbrarse en las tentaciones, sino mantenerse alegre con dulce resignación en la voluntad de Dios.

»Las tentaciones no pueden menoscabar en lo más mínimo la pureza del corazón que las rechaza. No hagamos caso de ellas, sino miremos fijamente a nuestro Salvador, que nos espera al otro lado de la tormenta.

»Las tentaciones nos perturban porque pensamos demasiado en ellas y las tememos demasiado.»

Mantén el señorío de tu alma. Sé fiel, noble y generoso, y no pierdas la paz. El irritarse es señal de que persisten deseos mal reprimidos. Más bien procura no hacer caso de las tentaciones, *despreciándolas.*

* * *

Lo mejor sería pensar lo menos posible en la impureza. A veces será necesario tratar directamente la cuestión de la castidad, como lo

hago yo ahora en este libro. En tal caso hablemos más de la pureza que de la impureza, mostrando sobre todo la parte positiva (ventajas de la pureza, su posibilidad, los medios de conservarla), más bien que la parte negativa (la fealdad del vicio).

No nos obsesionemos a la vista de tales miserias. Tengamos amplitud de miras. La religión es sobre todo amor.

Cuando se preguntó a nuestro Señor cuál era la primera virtud, respondió: «La caridad». Ama a Dios, y todo lo demás estará asegurado.

Cuando suena una nota fundamental, siempre va acompañada de sus notas «armónicas», que son como sus satélites sonoros.

El día en que el amor de Dios sea la nota fundamental de nuestra alma, las demás virtudes se vivirán con facilidad. La castidad es una de las consecuencias de la caridad.

Piensa un poco menos en lo negativo: «Esto y lo otro no se puede hacer»; para afianzar más el gran precepto del amor: *Ama a Dios con todo tu corazón*.

Ama y haz lo que quieras.

Resultan muy acertadas a este respecto las dos advertencias de San Ignacio:

«La primera es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras. La segunda, el amor consiste en la comunicación de las dos partes.» (*Ejerc. Espir. n*. 23o y 231)

Ama al Señor con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y todo lo demás se irá ordenando casi sin pensarlo. Vete a lo esencial, y todo lo demás se te dará por añadidura.

Ama al Señor con toda tu alma, con todas tus fuerzas... y la pureza se te hará fácil.



Así concibió San Ignacio la vida religiosa. Para concluir sus Ejercicios espirituales y dar el golpe decisivo, propone la *Contemplación del amor divino*.

«Traeré a la memoria los beneficios recibidos ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí... Y con esto reflexionar sobre mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la Su Divina Majestad...» (n. 234).

8.° principio: el sexto mandamiento de la ley de Dios

¿Cómo interpretar el principio: en cuestión de impureza no hay materia leve?

Puede suceder que siendo la materia grave, la culpa, sin embargo, sea leve; porque el pecado mortal supone, además del primer elemento de materia grave, otras dos condiciones: plena advertencia y pleno consentimiento. Y así en muchos casos habrá solamente «materia» de pecado mortal, pero no pecado mortal efectivo; o si se quiere, habrá pecado grave puramente «material», pero no «formal».

Si no hay materia leve, ¿qué significa entonces la materia grave?

No una simple sensualidad (es evidente que puede haber materia leve en tal lectura un poco libre, en tal alusión menos conveniente, en tal sonrisa indulgente, etcétera), sino que se trata, en el principio enunciado, de la *lujuria misma directamente buscada.*

Por lujuria entendemos los movimientos desordenados de las partes sexuales, acompañados de placer, de suerte que su desenlace lógico (se consiga o no) es la satisfacción completa de la pasión.

Dios, previendo cuánto ánimo sería menester al hombre y a la mujer para aceptar las cargas de una familia, ha puesto providencialmente el atractivo y la compensación del placer en el ejercicio de las funciones procreativas.

En el hombre hay, sobre todo, dos apetitos: el placer de comer, para la conservación del individuo, y el placer sexual, para la conservación de la especie. La persona está destinada a morir un día, pero es preciso que el género humano se perpetúe; y por eso el hombre tiene tan arraigado el instinto sexual.

La persona, en el uso de los órganos reproductivos, también llamados genitales o sexuales[1], tiene derecho al placer que se halla en la unión legítima del matrimonio, que asegura al mundo

---

[1] Antiguamente también se les llamaba algunas veces las «partes vergonzosas»: vergonzosas, no en sí mismas, ya que Dios y la naturaleza las han querido así, sino a causa del abuso que de ellas se hace frecuentemente por el pecado. Sin la culpa original no habríamos conocido los desordenes de la carne.

la transmisión de la vida y que ha sido elevado por Dios mismo a la dignidad de sacramento. La actividad sexual, fuera del matrimonio, al no perseguir el fin que la justifica, pasa a ser un desorden.

No puede haber una disociación entre la satisfacción sensible de un acto y el fin para el que ha sido establecido; lo mismo que en el hecho de comer, no se puede separar el gusto de los alimentos del hecho de la nutrición.

El placer sexual es tan imperioso y seductor en el hombre que no admite excepciones, fuera del fin para el que ha sido establecido (la unión de los esposos y la procreación) . De lo contrario, la fuerza y el atractivo de la pasión sexual harían que se admitiesen cada vez más excepciones, hasta acabar por permitirse todo. Los actos lujuriosos, prohibidos por el derecho natural, como la masturbación y la fornicación, no admiten excepciones, están prohibidos siempre[1]. Además, siendo tan fuerte y seductor el estímulo del placer, Dios no sólo ha prohibido el término, es decir, el pecado consumado, sino todo aquello que por *su naturaleza* lo prepara.



No existe materia leve ya que desde que se entra en el ámbito de la *lujuria,* lo que está prohibido, no es sólo la saciedad de la pasión y la plenitud del goce, sino cualquier placer de tipo sexual.

* * *

[1] Inocencio XI condenó las proposiciones que decían que la fornicación y el pecado solitario no están prohibidos por el derecho natural, sino sólo por una prohibición positiva de Dios.

Lo que está prohibido —siempre— es procurarse (fuera de la unión matrimonial) esas satisfacciones *directamente.*

¿Pero es lícito poner en marcha actos que *indirectamente* pueden desencadenar excitaciones sexuales o sensaciones eróticas?

Sí, con tal que se den cuatro condiciones:

1º Si la acción es honesta;

2º Si la intención es honesta, y no hay peligro de que se vaya a consentir si se dan tales excitaciones (porque entonces se deberían aplicar las reglas de la ocasión más o menos próxima);

3º Si la excitación sexual (el efecto deshonesto) no sirve de medio para conseguir el efecto bueno; porque el fin no justifica los medios, y nunca se puede cometer un mal para conseguir un bien.

4º Si la posible excitación sexual o sensación erótica (efecto no buscado) se excusa o justifica por la gravedad del motivo.

Lo que quiere decir esta cuarta condición es:

Cuando la excitación sexual que provoca es ligera, basta un motivo ligero;

Cuando la excitación sexual que provoca es de carácter moderado, es necesario un motivo grave;

Cuando la excitación sexual que provoca es intensa, es necesario un motivo muy grave.

Es decir, el motivo debe ser proporcionado al efecto que se experimenta.

Si se dan estas condiciones que acabamos de indicar, no se puede prohibir una acción que es honesta tanto en sí misma como en la intención con que se hace.

Es, pues, honesto el hecho, objetiva y subjetivamente.

Es cierto que puede procurar excitaciones sexuales desordenadas (la repercusión lujuriosa indirecta); pero hemos supuesto una razón proporcionalmente grave que la excusa.

Desde luego no se obra por ese efecto, sino *a pesar* de él.

No se trata sino de un accidente sinceramente desaprobado por la voluntad, que va tras *otro* fin.

En la vida ordinaria hay muchas acciones honestas o inocentes que pueden desencadenar indirectamente excitaciones de tipo sexual, sobre todo en jóvenes impresionables. Si tuviésemos que prohibirlas todas por este motivo, la vida cristiana no sólo se haría prácticamente imposible sino que resultaría insoportable, pues no sería más que una perpetua ocasión de escrúpulos o preocupaciones.

Lo importante es saber que en tales acciones, aunque la persona experimente a veces tales excitaciones sexuales, no consiente en ellas. La persona las siente, pero no *participa de ellas.*

Aplica estos principios del «doble efecto» al médico, obligado por profesión a determinadas exploraciones; al moralista o al confesor que tratan cuestiones morales delicadas; al censor de películas o de libros; al joven que por motivos de sus estudios tiene que leer ciertas obras de literatura, o que practica ciertos deportes... Podrían multiplicarse los ejemplos.

Hay que tener claro los principios, más que perderse en la infinidad de casos que pueden darse.

* * *

No hay que decir que en los casos citados y en todos los demás hay que estar siempre muy sobre aviso contra los engaños y las sutilezas de la pasión sexual; y para averiguar si el alma procede bien, es útil hacerse estas dos preguntas:

¿Puedo yo justificar la acción? ¿Hay en ella un motivo suficientemente serio y *diferente* de la pasión que la justifique realmente?

¿Puedo justificar la intención? ¿Es *recta?*

Insistamos en este último punto: Puede suceder que tal cosa sea honesta en sí misma y permitida por la moral, pero siempre en el supuesto de que la intención que dirige el acto sea buena. El acto de calmar el prurito y el de cuidar de la limpieza de la salud pueden ser muy útiles y a veces necesarios, pero pueden también tomarse como pretextos de la pasión.

¡No hay que andar con conciencia de doble fondo, como las cajas de ciertos charlatanes! ¡Nada de ficción e hipocresía!

Se da el caso de querer andar trampeando con Dios, procurando meterle moneda falsa con razones engañosas.

Pues bien, lo que Dios mira ante todo es la sinceridad de corazón (*El Señor mira el corazón*, 1 Reyes 16, 7). Podremos equivocarnos al realizar ciertas acciones, por ser demasiado ingenuos, ignorantes o inexpertos; pero aun en estos casos debe quedar a salvo nuestra responsabilidad, lo que sucede sólo si ha habido buena fe. El desorden objetivo se excusa con la rectitud subjetiva.

¡Nada de ficción e hipocresía!



9.° principio

Hay diversidad de actos. Algunos son propiamente actos de lujuria ; otras no lo son, si no en circunstancias determinadas.

Son esencialmente culpables los actos que por su misma naturaleza directamente son una grave provocación al vicio.

Otros actos no son intrínsecamente malos, sino que se vuelven reprobables en ciertas condiciones, de manera que el mismo acto será bueno o reprensible según las circunstancias.

Así, ¿tal *mirada* es pecado mortal?

Habrá que distinguir: ¿ha sido de cerca o de lejos?, ¿de paso o con insistencia?, ¿por pura curiosidad o con dañada intención?

Una determinada *conversación,* ¿es pecado grave?

El que participa de ella o la escucha ¿es un niño?, ¿un hombre casado?, ¿un viejo a quien ya pocas cosas impresionan?, ¿una persona más o menos inmunizada por un hábito, culpable o no?

Los *besos* ¿son pecado mortal?

Pueden estar autorizados por el uso o por las relaciones de familia.

Pueden enredarse con excesos sentimentales o galanteos.

Pueden a veces constituir una manifestación gravemente pasional.

Es preciso, por lo tanto, ver las circunstancias. Generalmente, la que más influye es la duración. Muchas acciones momentáneas (siempre en el supuesto de intención recta) serán honestas, mientras que esas mismas, cuando se prolongan largo tiempo, serán graves.

El que tenga oídos para oír, que entienda.

* * *

Hay también una graduación de los estímulos excitantes.

En el grado inferior, la palabra. La simple relación de una cosa impresiona menos que la cosa misma.

En segundo lugar: la imagen, más evocadora que la palabra, ya que exhibe las formas.

En quinto lugar: el tacto,

Tal es la gradación *normal*, aunque puede tener excepciones en circunstancias particulares.

10.° principio

Algunos defienden que el pecado impuro es algo normal, aduciendo que el hombre pierde su libertad cuando la tentación es irresistible, como sino tuviésemos ninguna responsabilidad. Pero la seducción no es fatalidad, el hombre no es un ser pasivo, puede reaccionar, si quiere, y resistir.

El hombre es influenciable pero, como es libre, siempre le queda la capacidad de poder resistir.



El hombre ha domado los animales…

Ha sometido la tierra en barbecho y la ha obligado a que dé cosechas.

Ha fundido los metales más duros y los ha sometido y dado forma como ha querido.

Puede también vencerse a sí mismo y corregirse. No tiene excusa el decir: ¡Es mi temperamento! ¡Yo soy así!

¿Por qué no decir a la vista de un erial infértil: ¡Es su temperamento! ¡Él es así! O a vista de una fiera que se lanza a devorarte: ¡Es su temperamento! ¡Es así el animal!

Tú eres así: pero a ti te toca cambiar y mejorar.

Y ello es posible; la experiencia lo demuestra.

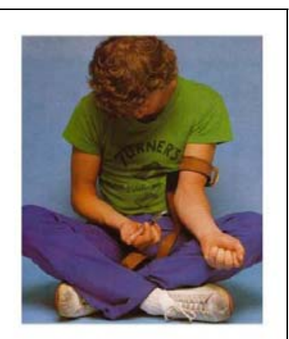
El Cristianismo ha logrado dominar los vicios más despóticos y pertinaces: las costumbres inmorales del paganismo, tal como la embriaguez, la sed de venganzas crueles, la esclavitud, los duelos... ¿Por qué no habría de triunfar de la impureza?

Cierto que la pasión de la lujuria es vehemente y tremendamente seductora. El asalto arrollador de la *concupiscencia* puede ser evidentemente un factor atenuante de nuestra responsabilidad, pero no una justificación de la caída.

El *temor* no puede tampoco forzar nuestra libertad. Nadie ha experimentado tanto el temor y el miedo como los mártires a la vista de los tormentos que les esperaban. Y, sin embargo, los dos concilios de Nicea y de Ancira declararon que el cristiano que abjura su fe ante el horror de los suplicios es un apóstata, menos culpable por supuesto que el que renegara de Cristo sin semejantes presiones, pero al fin y al cabo, culpable también.

El *vicio* de la impureza es tiránico, pero uno es responsable de haberlo contraído. El hombre, que es el hijo de sus obras, es el padre de sus vicios.

El vicio es tiránico, pero uno es responsable de haberlo contraído.



La *ignorancia* podría ser una excusa. No se puede querer lo que no se conoce, y nada hay tan contrario al consentimiento como el error. Cuando hay ignorancia, el problema no es tanto el de no *ceder,* sino el de no conocer.

El *ambiente* moral en que vive el hombre puede ser tremendamente corruptor y depravado. Pero el ambiente solicita al hombre; no le fuerza del todo.

Dios puede haber permitido que nazcamos y vivamos en un ambiente hostil y depravado, y entonces nos da las gracias suficientes para superarlo; o bien, nosotros mismos nos hemos

expuesto voluntariamente a él, y por lo tanto, somos responsables del peligro que corremos.

El ambiente puede influir poderosamente en el sujeto para bien o para mal, pero el hombre siempre puede reaccionar ante él, porque es libre. Si todo dependiera del ambiente, ¿cómo explicar que jóvenes educados en los ambientes más diversos se asemejen, y en cambio, que dos hermanos educados en el mismo ambiente familiar lleven caminos tan divergentes?

El hombre, aun en el ambiente más depravado, oye siempre la voz de su conciencia.

En una palabra: en la lucha por la castidad, puede haber muchos causas que *disminuyen* la libertad humana, pero generalmente no la *suprimen del todo.*

El hombre, aun en el ambiente más depravado, oye siempre la voz de la conciencia.



EL ATAQUE

EL QUE AMA EL PELIGRO...

El pecado de la impureza es el enemigo de tu alma.

Con el enemigo no se hacen alianzas ni compromisos; no se cruzan saludos ni palabras.

Con mayor razón no se han de cruzar palabras entre el alma y el tentador. Sería propio de idiotas andar coqueteando con Satanás.

Ya sabes que el gran poder seductor que tiene el pecado impuro. ¿Para qué querer gustarlo, aunque sea un poco?

El que juega con fuego acaba quemándose. «El que ama el peligro, perecerá en él» (Eclesiástico. 3,24).



Pero, ¿cuáles son los peligros o las ocasiones que nos pueden hacer caer en el pecado impuro? Los vamos a repartir en dos clases de peligros: individuales y generales.

PELIGROS PERSONALES

Con respecto a la salud corporal, cada uno tiene su «punto flaco» Será, según los individuos, el corazón, los pulmones, los riñones, la presión arterial, el aparato digestivo, etc.

Si me prometes no reírte, te repetiré el término médico: se observan «idiosincrasias».

Me habías prometido no reírte…

La idiosincrasia es la manera especial con que el individuo reacciona ante la acción de los gérmenes patógenos o de otros agentes, es decir, la disposición propia de cada sujeto, en virtud de la cual las mismas causas producen en los diversos sujetos efectos diferentes.

Así que los médicos llegan a decir: «No hay enfermedades, sino enfermos»; lo que quiere significar que los caracteres de la enfermedad varían en función de los organismos a los que afecta.

De ahí que no todos los enfermos de una misma enfermedad requieran el mismo tratamiento. La enfermedad no es una entidad absoluta e invariable, sino relativa, que se manifiesta de diferentes formas según sea la disposición de los organismos.

Pues bien, eso que acontece con la salud corporal, le pasa también a la salud espiritual.

Cada uno tiene su temperamento especial y su punto más débil, que apenas se parece al del vecino.

Todos son tentados en la pureza, pero no todos son tentados de la misma manera.

Todos son tentados en la pureza, pero no todos son tentados de la misma manera.



Uno es tentado sobre todo por el corazón; para otro la tentación pasa por la imaginación o por la memoria; para otros las ocasiones serán una lectura, una mirada, o ciertas diversiones. Una disposición no excluye enteramente las otras; lo que hace es dominarlas.

Si quieres saber cuál es la tendencia personal dominante por la que actúa la tentación impura, bastará con que te fijes en la clase de deseos o de imágenes que la acompañan ordinariamente. Esta disposición dominante se refuerza por el hábito.

El hábito nos facilita repetir el mismo acto una y otra vez. Cualquier acto que realizamos no termina del todo al acabarlo de hacer: deja algo de sí en nuestra alma, un pequeño surco o arruga.

Si un joven comete un pecado de impureza de una determinada manera, crea una «asociación de imágenes»[1] entre la ocasión que lo propició y el pecado. Ha caído de una determinada manera, pues bien, en adelante será tentado de esta determinada manera, y no, o mucho menos, de otra manera.[2]

Inútil es pensar que uno está curado del todo: siempre queda una cicatriz.

Hay quien llega a afirmar que la mayoría de las tentaciones no son más que las excitaciones sexuales anteriormente *consentidas*. La afirmación no es rigurosamente exacta; el que nunca ha consentido puede ser tentado. Pero hay que conceder que existe una pasmosa

---

[1] El mecanismo de «asociación de imágenes» tiene su explicación psicológica: a) Una asociación es tanto más duradera, cuanto mayor es la impresión que produjo. Así, presencio un grave accidente que me produce una profunda impresión; esto basta para asociar y fijar tan fuertemente las diversas circunstancias con que se produjo, que en adelante no puedo pensar en una circunstancia sin recordar las otras. b) A mayor atención, mayor fuerza de las asociaciones de imágenes. c) Tercera ley: la repetición. La asociación se afianza más, conforme se repitan las mismas condiciones.

La asociación no es más que una forma particular de *hábito*, es decir, de la tendencia que tenemos a volver a hacer o pensar automáticamente lo que hemos ya hecho o pensado. Una y otro se rigen por las mismas leyes: una asociación se anuda, como se forma un hábito, tanto más fácilmente cuanto la idea o el acto han producido en nosotros una impresión más viva, cuanto se ha repetido, o en fin, cuanto hemos puesto más atención.

[2] Si quieres eliminar la «asociación de imágenes» que te llevan al pecado, rompe resueltamente con todo lo que te lo recuerde: deja los lugares y todo aquello a lo que se hallan como clavados los recuerdos del placer, y trata de vivir situaciones nuevas.

«memoria de los sentidos», y que el hombre conserva, a causa del psiquismo memorativo, una terrible propensión a caer en la misma falta.

¡Así que feliz mil veces el que no ha caído!

Precisamente porque no ha sufrido derrota, no se ha abierto en él un camino hacia el mal. No guarda imágenes que le puedan obsesionar, ni ha creado «asociaciones de imágenes», fruto de previas caídas, que podrían inclinarle poderosamente a volver a caer en lo mismo.

El pecado lleva su propia penitencia. Hay una justicia inherente al saltarse las leyes de la naturaleza.

* * *

Esta verdad tiene una terrible aplicación en el caso de los cómplices. Cuando alguien comete con otra persona un grave pecado, ya nunca esa persona será para él igual a las demás.

Cuando una persona comete con otra un grave pecado, ya nunca esa persona será para él igual a las demás.



¿Por qué? Un lazo indisoluble ha unido, por «asociación de imágenes», a la persona cómplice con dicho pecado. La persona siempre quedará en una situación de debilidad con respecto al cómplice.

Desde la primera complacencia culpable que cometieron los dos pueden haber pasado muchos años. Ellos parecen haberlo olvidado, pero en la memoria permanecen guardadas en estado latente el recuerdo de los «primeros amores». Estas huellas son tan profundas que pueden correr un grave peligro si se encuentran de nuevo. Los que con toda sinceridad se creían decididos a no caer más en el mismo pecado, advierten frecuentemente que al volver a encontrarse tales decisiones se deshacen como la cera en el fuego.

La estrategia de victoria en este caso, no es tanto resistir, sino evitar volver a encontrarse. La valentía está en la huída.

****

Cada persona es diferente y tiene su propio temperamento y sus «asociaciones de imágenes».

«Conócete a ti mismo», decía la inscripción del templo de Delfos. Pero nadie se conoce, sino examinándose.[1] ¡Y muchos apenas se examinan!

Son capaces de estudiar e interesarse por las cosas más raras: la historia de los antiguos Faraones, la geografía del Japón; si los planetas «están habitados o no», cómo fue la desaparición de los mamuts... ¡Cómo les gustaría saberlo todo!

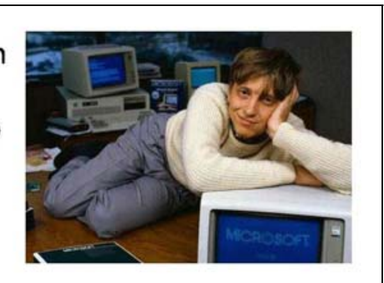
¡Todo!... menos conocerse a sí mismos.

Ellos podrían deciros cuál fue el punto vulnerable del ejército de Aníbal, pero no podrían deciros cuál es el punto vulnerable de su corazón.

Se interesan por los planetas más lejanos, por Saturno, por Marte… pero nunca entran en su foro interno.

Han estudiado muchas cosas inútiles, pero dejan de estudiar la más importante: su propia alma. Saben de muchas cosas del universo, pero se ignoran a sí mismos. Son para sí mismos un libro cerrado.

Cuántos conocen muchas cosas inútiles, pero no la más importante: su propia alma.



¿De qué les sirve descifrar difíciles jeroglíficos, si no son incapaces de descifrar el estado de su propia alma?

---

[1] De ahí la utilidad del *examen de conciencia*, que trataremos más tarde, y del Diario espiritual. Procura tomar cada día y cada semana algunas notas sobre el estado interior de tu alma; y esto, brevemente, sin afanes literarios, ya que no escribes para la posteridad, sino para conocerte. Así podrás después leer después la historia de tu alma. Comprenderás en su conjunto el plan providencial por el que Dios te fue guiando.

Para poder corregirte y aspirar a la perfección, tienes que conocerte bien.

¿Sabes tú quien te examina con mucho cuidado? El diablo. Él te estudia en profundidad, pero para perderte.

Se parece, dice San Ignacio en sus *Reglas para el conocimiento de espíritus* (*Ejerc. Espir.* n. 327), a un capitán que procura descubrir el punto por donde atacará una posición. «Así cómo un capitán y caudillo del campo, asentando su real y mirando las fuerzas o disposiciones de un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos.»

¿Sabes tú quien te examina con mucho cuidado? El diablo, que trata de hallar tu punto más flaco.



LOS PELIGROS DE TODOS

La defensa debe hacerse en función del ataque.

Es esencial antes del combate conocer los planes del adversario, desbaratar sus tácticas. De ahí la importancia durante la guerra de los aviones de reconocimiento y de las patrullas de exploración.

El demonio echa mano de todo para perdernos. ¡La estrategia de Satanás es fecunda en ardides de guerra! Te voy a señalar algunos de los lazos que utiliza para atraparte:

1.ª asechanza: las conversaciones

¡Las malas conversaciones! El escollo típico de las pandillas de jóvenes.

Sé valiente y decidido. No participes de ellas. No las escuches.

I.° No participes de ellas.

La impureza se contagia fácilmente por la conversación.

Piensa que son muchas las almas que entran en juego: la tuya y las de los que conversan. El que tiene malas conversaciones peca e incita a pecar.

El pecado que cometes es muy de lamentar. ¡Pero peor es el que cometes escandalizando al otro o haciéndole cómplice! Puede ser la cadena que te encadene a él y te lleve al infierno.

Piensa en la hora de tu muerte, ¡qué peso más abrumador sentirás entonces por haber sido para otra alma causa de tentación, e incluso de perdición. ¡Ay de aquel, dice Jesucristo, que es causa de escándalo!

Está un hombre totalmente consternado por haber herido mortalmente, accidentalmente, a un amigo en una partida de caza.

El que con una conversación contribuye a perder a su compañero, no mata por descuido, sino a sabiendas. No es homicida por imprudencia, sino por malicia.

«Destierra de tu boca toda palabra deshonesta.» (Col. 3, 8.)



«La fornicación y toda especie de impureza o de avaricia, ni aun se nombre entre vosotros..., ni tampoco palabras torpes, groserías o necedades... Porque ten esto bien entendido: que ningún fornicador o impuro... será heredero del reino de Cristo y de Dios. Que nadie te engañe con palabras vanas, pues por tales cosas descargó la ira de Dios sobre los incrédulos. No quieras, por tanto, tener parte con ellos.» (Efesios. 5, 3 y siguiente.)

Las malas conversaciones siempre producen los mismos frutos: el hundimiento de las almas, la muerte de los nobles ideales, el aniquilamiento del pudor…

2.° No las escuches.

Pero salta la objeción:

—«Ya soy lo bastante maduro para poder tener este tipo de conversaciones. Ya tengo la conciencia formada.»

¿Formada o deformada?

—«No vamos a ponernos tapones en los oídos.»

Claro que no. Pero al menos no provoques esas conversaciones escabrosas, ni las fomentes con preguntas, etc.

—«Me llamarán beato o fundamentalista de la religión.»

Dios te tendrá por un valiente. Su juicio vale más.

—«¿Qué pensarán de mí?»

Te admirarán.

A ti mismo apelo. Vosotros, los jóvenes, os conocéis muy bien. ¿Qué compañeros son los verdaderamente estimados? ¿A quién se busca cuando se necesita un serio consejo? ¿A quién todos respetan? ¿Al cobarde, al que no es coherente con lo que piensa, o al que se presenta como católico sin respetos humanos, «descaradamente», porque está orgulloso del gran tesoro que tiene?

Todos te respetarán si te ven alegre y coherente con tu fe. Tienes muchos motivos para estarlo. No sé ningún texto de la Escritura que recomiende el ser tristón y desagradable con los demás, y sé de muchos que recomiendan el ser amables y alegres: *Alegraos en el Señor, siempre; os lo repito, alegraos*. (Ef. 4, 4). *Siempre estamos alegres* (2 Cor. 6, 10). *Estad siempre alegres* (1 Tesal. 5 16). *Se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar* (Juan 16, 22). *¡Dichosos los que van por camino perfecto* (Salmo 119, 1).[1]

—«Pero me perseguirán.»

Sí, si te quedas solo, sin formar con otros amigos un grupo que haga contraste por su alegría frente al grupo obsceno.

No, si obras con naturalidad, si eres un buen compañero.

Fíjate lo que me han dicho muchos universitarios: «Basta con tener valor los diez primeros días. Nos prueban y tantean. Si en estos diez primeros días se hace uno respetar, al punto nos dejan tranquilos, y a veces nos confiesan: *Así se hace, eres un valiente*.»

---

[1] Por un motivo semejante has de vestir con gusto. La modestia no nos condena a permanecer en modas ya pasadas o anticuadas. Que jamás la religión llegue a ser en el joven sinónimo de fastidio y, sobre todo en la joven, sinónimo de fealdad. Ella debe ir arreglada con gracia.



Si, por el contrario, cedemos, se acabó. Nos han conocido por primera vez por una cobardía, por una cesión, que no acarrea más que desprecio. Y entonces sí que resulta difícil volver sobre los pasos y demostrar lo contrario.»

¡No tengas miedo! Los malos no son fuertes, sino porque los buenos son débiles.

¡Sí, débiles!

Muchos son los jóvenes que ceden y se dejan llevar por la corriente, por simple respeto humano. Por respeto humano llegan incluso a inventarse falsedades y gloriarse a veces de aventuras sexuales que no han ocurrido más que en su imaginación. En realidad no llevan una mala vida. Pero se avergüenzan de la virtud, y no comprenden los infelices que les estimarían mucho más si fuesen consecuentes con sus convicciones y orgullosos de su fe. ¡Cuán orgullosos deberían mostrarse por estar bautizados y confirmados, por ser de los que comulgan! Un rico no tiene más que una cosa de la que estar orgulloso, su dinero. Un cristiano tiene tantas motivos cuantos sacramentos ha recibido.

Te estimarían mucho más si fueses consecuente con tus convicciones.



***

Enrique Sigean[1] era un buen muchacho pero débil de carácter, y por respeto humano no tenía valor para sustraerse a las malas conversaciones:

Había llegado la hora de recreo. Por todas partes se formaban pequeños grupos...

Enrique vacilaba con quien juntarse, cuando fue abordado por el sarcástico Maillard, acompañado de su inseparable Lefort.

—Acércate un poco..., tú… No somos tan malos como parece. Ven con nosotros…

Y tomó, como quien manda, del brazo a Enrique, mientras Maillard le cogía por del otro.

Era Lefort un muchacho alto y grueso. De rostro poco expresivo, pero con unos ojos burlones e inquietos. Gente como él, dada a lo bueno, no haría cosa especial. Para animar a lo noble, a la generosidad y lo heroico, se necesitan grandes pensamientos, un gran corazón, una palabra ardiente y mucho entusiasmo... Pero para ser jefe de chusma no hacen ninguna falta estas cualidades. Cinismo, grosería, una boca pronta a lanzar injurias y sarcasmos, es lo único que se necesita.

Para ser jefe de chusma no hacen falta muchas cualidades, tan solo: cinismo, grosería, una boca pronta a lanzar injurias y sarcasmos.



Lefort iría hundiendo a Enrique poco a poco en el fango, ridiculizando la virtud sin que se diese cuenta, dejando caer tranquilamente la burla y la sospecha contra todos los ideales nobles y hermosos.

Enrique se daba cuenta vagamente del peligro. Pero ¿qué hacer? Se dejó arrastrar... La conversación vino a caer en lo más bajo y rastrero, sin que se atreviese a desviarla... Los dos compinches parecían complacerse, cada uno a su modo, en atormentar a la pobre alma que había caído en sus manos. Con jactancia se vanagloriaban de sus actos obscenos.

---

[1] Anécdota extraída de la novela *La ley de Caín,* de Seth

Más tarde Enrique se encuentra con Albert, un auténtico joven de carácter, admirado por todos . Se ponen a hablar y Enrique trata de excusar su propia debilidad.

—Te habrás percatado de cómo hacen burla de la pureza.

—Claro que sí. Pero no hay que tenerles miedo. A esos burlones, siempre que lo han intentado conmigo, puedes creerme, les he respondido como se merecen y han tenido que callarse la boca. Todos estos fanfarrones conocen el cristianismo como un ranchero la astronomía. Su fuerza está en su audacia y en el terror de sus víctimas.

Enrique no tuvo más remedio que reconocer:

—Cómo me gustaría ser como tú… Pero la mayoría piensa de distinta manera que tú…

—No es tan difícil actuar como yo. Sólo hay que ser hombre y no tenerles miedo. Como te he dicho, ante tanta sandez, procuro tomarles el pelo y cerrarles la boca. De lo contrario, si te ven que les temes, estás perdido… Si a pesar de todo persisten con sus valentonadas, les escucho muy serio, y les hago ver con mi actitud que no apruebo en nada sus desvergüenzas.

—¿Y no te han molestado?

—Sí, un gracioso me llamó Mariquita. Yo le puse ante sus narices mi puño del Mariquita... y no dejó de hacerlo.



2.º asechanza: la curiosidad

Al inicio de la adolescencia, todo joven, no solamente se ve turbado por sensaciones y emociones desconocidas, sino que comienza a preguntarse por muchas cosas relacionadas con el origen de la vida y la sexualidad.

¡Quiere conocer! ¡Coger el fruto del árbol de la ciencia!...

Busca respuestas y se pone a curiosear a escondidas en las enciclopedias, en revistas o en libros de medicina; pregunta a sus amigos y, lo que es peor, ojea imágenes pornográficas. La información que obtiene de esta manera es muy fragmentaria y no hacen más que confundirle más todavía. Los malos amigos, en vez de orientarle como es debido sobre las realidades más serias de la existencia, le hacen ver con malicia burlona los aspectos más bajos y más rastreros….

¿A quiénes debería haber acudido para resolver tantas inquietudes? A quienes mejor le pueden aconsejar y enseñar: sus propios padres.

Tu padre, tu madre desean sobre todo tu bien. Nunca tratarán de engañarte ni de ensuciarte… Confía en ellos. No te cierres y pregúntales. Pronto te habituaras a recurrir a ellos, y esto te servirá de gran ayuda cuando se te planteen problemas más serios.

Los padres son los que mejor te pueden aconsejar… porque son los que más te quieren.



El desconfiar y «cerrarse» a los padres nunca puede ser bueno.

De todas formas, si tus padres no están en la disposición de ayudarte o no están suficientemente preparados, siempre puedes preguntar a un sacerdote o a una persona buena e instruida, digna de tu confianza.

3.ª asechanza: al levantarse y al acostarse

He aquí los dos momentos más peligrosos, donde las tentaciones se suelen dar más.

La blanda cama es el campo de batalla donde más tiene que luchar el joven por su pureza.

Considera las circunstancias que lo facilitan: el abandono en la postura, el vago bienestar, la imaginación que anda vagabunda y despreocupada, el embotamiento de la voluntad y el menor dominio de sí al estar medio dormido o medio despierto…

La pereza mañanera es la más peligrosa de las perezas. El momento de levantarse es, para muchos, el mejor momento del día.

El tentador, ciertamente, es también del mismo parecer, pues, para él, es el momento mejor para la tentación.

«Dime a qué hora te levantas, y te diré si eres vicioso...»

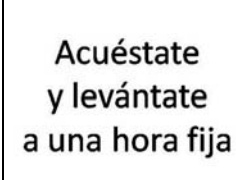
Es casi imposible que un joven mantenga su pureza si está acostumbrado a quedarse en la cama una o más horas después de haberse despertado.

Hay que levantarse tan pronto como uno se despierta. Hay que habituar el cuerpo a no tener más que la ración de sueño que le es absolutamente necesaria.

«El levantarse enseguida conserva la salud y la santidad», dice San Francisco de Sales.

La cama es únicamente para dormir. No te quedes en ella si ya has descansado y dormido lo suficiente. Si quieres salvar tu pureza, levántate temprano.

Haz como los soldados, cuando toca la diana, se levantan al instante. Generalmente a la misma hora todos los días.





Y nada más despertarte, dirige tu pensamiento a Dios: *Dios mío, por Ti suspiro desde que apunta la aurora* (Salmo 62).

No te acostumbres a leer en la cama. Si alguna postura —como por ejemplo estar boca abajo— te produce perturbaciones, no dudes en cambiar de postura.

Ten una posición digna y modesta. No tengas la habitación muy caliente. No veles hasta muy tarde. Teme la cama demasiado mullida.

4.ª asechanza: la ociosidad

El que no hace nada está a punto de hacer el mal. La ociosidad es madre de todos los vicios y la peor consejera. De ahí el gran peligro de las vacaciones. Para evitarlo estate siempre ocupado, hazte un horario, sigue un «orden del día» para no estar sin hacer nada.

Lee algún libro. Es un gran arma para distraerte de la imaginación inoportuna. Interésate por las cosas y por los hombres. A tu edad hay muchísimas cosas buenas por las que ilusionarse.

Estudia. Participa de un grupo de apostolado.

Haz excursiones. Practica el montañismo. Juega; date a los deportes, tanto para distraerte como para dar rienda suelta a tus energías y vencer la pereza.



5.ª asechanza: el baile

Hay bailes y bailes: el baile honesto, en familia, y el baile en que los padres son excluidos porque, según la expresión de una joven, «mientras están presentes todo resulta soso y aburrido».

¿Basta que haya baile para dejen de ser reprensibles ciertas conductas? «¡Qué diría una madre si viera a su hija fuertemente abrazada a un joven, tal como están en el baile... pero sin música!» ¿Es qué lo malo se vuelve bueno simplemente por que estén bailando?

Cuando una persona censura los bailes, al punto se la tacha de anticuada porque no comprende a la juventud.

Por lo que a mí toca, prefiero seguir el Evangelio que comprender a los jóvenes en este sentido: «Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio. Pues yo os digo: todo el que mira a una mujer deseándola ya cometió adulterio con ella en su corazón...» (Mateo 5,27-28). El Señor no prohibió el mirar a la mujer, sino el mirarla con deseo impuro, con codicia de placer. Se me hace muy difícil creer que un joven soltero no la desee con malas intenciones cuando aprieta a la chica tan fuerte contra su pecho.

Además, tal joven enciende la misma llama en su compañera, de suerte que es a la vez atraído y atrayente, inflamable e incendiario.

En tales situaciones las más hermosas y limpias promesas se pueden evaporar como una gota de agua en el calor del verano.

Deja después el chico embarazada a la chica, y todos se escandalizan farisaicamente, cuando era lógico que terminasen así.

¡Es la lógica del mundo! Todo está organizado para inducir a los jóvenes a una temprana actividad sexual, y luego se asusta de que tantas chicas queden embarazadas. Se arrojan sin cesar tizones ardiendo a la paja seca, ¡pero con la prohibición de que ésta arda! La madre alegremente lleva su hijo a una «fiesta», atiza las brasas, y luego se

asombra de que haya un incendio: «¡No sabes como está la juventud! ¿Adónde vamos a parar? ¡Este hijo va a acabar conmigo!...».

El joven enciende la llama en su compañera, es a la vez atraído y atrayente, inflamable e incendiario



Te voy a hacer dos preguntas, a las que quiero que respondas sinceramente.

¿Te gustaría ver a tu hermana bailar con un chico tal como bailas tú?

No hagas a nadie lo que no quisieses que hiciesen a tu hermana o a tu futura hija.

Segunda pregunta: pasado el momento de locura del baile, ¿te quedas con la conciencia tranquila? Porque es muy difícil engañar a la conciencia! Ya puede el mundo multiplicar los sofismas, ya pueden los amigos acumular excusas y más excusas, que si has hecho mal, tu conciencia te lo reprochará, porque no tiene miedo de llamar a las cosas por su nombre: has pecado.

6.ª asechanza: el mundo de la imagen

El cine puede servir para alentar la virtud y los nobles ideales. Sí, puede, pero de hecho la mayor parte de las veces hace todo lo contrario. ¡No hay más que ver los títulos! No hay más que ver lo que propician muchas escenas…

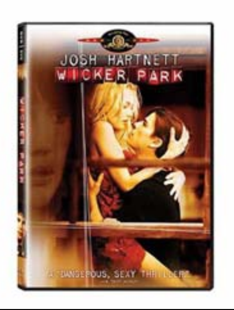
Los Padres de la Iglesia hablaron severamente del teatro. ¿Qué dirían ellos ahora…?

Leer una novela supone reflexión, requiere tiempo y esfuerzo. Al paso que en una película todo sucede rápidamente. En un libro la acción es *narrada*. En la pantalla, la acción *se lleva a cabo*.

Muchos actos delictivos e inmorales cometidos por los jóvenes fueron aprendidos en el cine. Si a unos padres les dijesen que a sus hijos les están impartiendo un curso de inmoralidad, ¡qué revuelo se armaría! Pues bien, muchas películas no son sino un auténtico curso de de inmoralidad.



Algunas películas son un auténtico curso de inmoralidad



Sin embargo, algunos padres, ilusos e ignorantes, incluso llegan a prometer a sus hijos: «Hijo mío, estudia esta tarde, y esta noche veremos una película de estreno.» Lo cual quiere decir: «Estudia, monín, y en recompensa tendrás emociones fuertes y tentaciones que arruinarán tu alma.»

Bien poca es la formación que se adquiere con el cine. Las películas eliminan el hábito del esfuerzo que supone reflexionar en profundidad, y lo sustituyen por el fácil atractivo de la acción y de la emociones. El que se limita a mirar, desprecia el trabajo de la reflexión. Los espectadores del cine se engañan a sí mismos al pensar que ya saben mucho de una cosa porque la han visto en una película, y descuidan «el incorporar el saber a su alma», pues todo serio aprendizaje siempre resulta costoso. Desde que fuimos echados del Paraíso, el «*ganarás el pan con el sudor de tu frente*» se aplica a todo trabajo, incluyendo el del conocimiento y estudio.

El cine hace furor. ¡Cuántas horas a la semana la gente gasta viendo películas! ¡Y cuán poco tiempo le dedican a Dios, ya haciendo oración en su casa o en la iglesia!

7.ª asechanza: las malas lecturas y la mala prensa

Escoge bien tus libros. Más vale un libro que temple tu voluntad que un libro que enerve tu sensibilidad. Muchos violadores y criminales empezaron por las malas lecturas.

«Preferiría que no supieseis leer, a veros leer lo que puede menoscabar la integridad de tus costumbres.» Esta frase la escribió Quintiliano, un pagano que no conoció el cristianismo.

No pienses que las lecturas un tanto ligeras no harán mella en tus convicciones o en tus costumbres.»

Tal vez sea así al principio. Pero las pequeñas grietas poco a poco irán arruinando tu alma.

Toda debilidad constituye en nuestra vida espiritual un «escape», y por esta pequeña hendidura se escapan la felicidad y los méritos ante Dios.

Pequeñas causas producen a veces grandes efectos. Piensa sino en la polilla.



«Yo soy fuerte», replicas.

También lo son los grandes árboles. Sin embargo un pequeño gusano los pudre.

Las grandes caídas no ocurren de golpe, sino que han sido precedidas por otras pequeñas. Todo es cuestión de empezar. Al principio la mala lectura se lee con cierto temor y hasta con disgusto, pero pronto se acrecienta la curiosidad y entran grandes ganas de saber como acaba…

El tentador se vale también de otra formidable arma de guerra: la mala prensa, los diarios y las revistas corruptores y sensacionalistas.

Hay diarios que tienen una tirada de cientos de miles de ejemplares. ¡Son, por tanto, una ametralladora de cientos de miles de balas! Sus efectos perniciosos todavía se triplican y cuadriplican porque un mismo ejemplar pasa de mano en mano.

8.ª asechanza: las «amistades particulares»

Con el discreto nombre de «amistades particulares» se designan a las relaciones sentimentales y peligrosas que se establecen entre dos jóvenes del mismo sexo, hambrientos de cariño y de sensualidad. Se da sobre todo en los internados, ya que al faltar la familia, hay mayor sentimiento de soledad.

Generalmente la establece el de más edad con el de menos edad. El camino inverso es más raro; porque la amistad desciende, rara vez sube.

La afición especial de que aquí hablamos, no es en suma, más que el amor a la mujer que cambia de dirección. Supon4e en aquel que es objeto de ella atractivos que recuerden el otro sexo, y menos la belleza masculina que la belleza algún tanto «afeminada». Se tiende a tener «amistad particular» con el bello adolescente (imberbe o al menos cuidosamente afeitado), un tanto delicado y endeble; al paso que no se tiene, porque no resulta atractivo, con el muchacho recio y coloradote.

Las amistades particulares pueden, para hablar como San Pablo, empezar por el espíritu y terminar por la carne (Gál. 3, 3), pasando esta triple etapa: angélica, humana, diabólica. Es decir, al principio las relaciones son de carácter inocente. Más tarde vienen las melosidades, los piropos, los regalitos. Después se confían uno a otro sus tentaciones impuras y buscan el contacto físico y la intimidad.

Para justificar su conducta se engañan a sí mismo diciéndose: «Tratémonos sencillamente como hermanos».

Pero olvidan algo importante: debiendo los hermanos vivir en continuo trato entre sí y con sus hermanas, Dios, para que este contacto no resultase una ocasión de pecado, ha puesto en el corazón humano un pudor y una reserva naturales.

Las relaciones entre hermanos y entre hermanos y hermanas pueden ser sumamente tiernas, y, sin embargo, estar libres de toda intención perturbadora (dígase lo mismo del niño más cariñoso con su madre). Es verdad que el vicio puede a veces violar esta ley profundamente grabada en nuestro ser, pero es tal la perversión o aberración que causa horror aun a los mismos interesados. Dios lo ha dispuesto así, para que los hijos de una misma familia puedan convivir, sin faltar en nada a la pureza, los años más tormentosos de la vida.

San Agustín, en la *Ciudad de Dios* (1. 15, c. 16), nos indica las dos causas principales por las que el apetito sensitivo no se inclina hacia los miembros de una misma familia: «No solamente a fin de multiplicar las alianzas con otras familias con ventaja para la fraternidad humana, en lugar de reunirse bajo una sola cabeza, sino también por el noble instinto del pudor que acalla los deseos de las pasiones en presencia de personas que el parentesco nos obliga a respetar.»

Dios ha puesto en el corazón humano un pudor y una reserva naturales



Pero la salvaguardia de esa reserva instintiva no se da en el caso de las «amistades particulares». Cautivo el corazón, se multiplican las familiaridades, las imprudencias, se va cada vez más lejos, hasta llegar a pecar gravemente.

San Francisco de Sales en su *Introducción a la Vida devota*, en el capítulo 18, habla de los enamoramientos» masculinos y femeninos, y vuelve sobre el mismo asunto en los capítulos 19, 20, 21 y 22: «éstos se entretienen en enternecer sus corazones con deseos, suspiros, galanteos y otras semejantes simplezas y vanidades.» Nada de esto «está exento de grandes tropiezos». «Las enfermedades del corazón, como las del cuerpo, vienen a caballo y deprisa, pero se marchan a pie y despacio» (cap. 5).

***

Existen otras formas justificar esas «amistades particulares».

Por ejemplo, mientras uno no deja de mirar al otro, se dice a sí mismo en su interior:

«¡Qué encantador es este adolescente! Cuánto me gusta mirarle detenidamente por puro placer estético. ¿Es que puede haber pecado en contemplar, por puro placer estético, un paisaje encantador, una hermosa pintura?»

En realidad está ya admitiendo que hay una diferencia. Nadie es tentado a pecar por un paisaje, ni por una hermosa pintura.

«¡Lo que me gusta de él es su juventud!»

También es joven ese compañero sin gracia, gordo y pelirrojo. Y sin embargo, él no sueña con un tipo así. La verdad es que no le gusta tanto la juventud como las chicas, y a falta de chica, se prenda de un chico que se le parece mucho.

«Amo a este muchacho por su hermosa alma.»,

¡Eso no se lo cree nadie! Que contraiga una enfermedad que le deje postrado, y veremos si le ama lo mismo. ¡Y sin embargo, tendrá la misma alma!... La misma alma tendrá a los sesenta años; ¿sentirá también la misma llama?

Los niños deformes, los enfermos, pueden tener un alma muy bella. Pero no, hacia estos niños de cuerpo defectuoso, aunque tengan una hermosa alma, no se siente inclinado a establecer una «amistad particular».

El afecto que siente (que no es otra cosa que un enamoramiento femenino desviado) es de una naturaleza muy diversa de la verdadera amistad.

¿Cómo distinguir estos dos sentimientos: el enamoramiento de la amistad? Te pueden valer los siguientes criterios:

EL ENAMORAMIENTO	**LA AMISTAD**
Se pretende tener con la otra persona un trato absolutamente *exclusivo y posesivo.*	La amistad admite una participación de otros, aunque sea restringida a un corto número.
El afecto nace de la belleza física.	La belleza física no basta para establecer una amistad, no es necesaria, ni suficiente, ni requerida absolutamente.
El enamoramiento nace súbitamente; una mirada, un encuentro casual determina el chispazo, aunque pueda preceder a la declaración una larga «incubación».	La amistad nace poco a poco, a medida que se descubren las cualidades morales.
El enamoramiento se establece entre caracteres opuestos, uno que domina y otro que obedece; uno fuerte, otro débil.	La amistad es más bien entre jóvenes del mismo carácter, de la misma edad.
El enamoramiento es *inquieto*.	La amistad es serena, desinteresada.
El amor demanda declaraciones repetidas, después adopta el lenguaje mudo. Es celoso; lleva consigo disputas, luego aproximaciones que reaniman la llama. Se riñe por el gusto de reconciliarse.	La amistad está menos expuesta a peleas. Es tan poco celosa que los amigos sirven de confidentes. No anda con medias palabras.
El afecto se manifiesta por *billetitos o cartitas*.	En la amistad raramente se dan.
El enamoramiento se pierde con el alejamiento físico, no obrando ya la causa física.	La amistad puede permanecer a pesar del alejamiento.
El afecto es causa de desasosiego y remordimientos.	La amistad, no
El enamoramiento lleva a escribir en todos los sitios el nombre del	La amistad, no

amado.	
La persona está ansiosa por ver, por abrazar, por estrechar la mano de la otra persona. *El tacto desempeña un papel principal*.	La amistad, no
El enamoramiento adopta cierto aire de misterio, trata como de ocultar el sentimiento, de fomentarlo en secreto.	La amistad, no
El enamoramiento fácilmente induce a tener pensamientos y deseos impuros malos.	La amistad, no



9.ª asechanza: los malos compañeros

A los malos compañeros se les debería aislar como a los enfermos contagiosos.

Están infectados: ¡qué por lo menos no contagien su enfermedad!

En los hospitales los contaminados están aparte.

En la Edad Media había leproserías. Cuando los enfermos salían de ellas, debían hacer sonar una campanilla, para que a la gente le diese tiempo para huir de ellos...

Algo parecido debería hacerse con los malos compañeros. Propagan la impureza.

¡Esta es la verdadera lepra! ¡La de las almas!

Un joven puede lograr los mayores triunfos en el mundo; una joven puede ser muy bella y atraer todas las miradas. Dios, que ve el corazón, juzga sin equivocarse: Es un leproso, es una leprosa.

Atractivo físicamente. Podredumbre en el corazón.

Belleza de cuerpo. Deformidad en el alma.

Sentimos aversión instintiva hacia la fealdad física. ¡Y muchas veces bien poco tememos la gangrena moral del pecado mortal!

***

¿Cómo llevan a cabo los malos compañeros su mala obra?

Comienzan solapadamente:

«Caín dijo a su hermano Abel: ¡Vamos al campo!»

Se comienza por salirse fuera del ámbito de los padres y de los maestros.

Las confidencias vergonzosas se hacen en secreto. Encuentros en la intimidad, a solas, para no ser vistos; correspondencia clandestina…

¡Salgamos! El corruptor no es sólo un malvado, es un cobarde.

Abel le sigue. Entonces Caín se levantó contra Abel y lo mató.



***

«No temáis a los que solamente pueden matar el cuerpo.»

Está enseñanza del Maestro la comprendió muy bien aquel joven que en otro tiempo fue solicitado por sus amigos a cometer una maldad.

Por toda respuesta dijo:

—Traedme una vela.

Admirados, se la trajeron.

—Encendedla.

Más sorprendidos aún la encendieron.

Puso el dedo en la llama, y al cabo de medio minuto, vencido por el dolor, apartó la mano con una fuerte quemadura.

Entonces, dirigiéndose a los tentadores, les dijo:

—Ya veis, no he podido tener el dedo un solo minuto en la débil llama de una vela, ¿y cómo voy a poder en el infierno aguantar el fuego por toda la eternidad?

El que así hablaba había de entrar un día en la Trapa y llegar a ser el célebre abad de Rancé.

Amigo, si te ves solicitado por malos compañeros, acuérdate de la historia del abad de Rancé.

10.ª asechanza: el peligro femenino

Joven, te has embarcado en una travesía de la vida por los mares del mundo.

Camoens, náufrago en el mar durante una tempestad, salvó su obra maestra sosteniéndola por encima de las olas. Pon también tú muy alto el tesoro de tu pureza y trata de salvaguardarla por encima de todo.

Guárdate de los tiburones...

Guárdate sobre todo de las sirenas... Sigue las advertencias y consejos del libro de los Proverbios:

La prudencia te guardará.
Y te librará de la mujer ajena,
De la extraña de melosas palabras;
Porque camina a la ruina;
Y se dirigen sus pasos hacia el infierno»
(2, 11 y sigs.)
Los labios de la ramera son
como un panal que destila miel,
Y son suaves como el aceite sus palabras.
Pero al fin es amarga como el ajenjo,
Mordaz como espada de dos filos.
Sus pies se encaminan hacia la muerte…
Por no seguir la senda de la vida,
se desvía por sus vericuetos sin saberlo.
Huye lejos de ella,
Jamás te acerques a la puerta de su casa,
No sea que tengas que gemir en tus postrimerías.
(5, 3 y sigs.)

Los sabios consejos te librarán de la mala mujer,

Y del lenguaje zalamero de la extraña.
No codicies su hermosura en tu corazón,
Ni te cautive su mirada,
Porque a causa de la mujer ramera…
Tendrás que dar todos los bienes de tu casa.
(6, 24 y sigs.)

Va siguiendo a la mala mujer
Cual corderillo que va retozando,
Como buey que llevan al matadero,
Y el mentecato no conoce que es conducido a una prisión,
Hasta que una flecha le atraviese las entrañas;
Como pájaro que se precipita en la red,
Sin saber que le va en ello la vida. (7, 22 y sigs.)

Consejos parecidos nos da el libro del *Eclesiástico* (3 y sigs.):
No pongas los ojos en mujer que quiere a muchos,
No sea que caigas en sus lazos.
Con cantadora no frecuentes el trato,
Para no quedar prendido en sus enredos.
No pongas tus ojos en la soltera,
Para que su belleza no sea ocasión de tu ruina.
No des entrada en tu alma a las meretrices,
Para que no te pierdas tú y tu patrimonio;

No andes derramando tu vista por las calles de la ciudad,
Ni vagueando de plaza en plaza.
Aparta tu ojo de mujer hermosa,
No te quedes mirando la belleza ajena.
Por la belleza de la mujer se perdieron muchos.
Junto a ella el amor se inflama como fuego.

***

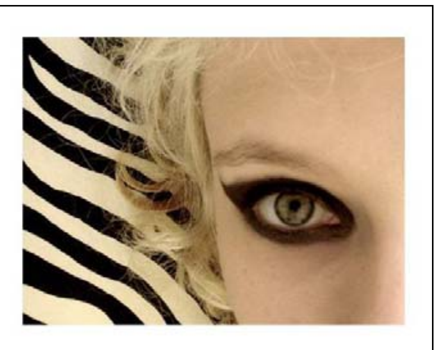
Por la belleza de la mujer se perdieron muchos.
¡Cuántos seducidos por el placer ponen en peligro su salvación!

«A cada uno le viene la tentación cuando su propio deseo lo arrastra y seduce; el deseo concibe y da a luz el pecado, y el pecado, cuando se comete, engendrar la muerte» (Santiago 1,14-15)

Huye de la astucia seductora de la mala mujer como de una serpiente. Porque en bastantes ocasiones es la joven que se presta complaciente a la pasión del joven (él poco podría, si ella no quisiera) o le provoca. No fue José quien tentó a la mujer de Putifar, sino la mujer de Putifar quien tentó a José. No hay que remontarse a los Faraones, para encontrar tales mujeres, felinas y halagadoras...

Respecto a los enamoramientos, la mujer tiene muchas más artimañas que el hombre …

Huye de la astucia serpentina de algunas mujeres. Son halagadoras y felinas.



Fíjate lo que escribió la condesa de Tramar en su libro, *El Trato social,* sobre cómo deben comportarse las mujeres para conquistar a un hombre:

«Todos los artificios de que se sirven las mujeres, todos los ardides de coquetería, de habilidad, de diplomacia, todas las modas que siguen, no tienen otro fin que llamar la atención, hacerse adorar por el hombre, para poder dominarlo.»

«Habrá que utilizar todos los medios que sean necesarios. Nos valdremos de nuestra finura y delicadeza, variaremos las tretas y procedimientos según los casos. Es una estrategia compleja la que debemos desplegar, sin dejar nada al azar. Debemos apuntar bien, no sólo para conquistar, sino para retener lo conquistado, lo cual a veces es más difícil... Tendremos que mostrar toda nuestra feminidad, todas nuestras mañas de encantadoras».

«Habrá que estudiar nuestro rostro para encontrar la expresión más seductora y atrayente, aunque sea irreal… El espejo es el maestro por excelencia, para adquirir esta ciencia profunda de la expresión ficticia. No hay que desanimarse, el ingenio viene en ayuda de las menos agraciadas, y su intuición les hará ver de qué armas mejor servirse según

sea la psicología masculina: bien sea una altiva indiferencia, o una gran jovialidad, o aparentando lujo y ostentación, picardía y sagacidad…La mujer tiene siempre un misterio, que nunca debe descubrir.»

Fíjate también en los títulos de los capítulos: Los trucos femeninos, La expresión estudiada, Las armas de combate, La hechicera, Para hacerse desear, Coquetería.

Ciertamente, la mujer dispone un gran arsenal de armas secretas y de los dardos que apuntan al corazón.

Las mujeres son difíciles de conocer porque son en general muy impresionables e inconstantes en sus sentimientos. No es que mientan, es que tienen, podríamos decir, convicciones sucesivas.

«En gracia me ha caído —escribe Santa Teresa a Fr. Ambrosio Mariano (21 octubre 1576)—el decir V. R. que en viéndola la conocerá. No somos tan fáciles de conocer las mujeres, que muchos años las confiesan, y después ellos mismos se espantan de lo poco que han entendido, y es porque aun ellas no se entienden para decir sus faltas y ellos juzgan por lo que les dicen.»

Las mujeres son finas diplomáticas y son notablemente hábiles para llegar a su fin.



«¡Dios mío, qué torpes son los hombres! —exclamaba una mujer—. Dan en la mesa un fuerte puñetazo y dicen: Yo quiero. Yo mando. Y nosotras respondemos: Está bien...; está bien. Luego, poco a poco, con dulzura, por rodeos y zalamerías, les traemos a lo que nosotras deseamos. Y lo más gracioso es que no caen en la cuenta que son ellos los que nos obedecen.»

¡Qué diferentes son, a este respecto, las cartas de un hombre de las cartas de una mujer!

En una carta, el hombre desde el comienzo declara con franqueza su voluntad o sus deseos, sus críticas o su indignación, sus ordenes o sus ilusiones.

¿Queréis conocer el verdadero objetivo de una carta femenina? Generalmente hay que buscarlo al final de la carta. Lo que precede no ha sido más que la calculada preparación de los trabajos de ataque.

***

Desconfía de las hechiceras que tienen el temible don de transformar a los hombres en bestias o puercos. Las encontraras en muchos sitios: en las fiestas, paseando por las calles, en los comercios, en los hoteles, en la universidad; en bares y restaurantes... Desconfía de de sus sonrisas y de sus lágrimas.

Desconfía de las hechiceras y encantadoras: de sus sonrisas, y de sus lágrimas.



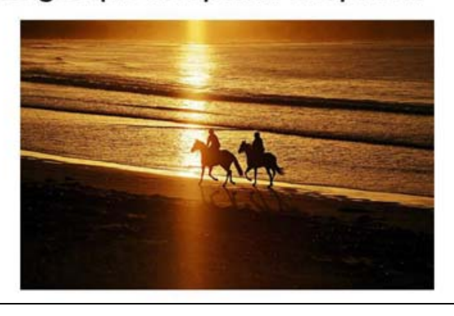
También de las lágrimas. ¡Porque les cuestan tan poco sus lágrimas!

Cuando llora un hombre, es su alma la que llora. Cuando llora una mujer, las más de las veces sólo lloran sus ojos. No hay más que ver lo contentas que se ponen cuando han logrado lo que querían.

***

No gustes de estar largo tiempo a solas con una chica, y menos en la oscuridad, para que no te animes a hacer declaraciones románticas y a hacer cosas que no te gustaría haber hecho con la cabeza serena. En estas situaciones, subyugados por el fuerte atractivo físico y emocional, , las resoluciones más firmes se pueden ablandar y venirse abajo...

No gustes de estar largo tiempo a solas con una chica, para que no te tengas que arrepentir después...



Desconfía del galanteo y del coqueteo, que es como la guerrilla del amor. Los piropos encierran siempre algo peligroso, amor sin amor, el placer de pasar rozando el peligro, el despertar de la sensualidad y la vanidad... El coqueteo es un estado de equilibrio inestable, siempre a punto de caer hacia un lado o a otro. De ordinario anda jugando con naderías; pero a veces también la naturaleza recobra sus derechos y se toma su parte. El que juega con los sentidos, aunque la virtud no quiera ceder, a veces la bestia se despierta en el hombre y hace lo que no quería hacer en un principio…

El coqueteo es un juego de esgrima peligroso, que con frecuencia acaba produciendo heridas.

No pretendían más que manifestarse tiernamente su amor. Pero a veces uno de los jugadores toma el juego por lo serio y siente la pasión con toda su fuerza. Y entonces ¡qué vergüenza! ¿Se puede tratar así con el cuerpo y el corazón de una persona? Le ha robado su inocencia y su pureza…

¡Cuántas veces se ha repetido esta historia!

Desconfía de las mujeres coquetas. Son expertas en el arte de la seducción. Piensa que la moda femenina está diseñada sobre todo para causar impresión en el sexo masculino. La mujer se arregla por el hombre.

¡Desconfía! La forma en que se producen las caídas de los jóvenes apenas varía.

Es la historia eterna de Adán y Eva.

Ella le tienta. Eva le muestra el fruto prohibido. El fruto era «bueno para comer, grato a la vista y deleitable... Ella tomó el fruto y comió; y dio también a su marido, que también comió (cf. Gén. 3; 6).

Adán, eres tú. Tú bien conoces cuál es el fruto prohibido.

Eva le muestra el fruto prohibido. El fruto era bueno para comer, grato a la vista y deleitable...



No te justifiques diciendo que el amor que sientes por ella es único y singular. Tu historia es idéntica al de otros muchos. Te voy a contar tu caso en dos palabras:

Tú has querido repetir de nuevo la aventura de Sansón y Dalila.

Sí, una Dalila desafortunada se atravesó en tu vida, y como la primera Dalila, te «quitó la fuerza».

¡Qué pena!, ¡Cuánto has perdido desde entonces! ¡Cómo has cambiado! ¡Qué lejos están de ti los deseos de santidad, el apostolado, el sacrificarte por los demás, la lucha por la virtud, los arranques generosos! Todo eso se esfumó…

Ella te ha robado tus energías.

Cuántos jóvenes, llamados a algo grande y generoso, son presa de los encantos de alguna chica, y se vuelven cínicos y egoístas...

Desconfía de las mujeres seductoras. Parecen bellas por fuera, pero si vieses sus almas, te causarían espanto.

Cuántos jóvenes, llamados a algo grande, son presa de los encantos de alguna chica, y se vuelven cínicos y egoístas.



¿ES ESTO AMOR?

Libertad, ¡cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!

Amor, ¡qué de crímenes también se han cometido en tu nombre!



Las relaciones culpables reclaman el nombre de amor, sin razón, puesto que no son sino su caricatura, una degradante simulación.

No son amor —que es algo sagrado—, sino un sentimiento profano, o más bien profanado.

Las relaciones sexuales fuera del matrimonio no tienen de amor más que la apariencia. Al verlos, uno hubiera pensado que se aman. Pero, no, no se aman. Los dos se engañan mutuamente. Lo que dicen sus cuerpos —me entrego para ti del todo y para siempre—, no lo dicen sus almas. Sólo hay pasión y concupiscencia. El amor supone respeto, sacrificarse por el otro, buscar lo mejor para el otro y para los posibles hijos que puedan venir, saber esperar..

¿Por qué tantos enamoramientos acaban en peleas y en violencia? Porque entre la concupiscencia y el odio muchas veces no hay más que una tenue separación, que fácilmente se resquebraja.

Entre la concupiscencia y el odio no hay más que una tenue separación



El que tiene con una cómplice relaciones impuras, no tiene derecho a decirla: Te amo.

¿Se ama *de veras* cuando no hay más que sensualidad y sentimiento?

¿Se ama de veras a una persona cuando se la induce al pecado?

¿Es amor lo que acaba convirtiéndose en odio?

NOVIAZGO

Gracias a Dios, hay también muchas jóvenes buenas. Gracias a Dios, hay también amor verdadero, puro como la primavera.

Tú, joven, tal vez has sentido ya lo que es enamorarse. Has sentido cómo tu corazón latía más aprisa al conocer a cierta chica.

Has pensado:« ¡Qué bella es y qué buena! Ojalá pudiese un día, ante el altar de Dios, unir mi vida a la suya.» Desde entonces te reservas para ella.

Semejante afecto es una verdadera salvaguarda. El verdadero amor preserva de los falsos amores.

El verdadero amor preserva de los falsos amores.



Vive alegre y contento con la esposa
que tomaste en tu juventud.
Sus cariños sean tu recreo en todo tiempo.
Busca siempre tu placer en su amor.
¿Por qué te dejas, hijo mío,
embaucar de mujer ajena?
(Prov. 5, 18 y sigs.).

Si ya te has comprometido con alguna joven, no manches tu fidelidad con placeres fáciles.

Mozart, cuando tenía veinticinco años, escribía a un amigo; «La naturaleza habla en mí tan alto como en cualquier otro, y tal vez con más fuerza. Sin embargo, me es imposible comportarme como muchos jóvenes de mi edad. Por una parte mi espíritu es sinceramente religioso; es mucha mi honradez, mucho mi amor al prójimo, para resolverme a engañar a una inocente criatura. Por otra parte, mi salud es para mí demasiado preciosa para arriesgarla en unas relaciones promiscuas. Así que puedo jurar delante de Dios que hasta hoy no tengo que echarme en cara ninguna debilidad.»

Es mucha mi honradez, mucho mi amor al prójimo, para resolverme a engañar a una inocente criatura.



En esta carta de Mozart están resumidas las claves que encierra el verdadero amor: fe religiosa, coherencia de vida, respeto...

Si quieres mantenerte puro en tu juventud, piensa mucho en tus hermanas, en las madres, en tu futura esposa. ¿Te gustaría que a tus hermanas las tratasen cómo tú quieres comportarte con esa chica? ¿Qué pensaría de ti la madre de la chica con la que quieres tener relaciones deshonestas, si conociese tus intenciones? ¿Harías lo mismo con tu futura esposa, con la madre de tus futuros hijos?



Dios te ha destinado una joven para que sea tu esposa. Guárdale tu corazón como ella te guarda el suyo.

Sé casto. Mantén en una carne frágil la nobleza de tu alma... Sólo así podrás amar largo tiempo, para ser amado siempre.

Quien se compromete a guardar la castidad por su prometida, sabrá sacar de su compromiso la fuerza para mantenerse fiel.

¡ELIGE BIEN!

Estudia bien el carácter de aquella con la que te gustaría compartir tu vida. El matrimonio es un asunto entre dos y de por vida.

Pero los esposos son con mucha frecuencia un juego de piezas que no emparejan.

Algunos advierten con estupor que se han casado con una huracán: «antes, muchas palabras; luego, pocas palabras; después, gruesas palabras».

Se estudian tres semanas, se aman tres meses, disputan tres años, se toleran treinta años...

Por eso dice el cantar:

El hombre debe rezar,
cuando va al mar, una vez;
cuando va a la guerra, dos,
y cuando se casa, tres.

Si eres sensato, piénsalo bien, porque una vez hecha la unión, «no es ya tiempo de arrepentirse. El matrimonio es una Orden en que se hace la profesión antes que el noviciado, y si hubiera un año de prueba, como para la profesión en los conventos, habría pocos profesos.

No elijas tu mujer entre las jóvenes superficiales y vanidosas, de convicciones poco sólidas, y con poca capacidad de sufrimiento.

Si te importa mucho Dios, no te cases con una joven que se considere *católica no practicante*. Entre los casamientos desiguales, el peor es el de las almas.

Si quieres que tu amor dure, constrúyelo sobre fundamentos divinos. Imita a los esposos de Caná; invita a Cristo a tus bodas.

Algunos no invitan, sino a Baco, al dios del vino. Después lo pagan.

En los matrimonios donde no está Dios, cuántas vidas parecen unidas, pero no son más que paralelas. Paralelas: ¿te acuerdas de la geometría?... Dos líneas que no se encuentran ni en lo infinito. Si acaban divorciándose, en realidad el divorcio de las almas lo consumaron hace ya mucho tiempo.



Coexisten, pero no conviven. Una hendidura profunda los separa. ¡Tan cerca y a la vez tan lejos uno del otro! Delante de los invitados, todo son sonrisas. Después, en la intimidad, qué diferentes… cuántas discusiones y cuántas peleas...

No pongas como fundamento de tu elección su hermosura corporal, sino la belleza de su alma.

Hacia los cuarenta años, o antes, la belleza física se marchita, y entonces no quedan sino las cualidades interiores.

Un día el espejo le advertirá a tu esposa que ya envejece.

¿Sabe ella lo que es un espejo? Hasta los treinta años: un «consejero de gracias». De los treinta a los cincuenta: «un juez severo». A partir de los cincuenta: «un testigo desolado».

Entonces, cuando un joven piensa en casarse, ¿a quién debe escoger por esposa? A una mujer.

Repito: una mujer. No quieras casarte ni con cuentas corrientes, ni con títulos.

El matrimonio no debe ser una yuxtaposición de dotes, sino una unión de corazones.

El dinero no es sinónimo de dicha. Pero la prudencia ordena prever razonablemente el futuro, y examinar si vuestros recursos os permitirán vivir aceptablemente y que vivan los hijos.

DESPUÉS DE LA ELECCIÓN

Ya ha elegido tu corazón. Díselo a tus padres.

¿Por qué ocultárselo? Ellos han pasado por ahí, y escucharán con cariño tu confidencia.

No alargues mucho el tiempo del noviazgo.

Durante este tiempo ama a tu «prometida» sinceramente, limpiamente.

Sinceramente: si Dios ha hecho del matrimonio uno de los siete sacramentos, ha querido también el preludio del matrimonio que se llama noviazgo, y durante el noviazgo, el amor. Todo esto está lógicamente encadenado. Ama, pues, de verdad a tu novia.

Limpiamente: impecablemente:

¿Cómo pueden entonces manifestarse limpiamente el amor que se tienen?

Aplica la regla que te indique más arriba para los bailes: yo no haré más que lo que permitiré más tarde a mis hijos en semejantes circunstancias. O también: me figuraré hallarme ya en el tiempo en que mi prometida sea mi mujer, y obraré de modo que no tenga entonces que ruborizarme delante de ella.

Obraré tal como se lo permitiría a mis hijos en semejantes circunstancias



¡Ay de aquellos que han tenido relaciones culpables! Queda entre ellos para toda la vida el recuerdo de una caída culpable y vergonzosa. No supieron respetarse. No se amaron como deberían. Pecaron, no solamente contra los mandamientos de Dios, sino contra el amor.

Sí, contra el amor, que ha quedado maltrecho por estas acciones ruines.

Esto no es amor, por mucho que lo quieran llamar. Es más bien concupiscencia.

En todo caso es amor manchado, rebajado. La manzana picada es manzana; pero manzana con gusanos.

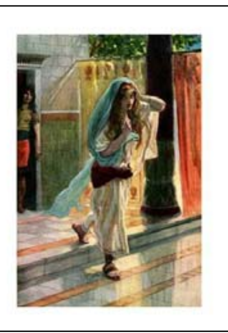
«Jóvenes, conservaos íntegros para aquellas que queréis encontrar íntegras en el matrimonio.» (San Agustín, Serm. 224).

* * *

Las jóvenes creen a veces ganar más a un joven si le dan algunas pruebas ilícitas de su amor. ¡Imprudentes! Son castigadas muchas veces

con el abandono del joven, a quien el matrimonio nada nuevo acarrearía, sino el estorbo de una indisoluble cadena.

Pero apenas cedió a su pasión, al punto sintió Amnón hacia Tamar un aborrecimiento tan grande...



En el *libro II de los Reyes* (c. 13) se cuenta que Amnón sentía hacia Tamar un amor culpable, y tan violento, que por su causa llegó incluso a enfermar. Pero apenas cedió a su pasión, «al punto sintió Amnón hacia Tamar un aborrecimiento tan grande, que fue mucho mayor que el amor que antes la había tenido. Y le dijo Amnón: Márchate. Ella le respondió: Mayor mal es el que ahora me haces que el anterior, pues me arrojas lejos de ti. Y sin quererla oír llamó a su criado y le dijo: Mándala afuera, y cierra la puerta detrás de ella. Y el criado de Amnón la arrojó fuera, y cerró la puerta. Tamar rasgó su larga túnica, y se alejó lanzando gritos».

Los jóvenes, aun los de cabeza ligera, no aprecian a las jóvenes ligeras. Ellos saben distinguir perfectamente entre la pareja de baile de una tarde, y la joven que les gustaría que fuese su esposa y madre de sus hijos. La joven que es poco recatada, por lo mismo inspira poca confianza. Lo que ellas permiten que se haga con ellas con tanta ligereza, pronto se convierte en motivo de desprecio.

Recíprocamente, las jóvenes juzgan que un *joven vividor* ofrece pocas garantías serias para el porvenir. Ellas no se contentan con lo poco que haya quedado de amor en su corazón. Desconfían de aquel que, habiendo gustado del fruto de los amores prohibidos antes del matrimonio, se verá también tentado a gustarlos una vez casado.

Ama a tu «prometida» sinceramente, limpiamente.



LA DERROTA

¡Derrota!

¡Palabra amarga!

El joven dominado por el vicio impuro ha perdido su libertad.

¡Qué humillación más dolorosa!

Ha entregado sus armas por cobardía y al más despreciable de los vencedores: al demonio, a quien nuestro Señor llama en el Evangelio «homicida desde el principio». Es una derrota bien merecida.

Cosa dura es estar cautivo del enemigo. ¡Qué esclavitud! ¡Qué tiranía! ¡Cuánto cuesta salir del vicio! ¡Qué cadena más despótica! Pocos carceleros guardan a sus cautivos tan fuertemente como el vicio guarda a los suyos.

¡Qué triste es ver a tantos jóvenes caídos en el combate! Cuando estaban en la primavera de la vida…

¡Qué desastre! ¡Cuánto han perdido! ¡Qué diferentes son de los que no han caído!

Veamos estas diferencias, cómo se distingue el joven casto del joven impuro.

En el joven que vive la castidad la *inteligencia* se mantiene clara y despierta; la *voluntad* se templa con la misma lucha; el *corazón* conserva su frescura y amabilidad; y el rostro tiene un no sé qué de radiante, ya que es espejo del alma. Es imposible verlo sin sentirse movido por una simpatía llena de cariño y respeto. Un joven que conserva su pureza es el más amante y el más amable de los hombres.

En el limpio de corazón hay una recta jerarquía de valores, el alma es señora del cuerpo y de los apetitos inferiores, tal como nos pide Dios en el Génesis: «a la puerta está el pecado acechando como fiera que te codicia, y a quien tienes que dominar» (4, 7).

Pero qué aspecto más deplorable ofrece el joven corrompido por la impureza. ¡Cómo desperdicia su vida! Conforme se enciende para la carne, se apaga para el espíritu. Lo único que le motiva es el ansía de más placeres. De ahí que decaiga su aptitud para el trabajo bien hecho. El entendimiento se embota, incapacitándose para el recogimiento y el estudio serio... El corazón se vuelve duro y egoísta. ¿Cómo queda la

voluntad? Debilitada. Es un círculo vicioso: al ceder al placer, la fuerza de voluntad disminuye, lo que le lleva a ceder más todavía.

Pero lo peor de todo es que desagradan a Dios:

Los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz; por cuanto la sabiduría de la carne es enemiga de Dios… Por donde los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros… Así que, hermanos míos, no somos deudores de la carne para vivir según la carne, pues, si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis. (Romanos 8, 5-13)

¿Habéis visto alguna vez un águila en una jaula? La reina de los vientos entre barrotes… qué triste espectáculo. Es la situación del alma cautiva en su jaula carnal.

El que vive de los sentidos se ciega para el espíritu



¡Cuántos padres, al pensar en sus hijos hundidos por el libertinaje, exclaman como el anciano Jacob cuando perdió a su hijo José: «Una bestia feroz lo ha devorado... Llorando bajaré al sepulcro adonde está mi hijo.» (Gén. 37, 33). Y es que el vicio es una fiera terrible que devasta el corazón de los hombres.

Y cuántas madres se lamentan: «¡Mi hijo, antes tan cariñoso y tan bueno, ahora se ha vuelto duro y esquivo. ¿Qué le ha pasado?»

¿Qué le ha pasado? Tiene el gran mal de los jóvenes. La impureza ha minado su corazón. Ya no le importa hacer sufrir a sus padres, ya no les tiene cariño. Su egoísmo es tal que puede incluso llegar a no desear ni siquiera el matrimonio como proyecto de vida. Los placeres vergonzosos del pecado solitario o las relaciones ilícitas le bastan.

El joven metido en el vicio de la impureza no sólo deja de ser afectuoso, sino que muchas veces se vuelve cruel en el trato con los demás. Porque la impureza y la crueldad son primas hermanas, porque cuando el hombre se separa de Dios, se embrutece.

El hombre, cuando le falta Dios y se deja llevar por el vicio, se embrutece.



El *cuerpo* no puede menos de verse afectado. El vicio fácilmente conduce al hospital y al envejecimiento prematuro... El que comenzó con fiestas y jolgorios, termina muchas veces padeciendo una enfermedad incurable.

El joven impuro es un desequilibrado, porque vive en la anarquía moral no sometiendo sus instintos a la razón. Es lógico que el ser se resienta del desorden de vida, pues formamos un organismo integrado, una unidad y no un mero agregado.

Pero como el vicio de la impureza es feo y horrible, necesita disfrazarse para pasar inadvertido. Y así, trata de introducirse con palabras engañosas, con apariencias de bien y felicidad; y así se dice de tal persona que “lleva una vida alegre”, que “tiene temperamento ardiente”, que no hace más que dar rienda suelta a las “efusiones del corazón”..., etc.

Pero tengamos el valor de desenmascararlo. Porque el pecado es siempre algo triste y rastrero. Todo lo contrario de la alegría y del romanticismo.

EL VICIO ES TRISTE...

Por su misma naturaleza tiene que serlo.

El hombre vicioso pide al placer que le satisfaga —no ya las exigencias limitadas del instinto, como ocurre en el animal— sino la sed infinita de su corazón. Si se da al placer es porque ansía colmar sus deseos infinitos de felicidad; y así, a medida que se entrega más a la pasión, le pide una ración siempre creciente de placer, hasta lo infinito.

Pero a medida que la pasión se exaspera, la ración que le proporciona es cada vez menor. Porque aunque los deseos del corazón son ilimitados, la sensación erótica está sujeta al límite y al desgaste. El placer poco a poco se agota. Y he aquí al impuro cogido en sus propios lazos. A medida que su hambre de placer aumenta, crece más la distancia entre la realidad y sus deseos. Y esta distancia es la medida de su tristeza. El goce carnal no proporciona felicidad, sino una ilusión

fugitiva de la misma; una exaltación momentánea, una satisfacción que apenas que dura segundos. E inmediatamente después viene el hastío que deja el pecado. De la exaltación se pasa al decaimiento, y de la ilusión al desprecio de sí mismo.



«¿Y no es más que esto el placer? ¿Tan pronto se acaba?»

Surge el remordimiento: «¡Otra vez he cedido!...»

¿Y qué es lo que queda? El hundimiento físico y moral, el embotamiento de la sensualidad. ¡Siempre engañado, y siempre cayendo en lo mismo! Fastidio y tedio de la vida.



El pecado no puede menos que engendrar tristeza porque es contrario a la dignidad humana. La persona no vive como debería vivir.

Para comprobarlo no tienes más que echar mano de tu experiencia y contestar con sinceridad: ¿El pecado impuro te hace feliz? Tal vez lo hayas practicado y consumado durante semanas y meses. Ya sabes de qué se trata. Dime, después de hacerlo, ¿estás contento? ¿o

experimentas asco y una profunda insatisfacción, tanto física como espiritual?[1]

Tras el incentivo de un placer efímero viene una enorme desilusión. La tristeza está en el fondo del placer desordenado, como el agua amarga en la desembocadura de los ríos contaminados.

Que la mañana después del pecado es inmensamente triste, lo prueban cientos de confesiones. El deleite culpable resulta siempre muy caro...

La tristeza y la amargura están en el fondo del placer cuando se busca como fin.



* * *

Todos los hombres buscan la felicidad, tanto el santo como el pecador. Pero uno y otro por caminos diferentes, y sólo el primero la encuentra.

El que hace el bien y trata de vivir haciendo la voluntad de Dios no tiene que esperar a la otra vida para verse recompensado. Ya aquí abajo logra una paz que el mundo no puede dar ni quitar, un gozo que brota de la santidad de vida.

El pecado, por el contrario, comporta un castigo, no sólo en la otra vida, lo cual es evidente, sino también aquí abajo: todo un poso amargo, como hemos dicho, de disgusto remordimientos.

Se cumple lo que nos anunció Jesucristo: *El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda la vida por causa mía, la encontrará*. (Mateo 16,25)

Es el juego divino del ganapierde.[1]

---

[1] Son precisamente estos momentos los más adecuados para proponerse la enmienda y un cambio de vida, cuando el vicio desordenado no sólo ha perdido todo su atractivo sino que produce hastío. Se puede aplicar aquí el principio que da San Ignacio hablando de la templanza: hay que determinar la manera de obrar en adelante «en una hora en que no se sienta apetito..., a fin de quitar todo desorden.» *(Ejerc. Espir. n. 217).*

De esta forma, los que se hacen violencia son los más cuerdos y los que hallan la paz. Tras la victoria sobre sí mismo, viene la felicidad. Mientras que después de una orgía no queda sino un profundo vacío y hastío.

Si la virtud cuesta, es sobre todo al principio. Si costoso es el comienzo, el término es dichoso.

El vicio, al contrario, tiene un hermoso comienzo pero un término sombrío. Entra el alma por la puerta de la dicha, y sale por la de la tristeza. La impureza nos invita a participar de un magnífico banquete, a beber la copa del placer y a degustar todo tipo de manjares prohibidos y seductores. Pero bien pronto viene la muerte del alma, la tristeza y la culpa. Es lo que ocurre cada vez que se hace de la sensualidad un ídolo.

Así nos lo advierte la Palabra de Dios:

Y dije en mi corazón:

¡Iré a bañarme en delicias!

¡Mas luego eché de ver que es vanidad!...

Tuve siervos y esclavas,

Me procuré cantores y cantoras,

toda clase de lujos humanos, coperos y reposteros,

Y cuanto sirve de deleite a los hijos de los hombres.

Nunca negué a mis ojos nada de cuanto desearon.

---

[1] **GANAPIERDE** - Juego de damas en que gana el que pierde antes todas las piezas. **El Juego del Ganapierde divino:** "Yo he jugado con frecuencia con el hombre, dice Dios. ¡Pero qué juego! Tiemblo sólo de recordarlo. He jugado muchas veces con el hombre, pero, ¡por Dios!, que era sólo para salvarle y he temblado de no poder salvarle, de no lograr salvarle y Yo mismo me preguntaba con miedo si sería capaz de salvarle. Y fijaos si sé Yo lo insidiosa que es mi gracia y cómo sabe revolverse y jugar (es hasta más astuta que una mujer), pues todo lo que ella hace jugando con el hombre es dar vueltas y más vueltas para salvar al hombre e impedirle pecar. Juego por eso con él, pero es el hombre el que quiere perder como un tonto y soy Yo el que quiere que gane, y algunas veces lo consigo: que me gane. Así que jugamos al que ganapierde, por lo menos él. Porque Yo, por mi parte, si pierdo, pero él cuando pierde gana. Es, como veis, un juego muy singular al que jugamos, porque Yo soy a la vez su compañero y su adversario de juego y él quiere ganar contra mí, es decir perder, y Yo, que juego contra él, lo que quiero es hacerle ganar. (Charles Péguy)

Ni privé a mi corazón el que gozase todo género de placeres...

Y vi que todo era vanidad y aflicción de espíritu.

Ecl. 2.

Nunca se harta el ojo de mirar,

Ni el oído de oír cosas nuevas.

Is. 1, 8.

San Agustín, después de diecisiete años entregado a los placeres prohibidos, nos cuenta su triste experiencia:

> ¡Tú sabías, Señor, cuánto sufría!
>
> Sentía remordimiento. ¡Qué desgraciado era!
>
> La costumbre de querer hartar la insaciable concupiscencia me desgarraba cruelmente.
>
> ¡Qué tormentos los míos y qué gemidos!
>
> ¿Era aquello vivir? Mi corazón se anegaba en una inmensa tristeza.
>
> Nos hiciste para Ti, Señor, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti.
>
> (*Confesiones*)



Hasta que cierto día Agustín oyó una voz que le decía: «Toma y lee».

Tomó la Biblia, la abrió al azar y se encontró con este pasaje de San Pablo: *Despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Como en pleno día, procedamos con decencia y honestidad: nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos... Revestíos nuestro Señor Jesucristo y no busquéis cómo contentar los antojos de vuestra sensualidad.* (Rom. 13, 12-14)

¡EL VICIO ES RASTRERO!

Así como Baltasar empleaba para sus orgías los vasos del Templo, así el joven impuro profana su propio cuerpo, templo del Espíritu Santo..

«Ponderaré la fealdad y malicia que cada pecado mortal tiene en sí mismo, aunque no fuese prohibido.» (San Ignacio, *Ejerc. Espir*., n. 57)

Así se veía San Agustín, tal como reconoce en sus *Confesiones*, cuando era esclavo del pecado: «Tú me ponías delante de mí mismo, para que viese qué feo era, qué contrahecho, que sucio y lleno de manchas y úlceras. Me veía y me horrorizaba, y no tenía a dónde huir de mí.»

Hemos nacido para respirar el aire puro de las cumbres, no el aire fétido de las cloacas. La impureza produce asco porque remueve los fondos más bajos de nuestros instintos.



Cuando se es joven e ingenuo, se idealiza poéticamente el amor, pero todo amor impuro al fin muestra su verdadero rostro. Es la cosa más burda que existe.

¿Por qué muchas chicas son abandonadas después de dejarlas embarazadas? ¿Por qué se prostituyen tantas jóvenes? Porque hay que hay hombres que no saben lo que es el amor y abusan de ellas.

¿Cómo calificar la villanía de un hombre que abusa de una chica que está pasando por una situación precaria? En la Biblia encontramos la respuesta: *El adúltero es un mentecato, acumula para sí oprobios e ignominias, y su deshonra y vergüenza no se borrará.* (Prov. 6, 2)

El libertinaje siempre será una aventura rastrera. Seduce de lejos, pero es horrible de cerca.

¡Cuánto sufrimiento y dolor producen los amores ilícitos! Peleas, escándalos, abortos, orfandad, madres abandonadas, rupturas familiares, odio hacia los padres, la extorsión de la amante, la vergüenza y la infamia, enfermedades…

Mientras novelistas y poetas cantan a los engañosos amores, los tribunales dan cuenta de los escándalos y crímenes que acarrean. Porque la mala conducta del individuo repercute siempre en la colectividad de la que forma parte; tan fuerte es la solidaridad humana. El vicio tiene siempre su repercusión social.

La decadencia de una nación va muy ligada a los pecados de la carne. Por eso San Metodio llega a decir que «las naciones son fuertes en la medida en que son castas.»

Cuenta, si puedes, la gran cantidad de madres solteras que fueron abandonadas después de haber sido usadas y engañadas. Fueron abandonadas después de que les dijesen con mucho afecto: «te amo...». Tremenda hipocresía, peor que una bofetada.

No olvidemos que la fornicación afecta también al hijo que pueda venir. O bien se deshacen de él mediante el aborto como si fuese un estorbo, y así, lo que empezó con un beso, termina con un crimen. O bien se consiente que viva pero huérfano de padre, y a veces hasta de madre.

¡Cuántos huérfanos hay en el mundo que fueron abandonados por sus padres! Debe ser terrible pensar que en alguna parte del mundo hay un hijo sin padre, un hijo, mi hijo abandonado que me maldice, porque yo lo abandoné al igual que a su madre…



Estos falsos amores no tienen por base más que el egoísmo. Un egoísmo mal disimulado. Puro egoísmo, es decir, completamente impuro.

Cuando Dios no es el amigo común, cada uno no hace más que amarse a sí mismo. No hay Dos, no hay moral; no existe nada que merezca respeto. Es el amor tan pobre y mezquino, es tal la dureza de corazón, que puede uno llegar a no avergonzarse de nada:

«Dirás que para llegar a donde me encuentro se necesita ser terriblemente egoísta. No digo que no. Soy de la opinión que todo lo que me gusta es bueno y debo probarlo. Esos hermosos amores nadie como yo los ha gustado con todo su encanto, pero ya ves, esas son cosas propias de la juventud; más tarde todo se acaba. Créeme: no hay Dios, no hay moral; no existe nada de todo eso que nos enseñaron a respetar. Hay una vida que pasa, a la que es lógico que se pida el mayor goce posible,

mientras se espera el espantoso final, que es la muerte. Esta es mi única fe: hacer todo lo que me agrada, a despecho de toda moralidad, de toda convención social. No creo en nada ni en nadie, no amo a nadie ni a nada» (*Aziadé*).

Cuando un incendio ha devastado una región, todo queda seco y abrasado. Cuando la pasión ha devastado el corazón, no quedan en él más que cenizas.

Donde pisa la pezuña de mi caballo, decía él feroz Atila, no crece una pizca de hierba. Por donde pasa el caballo de la lujuria no puede crecer la flor delicada del verdadero amor.

La lujuria siempre es camino para otras pasiones más bajas, como la embriaguez y la glotonería.

La persona que sólo busca el placer se hace dura de corazón y cruel, por mucho que trate de disimularlo. Porque en el voluptuoso no hay más que apariencia de amor. Los ojos centellean antes de probar el placer, e inmediatamente de probarlo se apagan y es vuelven esquivos. El que había nacido para repartir bondad, ayuda, simpatía y cariño, se vuelve flojo, duro e insensible. Ha dilapidado la fuente de su alegría.

El placer, buscado como fin, siempre produce insatisfacción. ¡Cuánta decepción amarga y arrepentimiento...! ¡Cuánta esclavitud!

La pureza, en cambio, es libertad, alegría y felicidad.

Por donde pasa el caballo de la lujuria no puede crecer la flor delicada del verdadero amor.



LAS EXCUSAS DE LOS DERROTISTAS

El combate de la pureza también tiene sus desertores y fugitivos. Son los que tratan de justificar su derrota. Estás son sus excusas:

1.ª excusa

«Yo hago lo que hace la mayoría. No hago más que seguir la corriente.»

Tu sigues a la mayoría como un borrego: *Bee… bee… bee…*

La cobardía de otros no excusa tu cobardía. No dejas de ser despreciable porque haya más traidores.

En el juicio final tú serás premiado o condenado según tu conciencia; y Dios no te preguntará si tus vecinos han practicado o no la virtud. El veredicto de ellos no tiene que ver con el tuyo. La cuestión está en saber como te juzgará Dios a ti, cuando te presentes ante Él.

2.ª excusa

«La moral del placer existe; se llama hedonismo, y tiene sus partidarios.»

Así es. Fue sostenida por Aristipo de Cirene (300 antes de J. C.); por Epicuro, a quien por lo demás se le ha calumniado algo... (341-270); en el siglo XVIII por los enciclopedistas, como Helvecio, d'Holbach, Saint-Lambert; en el siglo XIX por Fourier, y actualmente por todos los que «viven su vida».

Nuestros modernos no hacen más que repetir a los antiguos. Es increíble cuán antiguo es lo nuevo.

La moral del hedonismo es tan vieja como las pasiones humanas, y tan vil... Siempre tendrá en su favor a los libertinos y disolutos. Siempre tendrá en contra la conciencia y la ley divina.

3.ª excusa

«¡Son tan pocos los jóvenes que observan la castidad!»

¿Qué sabes tú? Tendrías que ser sacerdote y haberte sentado en un confesionario para saberlo.

Son muchos los jóvenes que combaten heroicamente y guardan la castidad; otros sufren caídas de vez en cuando, pero se levantan inmediatamente. Después de todo, hay dos maneras de ser bueno: no cediendo jamás, y levantándose siempre.

Un joven que sucumbe puede haber luchado durante varias semanas. El hombre advierte sólo la caída final; el justo juez ha visto la derrota sin duda, pero también las cien victorias que la precedieron.

Nada hay tan fácil como justificarse diciendo: «en el mundo ya no existe la virtud». Eso se dice pronto. Pero no hay excusas. Si cada uno viviese como debería, el mundo sería excelente.



No nos rindamos al escepticismo. La crítica es el arma de los impotentes, y el escandaloso hace mucho más ruido que el bueno. Siempre ha sido así.

Tres viciosos llaman más la atención que noventa y siete que viven honradamente. Todos somos propensos a fijarnos en la excepción escandalosa, más bien que la mayoría que vive honradamente.

Alguno replicará: Es que estos últimos no hacen más que cumplir con su deber.

¡Conforme! Pero con todo, ellos lo cumplen, lo cual en muchos casos resulta heroico. Los mártires no han hecho otra cosa que cumplir con su deber.

Si el mal nos llama tanto la atención, es porque es el quebrantamiento del orden; al paso que la virtud es la conformidad con el orden. Lo anormal excita más la curiosidad que lo normal.

Cuando un cajero del banco huye con el dinero, sale en todos los diarios. Pero en ningún periódico se pone como noticia: Se nos comunica que en tal ciudad un cajero no ha huido con el dinero del banco.

Añádase el ruido que hace el mal. En cambio, la virtud es discreta.

Una persona violenta, rompiendo cristales, hace más ruido que diez trapenses que se inmolan todo el año en el silencio de sus austeras celdas.

Un libertino llama más la atención que veinticinco jóvenes que se conservan puros, cuyas luchas interiores nadie conoce.

4.ª excusa

«¿Por qué el placer va a ser malo? Dios nos ha dado los sentidos para que nos sirvamos de ellos.»

Sí, Dios nos permite servirnos de nuestro cuerpo, pero conforme a su santa ley; y así no nos está permitido emplear nuestra fuerza para hacer daño a los demás, ni para suicidarnos. Ahora bien, la ley de Dios regula el uso de nuestro cuerpo en orden al bien personal y social. Si Él ha querido que cierto acto necesario para el género humano (un bien social) sea en el individuo ocasión de un placer, es a fin de impulsar a los hombres hacia ese acto, que ellos habrían evitado o descuidado, si hubiera sido doloroso o indiferente. Dios ha dispuesto el placer sexual sólo para ayudar al acto sexual dentro del matrimonio, no fuera de él. El placer no es malo en sí mismo, la moralidad depende de nuestro comportamiento. Cuando el ser humano realiza el acto sexual fuera del matrimonio, pervierte el plan de Dios y peca gravemente. Es lógico que sea así, pues el acto sexual en estas condiciones no persigue la finalidad que el Señor quería para tal acto: unir a los esposos y colaborar en la procreación de nuevos seres humanos.



5.ª excusa

Algunos insisten: «¿Por qué lo que es permitido en el matrimonio, está prohibido fuera de él? ¿Es que el mismo acto puede ser a la vez bueno y malo dependiendo de las circunstancias?»

Desde luego que sí, que es posible que dos actos iguales en el orden material sean diferentes en el orden moral, por la razón de que una

misma cosa puede ser conforme y opuesta al orden, dependiendo de si se sujeta a una ley prescriptiva o prohibitiva.

Comer carne está permitido unos días y prohibido otros. Quemar incienso es una acción excelente, cuando se hace para honrar al verdadero Dios, y detestable, cuando se realiza para adorar a los ídolos.

Además, no es exacto que se sean idénticos los dos actos, el acto sexual dentro del matrimonio y el que se realiza fuera de él. A éste último se le llama fornicación, porque los que lo realizan no son esposos, y porque procuran en lo posible evitar la procreación.

Un cristiano no puede mancharse con la fornicación ni con la anticoncepción.

La fornicación y la anticoncepción atentan gravemente contra la finalidad del acto sexual.



Los esposos se deben fidelidad mientras vivan los dos. El matrimonio es una unión indisoluble, y ha sido elevado al honor de Sacramento, es decir, a medio de santificación. Dios derrama su gracia abundantemente a los esposos que se aman y forman una familia.

De los dos elementos del amor: el atractivo físico y el atractivo espiritual, el primero suele prevalecer al principio, pero poco a poco disminuye, conforme se acrecienta el segundo. Es el caso de los esposos ancianos, entre los cuales no queda ya nada de la fiebre pasional del principio, y el afecto que se tienen ahora descansa sobre todo en haber compartido juntos tantos gozos y penas, y en la absoluta confianza que se tienen.

Lo que estaba un poco turbio al principio se ha reposado, y el amor al fin de la vida se ha espiritualizado en su mayor parte. Son como los arroyos transparentes, cuyo fango se ha depositado por completo, hasta el punto de que el agua deja ver en el fondo brillar los blancos guijarros.

Al contrario, en la simple convivencia, cuando se marchita la belleza o surgen desavenencias, muchas veces la unión se deshace. Es lo más frecuente, ya que las personas no se guardan ningún compromiso de fidelidad hasta la muerte. Al separarse, no se piensa más que en sí mismo y no en el otro.

El mundo, que se ríe de la moral, acaba por ponerse del lado de la moral. Porque todos sentimos en nuestro interior la voz de la conciencia que se goza con la verdad y con el cumplimiento del deber, lo que Tertuliano habría llamado el testimonio del alma naturalmente cristiana. Una joven puede ser que no haya recibido ninguna educación religiosa, pero basta que se despierte en ella el amor verdadero, para que sienta la necesidad de sellarlo para siempre con el matrimonio.

6.ª excusa

«¡Ojala que la juventud no pasara nunca! Ya que esto no es posible, disfrutemos lo más posible mientras seamos jóvenes.»

Sí, es posible mantenerse siempre joven. El cuerpo puede perder la juventud, pero el espíritu no tiene por qué. El que vive la castidad permanece siempre joven de espíritu.

De ahí que el anciano sacerdote, cuya mano tiembla al levantar el cáliz, pueda decir cada mañana con toda razón: *Subiré al altar del Señor, que alegra mi juventud*.

En cambio, los que se entregan a una vida disoluta, soy ya viejos en el espíritu aunque no tengan más que veinte años de edad.

Muchas personas no son felices porque desperdiciaron su juventud, la edad más crucial para orientar bien la propia vida. Y es que la felicidad de un hombre no es más que el ideal de la juventud realizado en la edad madura. La juventud es como la tierra fecunda del Evangelio, en que se puede sembrar y cosechar al ciento por ciento.

La felicidad de un hombre no es más que el ideal de la juventud realizado en la edad madura



7.ª excusa

«Usted no comprende ya ciertas cosas debido a su edad.»

Tú eres el que no comprendes todavía ciertas cosas. Con el respeto debido, eres muy joven y te falta prudencia.

8.ª excusa

«Quiero experimentarlo y conocerlo todo por mí mismo.»

¿Sí, todo? ¿Has probado ya el veneno de víbora? ¡No se te olvide pedir que te lo inoculen!

9.ª excusa

«No soy ya un niño.»

Tienes toda la razón. Eres un joven y debes por eso luchar.

10.ª excusa

«Nadie se enterará.»

«Lo sabrá Dios. Y tú mismo te avergonzarás de haberlo hecho.»

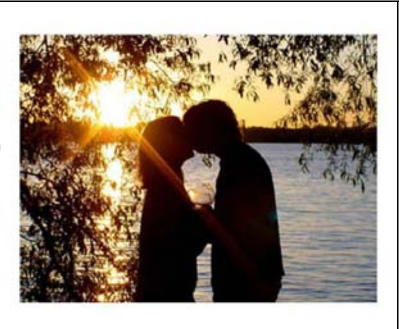
11.ª excusa

«¡Quiero ser libre!»

¡En buena hora! Pero no se te olvide que sólo el casto es libre. Escucha a San Pablo:

«Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud.» (Gálatas 5,1)

«Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis la libertad como pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros.» (Gál. 5, 13)



«Porque donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.» (2 Cor. 3, 17.)

«En otros tiempos ofrecisteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y al desorden… ¿Qué frutos cosechasteis entonces de aquellas cosas que al presente os avergüenzan? Pues su fin es la muerte. Por el contrario, al presente, libres del pecado y siervos de Dios, fructificáis para la santidad y para la vida eterna.» (Rom. 6,19-22)

Que vuestra alma se vea «libre de la servidumbre de la corrupción, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios» (Rom. 8, 21).

Lo mismo viene a decir el Salmista: «¡Bendito sea el Señor! Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador: la trampa se rompió, y escapamos.» (Salmo 124, 7)

La trampa era la impureza, que nos tenía esclavizados.

San Agustín lo expresa muy bien en sus *Confesiones*: «La lujuria, semejante a una reina malvada, tendió sobre mí su cetro dominador, y yo le entregué mis manos para que me las atase.»

12.ª excusa

«¿Y para cuándo deja usted el derecho a la felicidad?»

¡Qué ironía llamar felicidad al placer que al punto causa aborrecimiento! Porque inmediatamente después de la caída viene el castigo, que es la tristeza que causa el remordimiento.

«¡He gustado un poco de miel..., y he aquí que voy a morir!» (I Samuel 14, 43) Así habló el joven Jonatán, antes de morir, por haber desobedecido la prohibición que dio su padre, el rey Saúl, de no comer ningún alimento. El joven que ha cedido a los alicientes del deleite, también podría decir lo mismo. Tras gustar un poco del placer prohibido, le viene la muerte del alma.

13.ª excusa

«¡Es *imposible* hoy día vivir la castidad!»

Puede resultarle imposible para el que confía en sus propias fuerzas, pero no para el que se lo pide a Dios, de rodillas y con humildad, porque como diría San Pablo «todo lo puedo en Aquel que me conforta.»

¡Imposible! Si fuese así, Dios nos estaría exigiendo algo que sobrepuja nuestras fuerzas. No, de ninguna manera. «Fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados por encima de vuestra fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito.» (I Cor. 10, 13)

«¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro, o la persecución?... En medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza o violencia, ni todo, lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrán jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo nuestro Señor.» (Rom. 8, 35 y sig.)



¡Imposible! Pero mira a tu alrededor. ¿De veras no conoces jóvenes de mirada limpia? Tal como viven estos jóvenes, ¿no podrías vivir tú?

¡Imposible! ¿Y los santos? Ellos nos educan con su ejemplo. Ellos nos demuestran hasta donde podemos llegar. Detrás de estos campeones de la libertad caminamos nosotros. Ellos supieron reaccionar con energía contra los instintos que, como a nosotros, querían esclavizarlos. Con su valentía nos alientan a superar los escollos.

Los santos han sido hombres como nosotros. Si fueron coronados es porque lucharon con decisión. Escrito está: «No será coronado, sino el que luche con valentía». El que haya habido vencedores en la castidad es la mejor prueba de que el triunfo es posible.

14.ª excusa

«¡La castidad es hermosa, pero mejor dejarla para más tarde!»

¿Dejarás la práctica de la castidad para cuando ya no puedas hacer otra cosa? ¿Postergarás tu amor a Dios para cuando seas viejo y achacoso? ¿Darás al vicio tus mejores años, y a Jesucristo, los peores?

¿Y tienes veinte años, y estás en la edad del entusiasmo, y hablas así? Lo único que demuestras es tu falta de valentía.

¿Qué responderías tú a tu hijo si te dijese: Yo te obedeceré, pero no ahora, sino más tarde? Pues tú te atreves a decir a Dios: Te obedeceré... pero cuando no me cueste.

¿Darás al vicio tus mejores años, y a Jesucristo, los peores?



15.ª excusa

«La continencia es desastrosa para la salud.»

La continencia es posible, y el que Dios nos la haya prescrito para antes del matrimonio, indica que no está en contradicción con la naturaleza del hombre.

No se conoce ninguna enfermedad psíquica u orgánica ni debilidad producida por la castidad. No se ha sabido nunca de persona alguna que haya enfermado debido a la continencia.

La virginidad en los jóvenes es a un mismo tiempo una salvaguardia física y una salvaguardia moral.

¿Quieres constatarlo por ti mismo? ¿La castidad ha quebrantado alguna vez tu salud y te ha impedido el trabajo? Seguro que conoces alguna persona que vive castamente: ¿se ha alterado en algo su salud?

¿A qué atribuirías, sino a la pureza de vida, el vigor y la longevidad de los monjes? La observancia rigurosa de la castidad es compatible con una plena salud de alma y cuerpo.

Los males de la incontinencia son conocidos e incontrastables; los que provocaría la continencia son supuestos e imaginarios. Lo prueba el que se han consagrado muchas obras, doctas y voluminosas, a exponer los primeros, y los otros están todavía esperando a alguien que los descubra. Lo que hay, respecto a esto no son más que vagas suposiciones que se insinúan vergonzosamente en las conversaciones, pero que no soportarían el rigor de la verdad.

Yo te desafío a que busques una enfermedad, una sola, que sea causada por la continencia. Recorre las bibliotecas, consulta a todos los médicos que quieras, y si me presentas un testimonio firmado por un nombre autorizado, una página de un libro serio que sea autoridad en la materia, que haga mención de una sola enfermedad debida a la

continencia, quemaré al punto estas páginas... No sin motivo digo: libros serios, médicos dignos de tal nombre. Hay toda una literatura pseudo-científica que explota los deseos morbosos para terminar repitiendo más o menos el mismo tópico: *Hay que disfrutar de la juventud*. Todo para halagar las pasiones secretas de los lectores y para aumentar las ventas...

Sin embargo, fíjate en los numerosos ejemplos de hombres que han consagrado sus vidas al trabajo científico o intelectual; fíjate también en los religiosos; todos ellos se han conservado castos durante toda su vida, perfectamente sanos y equilibrados. Ellos son la mejor prueba de que se puede vivir la castidad.

La continencia da al organismo un vigor y una energía admirables. Además, facilita la actividad intelectual. Lejos de ser contraria a la salud, constituye una de las mejores garantías para disfrutar de una actividad sana y vigorosa.



LA VICTORIA

PARA REPARAR LA DERROTA

Un vencedor puede haber perdido algunas batallas. ¡Pero no da por rendido! No ha entregado las armas.

En el combate de la castidad importa mucho tener esperanza.

¿Cuál es el mayor peligro para el que ha sufrido numerosas caídas? El decirse desalentado: «Ya es demasiado tarde. Es un hábito en mí. He procurado levantarme y he vuelto a caer. Después de un retiro o una confesión, me he mantenido tres semanas, a lo mucho un mes. Luego otra vez el vicio me ha vencido. ¡Qué fuerza tiene el vicio!; y al que agarra, ¡qué bien le agarra! ¿Para qué seguir luchando? Todo es inútil. El confesor me sigue animando; ¿qué va a hacer, si ese es su oficio? Pero yo bien conozco que la enmienda es imposible.»

Amigo mío, así es el *piu non posso* (no puedo más) de las almas cansadas de que habla Dante en su *Purgatorio*.

Antes habías dicho: imposible ser casto.

Ahora dices: imposible volver a ser casto.

¡No, no, y cien veces no!

Ya hemos refutado tu objeción cobarde. La palabra imposible no es cristiana.

¡Dios nos invita a levantarnos de nuevo! No es una cosa imposible.



Piensa en la máxima filosófica: *si una cosa existe, es la mejor prueba de que es posible*. Ahora bien, hay muchos que lo han conseguido, después de numerosas caídas. Lee sino las *Confesiones* de San Agustín.

¡Cuántos se han visto libres de sus miserias, de sus actos vergonzosos, y han logrado de nuevo hermosear su alma!

Hay corazones puros y corazones purificados.

¿Crees, por ventura, que eres tú el primer joven del mundo a quien le ha ocurrido esta desgracia? ¡Hay cientos y cientos de personas castas, que no lo han sido siempre!

En la Iglesia se cuentan los preservados, pero también los rescatados; los que nunca fueron heridos, pero también los que curaron de sus heridas.

¡Querer es poder! Lo único que se te pide es tu voluntad, que perseveres en lograr tu objetivo.

La primera virtud del enfermo (o del vencido) es la esperanza.

¡Ánimo, pues!

Valemos casi tanto cuanto creemos valer. En cambio, nos hacemos impotentes en la medida que nos creemos impotentes: ¡Nos incapacitamos por autosugestión![1]

La confianza es la mitad del triunfo. Si esto es verdad en cualquier empresa, con cuánta más razón lo es en la virtud, que depende en gran parte de nuestra voluntad.

Si quieres adquirir una virtud, tienes que poner en ejercicio tu voluntad. En este sentido, la victoria = voluntad.

Guarda bien, amigo mío, los dos principios siguientes:

Toda derrota hace la derrota siguiente más fácil.

Toda victoria hace la victoria siguiente más fácil.

La castidad es difícil. Deja de serlo en la medida que se vive.

---

[1] Hay personas que parecen alegres y audaces, pero sólo cuando beben. ¿Será verdaderamente el alcohol capaz de darnos facultades que no tenemos en ayunas? No, en absoluto. Lo que hace el alcohol es suprimir los obstáculos: nuestra timidez y nuestro miedo. Si bajo la influencia del alcohol, del café, de la jovialidad, que resulta de la alegría, un hombre se muestra audaz y decidido, estate seguro que él tiene esa cualidad en el fondo de su ser, y que, si de ordinario no se manifiesta, es porque está inhibida por estados de ánimo que están bloqueando esa cualidad natural que tiene.

¿Por qué? El hábito de la victoria no se no se crea de repente; siempre nos influyen las caídas anteriores. Pero una victoria influye positivamente en las siguientes, así como una derrota influye negativamente para seguir luchando. De ahí la importancia de los *primeros* éxitos.

La confianza en la victoria es la mitad del triunfo.



Es verdad que hay una asociación de imágenes entre la tentación impura y la caída. Pero esta asociación se puede romper y disociar[1].

¿Por qué no anotar este resultado? «Si hoy he resistido, mañana también podré hacerlo». Conservas así la prueba escrita de que es posible y llegas a la convicción de que podrás lograrlo.

Escríbelo con grandes caracteres. Escríbelo para animarte a ti mismo. Escribe también: «Un día seré libre de este pecado que me esclaviza. Lo quiero. Estoy decidido a conseguirlo, cueste lo que me cueste».

Estabas convencido de que era imposible, de que eras un derrotado. Sustituye esta convicción por la contraria de la victoria. Clávate en la cabeza esta otra segunda idea, para desalojar la primera, y corno se dice, sacar un clavo con otro clavo,

---

[1] Existen dos aplicaciones muy sugestivas del mismo principio. En una escuela de aviación, cuando un piloto ha tenido un accidente al aterrizar, se le obliga, si está en situación de hacerlo, a comenzar de nuevo la misma maniobra. El fin es, cortar desde el principio la asociación de imágenes que se establecerían, en un temperamento impresionable, entre dicha maniobra y el accidente.

En la doma de caballos se hace algo parecido. Cuando un caballo se espanta, junto a un paso peligroso o delante de un obstáculo, se le obliga a pasar en seguida por él, sin lo cual se formaría en su memoria (pues los animales tienen como nosotros memoria sensitiva) una asociación de imágenes, entre ese lugar y el miedo que le lleva a encabritarse.

Si hoy he resistido, mañana también podré hacerlo.



***

Todo está en comenzar.

En los hospitales militares se dan unos casos curiosos. Hay soldados que, por efecto de la neurosis de guerra o de una fuerte conmoción emotiva, se imaginan con toda sinceridad estar paralíticos. En realidad, no hay más que enorme carga de autosugestión. Pero es tal la influencia de lo psíquico sobre lo físico que el interesado se cree paralítico efectivamente.

¿Cómo se le puede curar? Se pone al enfermo delante de una mesa en la que haya algo que le guste mucho. Bien sabemos que cada uno tiene su debilidad: cierto licor, cigarrillos, ciertos dulces..., ante los cuales es difícil resistirse... El doctor ha averiguado cuál es el punto flaco del enfermo, y se lo ha puesto cerca, muy cerca, a un centímetro de la mano.

Te imaginas la escena. El enfermo piensa: ¡Qué desgracia, el estar paralítico! ¡No poder tomar esa golosina que tanto me gusta!

Pero siente tantas ganas, que llega a hacer el esfuerzo de aquel único centímetro, y a coger lo que desea.

¡Para él, en sus condiciones, haber salvado ese espacio de un centímetro, resulta una enormidad!

Al día siguiente se le separa el objeto dos centímetros. El mismo desaliento al principio, pero al fin se logra el resultado.

No hay que discurrir mucho para adivinar lo que sigue: el objeto colocado sucesivamente a tres, diez, veinte centímetros, siempre termina por ser cogido.

El pseudo-paralítico está curado.

También en el ámbito de la virtud, y sobre todo de la castidad, ¡cuántos jóvenes hay que están convencidos de ser paralíticos, de que no pueden hacer nada! «Yo no puedo andar por este camino de la generosidad. Me siento incapaz.»

Haz el esfuerzo inicial, y comprenderás muy bien la verdad de aquel dicho: la mitad del camino está en salir de casa.

Haz el esfuerzo inicial: la mitad del camino está en salir de casa.



***

¿Podré llegar a dominar mi sensualidad rebelde? ¿Voy a necesitar mucho tiempo?

Eso depende de ti. La voluntad con el auxilio de la gracia puede llegar a vencer radical y definitivamente aun los hábitos más inveterados, incluso de forma inmediata.

Otras veces la enmienda será progresiva. Habrá que fortalecer la voluntad atrofiada. Holanda conquistó su territorio sobre el mar, palmo a palmo, día tras día. El verano triunfa del invierno lentamente, a pesar de derrotas parciales y de retrocesos.

Hay que tener paciencia. Es el gran valor. Todos tienen necesidad de ella: el santo, el descubridor, el genio, el prisionero, el soldado.

El santo: Hay que tener paciencia para superar las dificultades que nunca faltarán, pero sobre todo para consigo mismo. Es un consejo de San Francisco de Sales.

El descubridor: Le preguntaban a Newton cómo había hallado la ley de la atracción universal. Respondió: «Pensando siempre en ella».

El genio comporta también una larga paciencia.

El prisionero: Cuando no puede romper de un golpe su cadena, la lima. Aplícate el ejemplo. Poco a poco se va lejos.

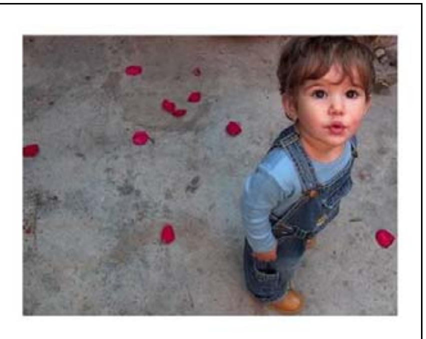
El soldado: No se gana una guerra en un instante. Zamora no se ganó en una hora. A veces el terreno hay que ganarlo trinchera tras trinchera, palmo a palmo.

Nada se improvisa. Lo que ha costado mucho, mucho vale. Mientras que lo que ha costado poco fácilmente se viene abajo.

Cristo nos lo dice en la parábola del sembrador: el grano que brotó en seguida, en seguida se secó, porque no había echado raíces (cf. Mateo 13, 6).

La flor de la santidad no crece sino en la tierra fecunda que se ha ido preparando poco a poco.

Lo que no logres hoy, quizá mañana
lo lograrás; no es tiempo todavía.
Nunca en el breve término de un día
madura el fruto ni la espiga grana.
El que con fe y valor lucha y confía,
los mayores obstáculos allana.
Trabaja y persevera, que en el mundo
nada existe rebelde ni infecundo
para el que confía en Dios.
¡Hasta la estéril y deforme roca
es manantial, cuando Moisés la toca!



* * *

Lo importante es no perder la confianza.

¿Por qué se pierde?

Porque se mira demasiado lejos. «¡Qué! ¿He de tener que luchar por la pureza mañana, y pasado mañana, y la semana siguiente, y el otro mes, y cada año, y siempre?»

Nada desalienta tanto como imaginarse de golpe todas las dificultades que deberemos enfrentar en el porvenir.

Permíteme una comparación muy familiar. Si un hombre pudiera imaginarse de antemano todo lo que tendrá que comer y beber durante toda su vida, se quedaría espantado. ¡Trenes de víveres! «¿Todo eso me tengo que meter?» ¡Trenes de bebida! «¿Pero soy acaso un pozo sin fondo?»

¡Paciencia!

Mañana sentirá mucho gusto en desayunar, en comer y en cenar. Pasado mañana tendrá la misma necesidad de comer y beber; y, finalmente, toda esa enorme cantidad de pan, de carne, etc., habrá sido asimilada.

Pero poco a poco, despachado al por menor, bocado tras bocado.

Lo mismo pasa con el montón enorme de dificultades. ¡Qué bien lo dice el pueblo: La vida hay que pasarla a tragos!

¡No seas demasiado previsor! Las dificultades no las has de tener sino poco a poco, y con la gracia de estado correspondiente, que no tienes todavía.

Sigue el consejo del divino Maestro: *A cada día le basta su afán*.

Vamos a ver. ¿No puedes ser casto hasta mañana por la mañana? Mañana recibirás de nuevo la comunión, que te darán nuevas fuerzas para continuar tu camino y perseverar.

Sé casto día a día.

Vive una castidad de veinticuatro horas.

Mañana te propondrás de nuevo una castidad de veinticuatro horas.

Divide la dificultad y vencerás. *¡Divide et impera!*

Este secreto de la victoria ha sido expuesto en un relato de guerra escrito por R. Bazin.

Una mujer había visto a su marido deportado, a su hijo muerto, su casa saqueada. Todas las desgracias juntas. Pero ella seguía valiente.

R. Bazin la preguntó: «¿Qué hacías para mantenerte tan animosa?»

Y aquella generosa mujer respondió: «Recibo todos días el Pan que me es tan necesario, y digo a mi buen Dios que entra en mí: ¡Dame ánimo para veinticuatro horas, y al día siguiente otro tanto!»



Haz tú como ella, amigo mío.

Recibe cada mañana la Comunión que te es tan necesaria, y pídele al Dios que se mete en ti: «Ánimo para veinticuatro horas, y mañana otro tanto».

LA ESTRATEGIA DE LA DEFENSA

Hemos descrito la táctica del mal; hablemos de la táctica del bien.

Si bien el arsenal del vicio tiene muchas y temibles armas, el arsenal de la virtud también las tiene para su defensa. Vamos a examinarlas.

1.ª arma: la comunión.

¡Oh, Hostia de salud!

Los combates nos acosan,

Danos fuerza.

(Oficio del Santísimo)

En tiempo de guerra es preciso armarse con las armas más poderosas, y no empeñarse en conservar armas anticuadas o una vieja artillería de corto alcance.

Y tú, joven, sabes muy bien cuál el arma por excelencia en el combate de la castidad: la Comunión.

¿Te asalta el demonio? ¿Quieres permanecer valiente? Acuérdate que comulgar es recibir el valor en la mayor dosis posible: ¡es comer la misma Fuerza!

Los primeros cristianos lo sabían muy bien.

Soltaban contra ellos los leones en el circo romano; pero ellos les hacían frente con gran valor.

¿Gracias a qué? Gracias a la comunión de la mañana.

Todos aquellos cristianos iban a la muerte como a un juego. Se les desgarraba, se les atenazaba, se les echaba plomo fundido por la boca;

se les echaba a los osos, a los tigres, a los leones. Aquellos hombres, aquellas mujeres, aquellas jóvenes no retrocedían. La explicación está en la Santa Comunión.

Tú, joven, que debes combatir también, no ya en la arena del circo, sino en la arena de tu corazón, busca la fuerza que necesitas en la Eucaristía.



¿Qué hace Jesucristo para revestir de fuerza el pobre corazón humano? Se ata a él con lazos admirables, como hacían los antiguos galos, que en la víspera de las batallas se encadenaban por parejas para defenderse mejor y para vencer juntos al enemigo.

Lazos admirables... ¡Mejor aún!: «Comunión»; es decir, unión íntima de Dios y del hombre.

* * *

Demos a los diversos medios, con los que purificamos y sanamos nuestra alma, la importancia que les corresponde.

La comunión, el primero de todos.

¿Por qué? Porque comulgar es beber la salud, no ya en un arroyuelo, sino en la misma fuente.

¡Nada hay que más cristianice que Cristo en persona! Comulgar es injertarse en Cristo[1], es prender nuestra reducida vida humana en la vigorosa vida divina.

No hay devoción más importante que la comunión. Comulgar es recibir la misma Vida divina en abundancia.

* * *

---

[1] Tú, que no eres más que un acebuche (olivo silvestre), has sido injertado y hecho partícipe de la savia que sube de la raíz del olivo. No sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Tú fuiste cortado del acebuche, que es tu tronco natural, e injerto contra natura en el olivo genuino. (cf. Rom. 1, 17, 24.)

La Comunión es la terapéutica divina, preventiva o curativa.

Preventiva: Ella es la *vacuna* que te previene del contagio de los bacilos impuros.

Curativa: Ciertas enfermedades sólo se curan con transfusiones de sangre. Él, el Médico de nuestras almas, nos hace cada mañana esta magnánima proposición: «¡Tomad! Esta es mi sangre.»

Tú eres débil: ¡Bebe la sangre divina!

Tú eres débil: "¡Come! *Yo soy el Pan de vida*. Dios mío, en esta unión toda la ganancia es para mí: *No vas, Señor, a humanizarte, sino yo me voy a divinizar* (SAN AGUSTÍN).



Debo de comer este Pan, no una sola vez, sino cada día, para que la cura sea radical. No quiero sanar a medias, como el insensato que dijera: «El médico ha hecho desaparecer la tuberculosis de mis ganglios, de mis riñones, de mi hígado. Ya basta. Bien sé que queda un foco en el pulmón. ¿Qué importa?»

Comulgaré, no porque soy puro, sino para serlo; no porque tengo buena salud, sino para recobrar la buena salud.

¿Cuándo se va al doctor? No cuando se está bien, sino cuando se está enfermo.

¡Oh buen Jesús, que sanas los cuerpos y las almas, Tú me salvarás!

¡Pasaste tu vida mortal por la tierra haciendo el bien!

Tú curaste al leproso (Mt 8, 1). ¿Qué mayor lepra que la impureza?

Tú curaste al hombre que tenía la mano seca (Mc 3, 1). Yo tengo seco el corazón.

Tú curaste al ciego (Lc. 18, 35). Y yo te digo como él: «Que vea.» Hay cosas que no se distinguen, sino con los ojos puros; y yo tengo cataratas en los ojos.

Tú curaste a la mujer que «hacía dieciocho años andaba encorvada sin poder mirar hacia arriba» (Lc 13, 10). Hace ya mucho tiempo que mi pobre alma anda del todo encorvada, ansiando sólo las cosas de aquí abajo.

Tú curaste al paralítico que llevaba treinta y ocho años enfermo (Juan 5, 1). Yo estoy paralítico también por los malos hábitos desde hace años.

Tú libraste a aquel hombre de Cafarnaúm que estaba «poseído de un espíritu inmundo», y a los posesos de Gerasa, permitiendo que los demonios pasasen a los puercos. Yo estoy poseído por la impureza que me tiene esclavizado.

Tú has resucitado muertos: a la hija de Jairo, que acababa de expirar; y al joven de Naín, cuando era llevado al cementerio. A mí dime también: *A ti te lo digo, ¡levántate!*

También resucitaste a Lázaro, que llevaba ya varios días muerto. Y sin embargo, Señor, le ordenaste salir del sepulcro. Tenía aún las fajas atadas y se las quitó. ¡Que pueda yo también desembarazarme de las ligaduras de la impureza que no me dejan andar!

¡Hijo de David, si quieres, puedes salvarme!

¡Mi bueno y dulcísimo Jesús! ¿He de ser yo el primero a quien deseches?

¡Jesús, el que amas está enfermo! ¡Muy enfermo...!



Jesús, mi Salvador, los que tocaban con fe la orla de tu vestido, alcanzaban la salud. Y yo, que toco tu cuerpo en la sagrada comunión, ¿no he de sanar? Expulsa para siempre el mal de mi alma.

* * *

Abramos la Introducción a la *Vida, devota* (l. 2, capítulo 20) y oigamos lo que nos dice San Francisco de Sales: «Comulga con frecuencia, y créeme… A fuerza de adorar y comer la belleza, la bondad y la pureza misma en este divino Sacramento, te pondrás toda bella y toda pura».

Prosigue el Santo: «Si las frutas, las más tiernas y las más sujetas a corromperse, como son las cerezas, los albaricoques y las fresas, se conservan muy bien todo el año confitadas con azúcar y miel, no hay por qué admirarse si nuestros corazones, aunque débiles y flacos, queden preservados de la corrupción del pecado, cuando son azucarados y almibarados con la carne y sangre incorruptibles del Hijo de Dios.»

La carne, nutrida con la carne de Cristo, se purificará y se empapará de virginidad.

La comunión es, por excelencia, el antídoto del pecado impuro.

El vicio animaliza. La comunión, diviniza.

2.ª arma: la confesión.

Después de una dura batalla no dejan de llegar soldados heridos al hospital. Al final forman un conjunto indescriptible de sufrimientos. Algunos muestran heridas horribles.

Imagínate que un médico hubiera descubierto un remedio mágico que pudiera en un minuto reconstituir aquellas carnes, cerrar aquellas profundas heridas, devolver la fuerzas perdidas...

Tú dirás: ¡Imposible!

Pero lo que no es posible para las heridas del cuerpo, es posible para las heridas del alma.

Los corazones de miles y miles de jóvenes han sido gravemente heridos por el pecado. Para curarlos, Dios ha inventado un remedio maravilloso e infalible: la confesión.

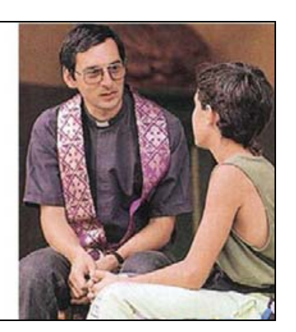
El confesionario es el hospital donde se curan los corazones heridos, la Cruz Roja de las almas.

Es un remedio muy viejo y tradicional, es verdad; pero ¿qué importa esto, si el remedio es bueno?

Para combatir la muerte, comemos; para reparar la fatiga, dormimos. Muy antiguo es uno y otro remedio. ¿Y vas a dejar tú un remedio eficaz con el pretexto de que es muy viejo?

El remedio de la confesión tiene ya cerca de dos mil años. Pero ha sido descubierto por el Médico Divino. No hay mejor medicina del alma que ésta.

Dios ha inventado un remedio maravilloso e infalible: la Confesión.



***

Has pecado gravemente. Hay que desinfectar tu alma del pecado con la oración y con los sacramentos.

Es necesario. Mientras no lo hagas, eres enemigo de Dios; si por la noche murieras de improviso, despertarías en el infierno; no son ya meritorias ninguna de tus obras; lo has perdido todo; has perdido a Dios, y como hijo desheredado, no tienes ya ningún derecho al cielo.

¡Pobre hermano mío, no eres sino un «alma harapienta!

¡Y si no fuera más que harapienta! Tu alma está muerta. Pecado «mortal» quiere decir eso, que mata la vida sobrenatural.

Bien puedes exclamar: «¿Muerto yo?; pero canto, y río, y paseo por las calles, y bailo los fines de semana. Luego tengo vida...»



En realidad aparentas estar vivo... Eres una falsa apariencia. «Aparentas que vives; pero estás muerto» (Apoc. 3,1), pues no tienes la vida de la gracia, que es la vida verdadera. ¡No te las eches de valiente y fanfarrón!

* * *

San Ignacio te recuerda tu miserable realidad en la *Meditación de los pecados propios*: «Ponderaré mis pecados, es, decir, consideraré la fealdad y malicia intrínseca de cada pecado mortal, aun suponiendo que no estuviese prohibido... Me miraré como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados... Después vendrá la exclamación llena de

asombro del alma profundamente conmovida. Discurriré por todas las criaturas, preguntándolas cómo me han conservado con vida, cómo han concurrido a mi conservación. Preguntaré a los ángeles, que son el cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado, y cómo hasta han rogado por mí; a los Santos, cómo han intercedido y rogado por mi. Me pasmaré de que los cielos, el sol, la luna, las estrellas, y los elementos, los frutos de la tierra, las aves, los peces y animales, de que todas las criaturas hayan continuado sirviéndome y no se hayan levantado contra mí, de que no se haya abierto la tierra para tragarme.»

¿Cómo debo prepararme a comparecer en el tribunal de la penitencia, ante Dios, a quien he ofendido? «Excitándome a confusión por mis muchos y grandes pecados, poniendo ejemplos así como si un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergonzado y confundido por haberle ofendido mucho, después de haber recibido de él muchos dones y muchas mercedes». *Ejercicios Espirituales* n. (74).

* * *

¡Vamos, rompe tus cadenas!

Ten valor durante cinco minutos, y arrójate a los pies del sacerdote. ¡Ríndete!; declárate vencido por Dios; desde hace tiempo andas rechazando la gracia, probando que «es dura cosa para ti el dar coces contra el aguijón». (Hechos 9, 5)

Cinco minutos de valor, y luego (como lo experimentan todos), ¡qué consuelo! ¡Todo el peso de los pecados descargado en un momento; todas las manchas del alma limpiadas de repente, quedando toda blanca y ligera como una pluma! Un día escribió Rette en su libro *Del diablo a Dios*: «Sólo la idea de tener que acercarme al confesor me producía verdadero pánico... Pero hecha la confesión, iba por la calle lleno de alegría. Yo me decía: ¡Estoy perdonado, estoy perdonado! ¡Qué felicidad! Cien aleluyas resonaban en mi corazón, y me parecía que había rejuvenecido diez años.»

La confesión nos devuelve la paz y el gozo del alma.

Cinco minutos de valor, y luego, ¡qué consuelo!



***

Que tu confesión sea sincera.

Acúsate de tus pecados, y si se trata de pecados mortales, debes también determinar, en cuanto te sea posible, el número y el tipo de pecado.

¿Puede imaginarse pecado más absurdo que una mala confesión?

Con otras faltas se satisface en algo tu orgullo, tu gula, tu amor propio o tu amor deshonesto; es una satisfacción efímera, prohibida, pero al cabo has conseguido algo. Pero con la confesión sacrílega no sólo no consigues nada, no sólo no has logrado el perdón de tus pecados, sino que has añadido un nuevo pecado mortal.

¡Sé leal! Es la hermosa cualidad propia de tu edad. Sé claro y sincero.

Piensa en como harías tu última confesión, si tuvieses la conciencia de que vas a presentarte pronto delante de Dios, ¡qué bien la harías!

¿Por qué no son todas tus confesiones como ésa, de modo que después de cada confesión queden tus cuentas liquidadas? No dejes para el momento de la muerte cuentas complicadas.

Es preciso que puedas decirte a ti mismo: «He tenido debilidades, pero al menos no tengo nunca que remontarme más allá de mi última confesión. Cada confesión fue en mi vida un momento de total sinceridad y arrepentimiento.»

En el Juicio final se abrirá el libro de nuestra vida. Este libro está a dos columnas: una para los méritos, otra para las faltas.

En cada confesión es como si Dios pusiera en nuestras manos este libro y nos dijese: borra y tacha las cosas desagradables, rompe las líneas acusadoras, deja sólo tus méritos.

¿Dónde y cuándo se ha visto jamás un juez de la tierra que use de semejante magnanimidad con el acusado la víspera del proceso?

* * *

No solamente debemos acusarnos de nuestros pecados, sino tener el firme propósito de no volver a caer. En esto consiste la «conversión», en la contrición y en una enmienda sincera.

La confesión supone conversión: contrición y enmienda sinceras.



Según afirma el Concilio de Trento, si no hay contricción no puede haber perdón de los pecados: *La Contrición… es un intenso dolor y detestación del pecado cometido, con propósito de no pecar en adelante. En todos los tiempos ha sido necesario este movimiento de Contrición, para alcanzar el perdón de los pecados… si se agrega… la confianza en la divina misericordia, y el propósito de hacer cuantas cosas se requieren para recibir bien este Sacramento… esta Contrición incluye no sólo la separación del pecado, y el propósito y principio efectivo de una vida nueva, sino también el aborrecimiento de la antigua, según aquellas palabras de la Escritura: Echad de vosotros todas vuestras iniquidades con las que habéis prevaricado; y formaos un corazón nuevo, y un espíritu nuevo.* (Sesión 14, cap. 4)

* * *

Si has caído, confiésate en seguida. No dejes que la culpa se pudra en tu alma. Además, el pecado no gusta de permanecer solo. El pecado es padre de otros pecados. Si retrasas la confesión fácilmente caerás en otros pecados, pues obviamente podrás hacer este ruin razonamiento: «No me costará más confesar diez pecados mortales, que confesar uno solo. Nada tengo que perder, puesto que ya no estoy en estado de gracia...»

Piensa en el gran riesgo que corres. Cuando cometer un pecado grave, el desaliento se apodera de ti, te sientes sin fuerzas, y por eso fácilmente puedes caer en otros pecados, de forma encadenada.

Pero te equivocas cuando piensas: « Nada tengo que perder…» ¡Sí, tienes mucho que perder todavía!

En primer lugar, cuantos más pecados tengas, más duro se volverá tu corazón, y más te costará arrepentirte sinceramente de tus pecados y convertirte.

No da lo mismo tener un pecado mortal que diez pecados mortales. En el infierno el castigo no será el mismo. De la misma manera que en el cielo Dios no premiará a todos por igual. Es de justicia. Por eso nos dijo Jesús que en el cielo hay muchas moradas y grados. Lo mismo le pasa al infierno.

Debes salvarte no "por los pelos" y ajustadamente, sino holgadamente, tal como haría Santa Teresa, que estaba dispuesta a aceptar todos los sufrimientos del mundo por adquirir un grado más de gloria por toda la eternidad.

* * *

No te des por contento con tener un confesor; ten también un *director espiritual*. Puedes confiar tu alma enferma al primer confesor que se presenta, así como puedes confiar tu cuerpo enfermo al primer médico que se presenta. Pero prefieres —¿no es verdad?—, un médico de cabecera, de confianza, que conozca tus antecedentes y tu forma de ser, y que, por lo mismo, pueda con más seguridad ordenar las pruebas diagnósticas o prescribir el tratamiento más adecuado.

En lo que respecta a la salud espiritual del alma, el médico de cabecera se llama director espiritual. El, que te conoce bien, hará un diagnóstico más certero, y te pondrá un tratamiento más eficaz.

En lenguaje cristiano, el médico de cabecera del alma se llama Director espiritual.



* * *

Escoge como director al que prefieras. La confianza no es cosa que se impone, y nadie tiene derecho a imponerte éste o el otro. Eres libre. Es asunto sagrado.

Te gustará más, sin duda, el sacerdote que entiende a los jóvenes y que transmite entusiasmo.

Estima al director compasivo, sí, pero también muy firme. Debe ser, por lo que toca a la castidad, exigente, y tener una actitud de conquista y victoria. Tener una actitud condescendiente en este punto sería desastroso. Cuando se trata de dirigir en materia de pureza, la severidad es caridad, la blandura resultaría crueldad.

No se va al director a ser halagado, como no se va al médico a que me recete un simple jarabe para la tos, sino para que abra los abscesos profundos y cure las llagas más fétidas.

Sólo que para que cure las llagas, es necesario mostrárselas. Al médico se le dice todo. Al director dile todo. No seas mudo, monosilábico; exponle tu caso[1].

El solo hecho de darle cuenta de la tentación por la que estás pasando es ya la mitad de la cura. El demonio es una serpiente que no gusta que se levante la piedra en que se esconde, ni que se dé entrada a la luz.

Exponle tus dudas. De otro modo no podrás aprovecharte si persistes voluntariamente en una ignorancia vencible, o con una duda práctica fácil de solucionar.

No te de vergüenza el que tengas que pedir consejo. Los hombres más juiciosos y prudentes, que son excelentes consejeros, en muchas ocasiones no ven tan claro en lo que toca a su propia persona. De ahí que, cuando se trata de su propia persona, necesitan consultar a otros como todo el mundo. Dios vincula la luz y la gracia a este acto de humildad. *Nadie es buen juez en su propia causa*.

Nadie es buen juez en su propia causa.



Gusta Dios de esta sencillez. Pero al diablo le horroriza.

[1] Puedes hablar con el director y confesarte en una habitación, en vez del confesionario, si lo prefieres, y si el sacerdote acepta como le permite el Derecho canónico.

San Ignacio nos lo explica en su regla 13.ª de discreción de espíritus. El enemigo «se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto; porque así como el hombre vano, que hablando a mala parte requiere a una hija de un buen padre, o a una mujer de buen marido, quiere que sus palabras y suasiones sean secretas; y el contrario le displace mucho, cuando la hija al padre o la mujer al marido descubre sus vanas palabras e intención depravada, porque fácilmente colige que no podrá salir con la empresa comenzada; de la misma manera, cuando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasiones a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas cuando las descubre a su buen confesor o a otra persona espiritual, que conozca sus engaños y malicias, mucho le pesa, porque colige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifiestos» *Ejercicios Espirituales* n. (326).

Ten presentes aquellas palabras de la Escritura: *El que obra mal, aborrece la luz*. (Juan 3 20).

* * *

El diablo, que detesta la confesión, acumula contra ella las objeciones.

I.° «Es algo muy desagradable y fastidioso.»

Es verdad. No creo que haya un hombre que se confiese por placer.

Pero es el caso que tienes que escoger entre dos opciones penosas:

O bien acusarte de tus pecados al confesor, el cual guardará absoluto secreto de lo que le digas, pues el sigilo sacramental es inviolable y no admite excepciones.

O bien ese pecado mortal, que del que no has querido acusarte en la confesión, se publicará en el juicio final, delante de todos, incluso ante el confesor a quien se lo hubieses ocultado.

Compara y escoge.



2.° «Se sorprenderá el confesor…»

No lo creas. Estoy seguro que podría yo ir por delante haciendo tu confesión.

Tú no tendrías que hacer otra cosa que decir «sí..., tantas veces».

3.° «¿Qué pensará el confesor?»

Probablemente nada. Cada cual cree su historia la más interesante de todas. ¡Pero el sacerdote está condenado a oírlas todas!... Lo que le cuenta uno se confunde con otras muchas historias.

4.° «El confesor me tendrá menos aprecio.»

Todo lo contrario. Te felicitará, no ciertamente por tus caídas, sino por la grandeza que muestras al levantarte.

El confesor es un hombre como tú, pero que representa a Dios, al mimo Jesucristo compasivo que quiere perdonarte. Y para la misión que debe cumplir, tiene gracia de estado.

El confesor se hace cargo del valor, del heroísmo que se requiere muchas veces para hacer ciertas confesiones. Él sabe muy bien que preferíamos cualquier cosa, por costosa que fuese, a hacer este acto de humildad: No pierde nuestra estima, al contrario, la gana.

Te has mostrado débil en el pasado, y ahora te arrepientes sinceramente de lo que has hecho ¿Por qué tendría que menospreciarte?

Sin duda que tiene que hablarte de tus deberes. Es lo que estás esperando del confesor. Para eso acudes a un sacerdote, para que te ponga de nuevo en el camino de la salvación. Si no te recordara los mandamientos, haría traición a su cargo, y tú serías el primero en escandalizarte.

¡Pero, despreciarte! El confesor representa a Cristo, infinitamente misericordioso.

El confesor comprende muy bien que en este mundo hay muchas cosas que te seducen, que tus mismas pasiones te incitan fuertemente al pecado. El confesor, al igual que tú, es un hombre, y palpa como todos la debilidad. ¿Cómo podría entonces menospreciarte?

El sabe cuanto te está costando hacer esta humillación. Por eso te estima, no a pesar de tus debilidades, sino a causa de tus debilidades. Tu franqueza agrada mucho a Dios.

* * *

¿Quieres rejuvenecer tu alma envejecida por el pecado? Dios ha inventado un medio: la confesión, mediante la cual recobramos la frescura y lozanía perdida, lavamos nuestra alma con su propia sangre. «La sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado» (I Juan 1, 7). «Nos ha lavado de nuestros pecados en su sangre» (Apocalipsis 1, 6).

Nos ha lavado de nuestros pecados en su sangre



El Evangelio nos habla de la fuente de Betsaida, en la que a ciertas horas el Espíritu descendía sobre las aguas. Los que entonces se bañaban en ella, quedaban sanos.

En el sacramento de la penitencia, que lava nuestras almas y las sana, no hay que esperar a ciertas horas para poder confesarse. En todo momento Dios Padre nos espera, como a un hijo pródigo.

En Lourdes hay también una piscina donde de vez en cuando los enfermos que se bañan en ella quedan curados milagrosamente. No cura más que los cuerpos y sólo de vez en cuando.

La piscina de la gracia, la confesión, es más maravillosa por dos razones: porque cura, no los cuerpos, sino las almas; y porque cura el alma indefectiblemente que el pecador está bien dispuesto y arrepentido; *ex opere operato*, como dirían los teólogos.

3.ª arma: la estima de la «vida de la gracia».

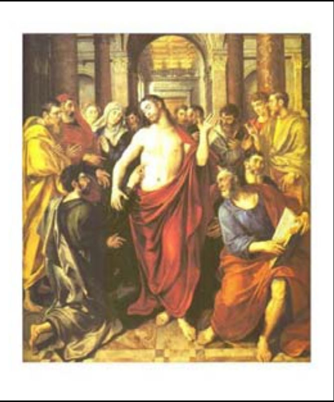
Si a muchos hombres se les preguntara: ¿Cuántas vidas tienes?, nos mirarían llenos de asombro, y responderían: ¿Cuántas vidas? Si no cuento mal, tres: una vida vegetativa, una vida sensitiva, y una vida intelectual, que es la que nos caracteriza.

Y dirían bien. Pero no dirían todo.

Tenemos una cuarta vida, muy real, la vida sobrenatural. Se halla descrita exprofeso en el capítulo 4 de la Epístola a los Gálatas, en capítulo 8 de la Epístola a los Romanos, y en el capítulo de San Juan en que se relata la enseñanza del Maestro: «Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos».

¿Qué implicaciones tiene esta vida sobrenatural? Podríamos resumirlas en seis puntos:

I.° El hombre tiene en sí una vida divina. Recuerda las palabras de San Pedro: «Habéis sido hechos partícipes de la naturaleza divina», y el capítulo 15 de San Juan: *Yo soy la vida*...



2.° El cristiano en estado de gracia es templo del Espíritu Santo. San Pablo repite cinco veces, por lo menos, esta afirmación (Rm. 8, 9; I Cor. 3, 16 y 6, 19; II Cor. 6, 16; Tm. 1, 14).

No te olvides, por tanto, de entrar muchas veces en el santuario de tu alma para adorar a tu Dios.

3.° Esta vida sobrenatural nos hace hijos de Dios: *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!* (I Juan, 3, 1)

4.° Por ser hijos de Dios, tenemos derecho a la herencia del cielo. *Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo* (Rom. 8, 17).

5.° El alma recibe con la justificación la infusión de las virtudes teologales: la fe, la esperanza y caridad. El Concilio de Trento así lo declara.

6.° Todas las acciones del cristiano en estado de gracia (excepto los actos pecaminosos) son meritorias ante Dios.

Dios nos ha concedido libremente esta vida de la gracia. Es algo inmerecido, de ningún modo es debida al hombre. Nunca jamás lo natural merecerá lo sobrenatural. Veinticuatro Concilios lo han recordado, y San Agustín, el *Doctor de la gracia*, escribe: *Gratia id est gratis data* (Gracia, esto es, dado gratis). La vida sobrenatural es un don absolutamente gratuito que recibimos de la magnificencia divina.

¿Por qué, sin embargo, los hombres tienen en tan poca estima esta vida de la gracia?

Hundidos en la materia, no aprecian más que lo que entra por los sentidos. Mientras que el estado de gracia es invisible. Invisible, pero real. Tan real, que Jesucristo no vino a este mundo sino «a fin de que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia.» (Juan 10,10)

También mi alma es invisible, y el ángel y Dios. Y, sin embargo, existen.

La vida sobrenatural *existe*, y no se puede imaginar algo más sublime. Entre el hombre más culto y refinado, pero privado del estado de gracia, y una pobre aldeana, que se halla en estado de gracia, hay una enorme diferencia, o más bien esencial, y esta diferencia es en favor de la pobre aldeana. Si un rico ha perdido la vida sobrenatural, y un pobre está adornado de ella, el rico es pobre, y el pobre es rico.

El hombre más culto y refinado, pero privado del estado de gracia, es un pobre infeliz.



El que no aprecia la vida de la gracia, el que la ignora, se asemeja a un niño de estirpe noble que no conociera sus títulos de nobleza, ni su inmensa fortuna.

Los hombres se jactan de su linaje. No hay linaje más noble que el ser cristiano.

Desde hace veinte siglos, la vida de la gracia ha producido auténticas maravillas de santidad: los santos, los mártires, los héroes…

«Ea, cristiano, toma conciencia —exclama San León Magno—, de tu elevada dignidad, y hecho partícipe de la naturaleza divina, no vuelvas a tu antigua miserable condición.»

Si eres noble por la gracia, no te rebajes a ser esclavo del pecado.

Si has comprendido el valor que tiene la vida de la gracia, no la pierdas; no la cambies por una despreciable satisfacción, por un plato de lentejas.

Eres templo del Espíritu Santo. No destruyas este templo tan hermoso y que da tanta gloria a Dios. Tú eres templo vivo de Dios. Que no sea jamás profanado o saqueado por el pecado impuro.



¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios es santo, y vosotros sois este templo... Pues si alguno profanare el templo de Dios, Dios le perderá a él. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es... Huid de la fornicación. Todo pecado que comete el hombre queda fuera de su cuerpo; mas el que fornica, peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo. (I Cor. 3, 16; 6, 18-20)

El cuerpo no es para la fornicación, sino para la gloria del Señor, y el Señor para el cuerpo. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y había de tomar yo los miembros Cristo, para hacerlos miembros de prostituta? De ningún modo. (Cor. 6, 13 y 15.)

4.ª arma: la oración

¿Crees en el Evangelio? Pues entonces medita estas palabras: *Esta clase de demonios no se vence, sino con la oración y el ayuno* (Mateo 17,21); o también: *Velad y orad para que no caigáis en la tentación*. *El espíritu está pronto, pero la carne es flaca*. (Mc. 14, 38.)

Aun cuando hayas arrojado a Satanás de tu corazón por medio de una buena confesión, no creas que se dará tan pronto por vencido: *Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos en busca de reposo, pero no lo encuentra. Entonces dice: «Me volveré a mi casa, de donde salí.» Y al llegar la encuentra desocupada, barrida y en orden. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él; entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio…* (Mateo 12, 43-45.)

No te abandones a tus solas fuerzas, es decir, a tu propia debilidad.

Al lado de tu fragilidad pon el auxilio de lo alto. Que tus deficiencias humanas sean compensadas por un suplemento divino.



El hombre no es más que una caña. Pero introduce una barra de acero en el hueco de una caña, y tendrás que la caña participa de la resistencia del acero. Así debes tú poner tu naturaleza débil, bajo la salvaguardia del poder divino. Templa tu alma con la oración.

Imaginaban los antiguos que un hombre sumergido en la laguna Estigia se hacía invulnerable[1]. Lo que sólo era una fábula en el paganismo, es una realidad en el cristianismo.

El hombre sumergido en el río de la gracia y de la oración resistirá a los dardos del enemigo.

En cambio, ¿quién sale herido en el combate de la virtud?

El imprudente que no ha fortificado su alma con el auxilio de lo alto, que no se ha armado con la oración como con una coraza, o que poco a poco la ha descuidado.

¿Y por qué no ha orado más? Por falta de humildad. No ha entendido que *nunca es más grande el hombre que cuando está de rodillas*.

Muchas veces los pecados de impureza son consecuencia del pecado del orgullo.

Dios, al que es soberbio, le deja caer en los pecados más vergonzosos, como si le dijera: «Eras tú tan soberbio..., contempla la vergüenza de tu caída». Son los hombres orgullosos y soberbios, de que

[1] Aquiles, decían, fue de muy niño sumergido por su madre, y quedó invulnerable en todo menos en el talón, por donde le tuvo cogido.

habla San Pablo, que se desvanecieron en sus propios pensamientos y deshonraron sus propios cuerpos con toda clase de ignominias.

La presunción del espíritu es castigada con los extravíos de la carne. El que se creía un superhombre se envilece, poniéndose por debajo de los animales.

Nunca es más grande el hombre que cuando está de rodillas.



***

Orar durante la tentación es ponerse en contacto con Dios; es estar durante la batalla en comunicación con el Alto Estado Mayor, para que nos mande los refuerzos necesarios. Estos refuerzos, en el lenguaje teológico, se llaman gracias actuales.

Por la gracia habitual, Dios ha puesto una guarnición permanente en nosotros, y por las gracias actuales nos envía nuevos refuerzos de tropas.

Orar es unirse a la causa primera de la que reciben su eficacia todas las causas segundas.

Orar es no actuar de forma individualista, sino al contrario, poner a nuestro lado la más poderosa fuerza que existe.

¿Cuál es durante una guerra la principal preocupación de cada país?

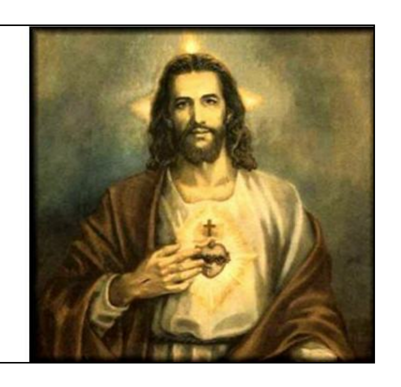
Ganarse aliados.

Obra así en la lucha de la castidad.

¡No permanezcas solo! Hazte por la oración con un incomparable aliado: ¡Dios!

Es el deseo tantas veces repetido por el sacerdote en la misa: *¡El Señor esté con vosotros!*

Hazte por la oración con un incomparable aliado: ¡Dios!



* * *

Por lo demás, la oración no te dispensará del combate, de la acción.

Hay que confiar en Dios, dice San Ignacio, como si todo dependiese de nosotros, y hay que trabajar, como si todo dependiese de Dios. (*Sent. escog*. II)

Ora y trabaja: *Ora et labora*.

Así como el calor se convierte en movimiento, así tu corazón, caldeado con la oración, y habiendo hecho provisión de calorías divinas, se entregará generosamente al trabajo.

* * *

Nuestra oración debe hacerse con seriedad. Que no sea un mero murmullo de labios, un rutinario pasar las cuentas del rosario, sino una elevación del alma.

No hay que imaginarse a Dios como un rey, con el que se cumple con sólo observar ciertas normas de urbanidad y cortesía, y con sólo pronunciar ciertas fórmulas.

Las oraciones vocales que vienen en ciertos libros de meditaciones no siempre vienen bien a todos, y ninguno se adaptan por completo.

Si un amigo mío viniera a felicitarme el día de mi Santo, y me leyese un texto tomado de un manual de urbanidad, yo le diría: «Amigo, cierra al punto ese libro. Dime algo propiamente tuyo. Tal vez no te salga la frase tan elevada y perfecta, pero por habrá salido de tu corazón, y no será un simple cumplimiento.

Con todo, si no te arreglas para orar sin el apoyo de algún texto, o de una oración vocal, puedes valerte de estos recursos. Será menos perfecto en sí, pero más vale eso que nada.

Escoge bien el libro que te ayude para hacer tu oración. No olvides que la mera oración del cristiano, la oración modelo, es el padrenuestro, ya que fue compuesto por el mismo Dios. Cuando se le preguntó:

Maestro, ¿cómo hemos de orar? Respondió: *Orad de esta manera: Padre nuestro*...

Al rezar el padrenuestro, insiste, sobre todo si te sientes tentado, en la petición final: no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal.

¡Sursum corda! ¡Arriba los corazones! Que la oración nos levante sobre las vulgaridades humanas.

El hombre para elevarse tiene dos alas: la oración y la pureza de corazón. Con estas alas volamos más alto que las estrellas, tan alto que alcanzamos a Dios. Por la oración nos comunicamos directamente con Dios.

* * *

Psichari, después de su conversión, había adoptado esta breve oración: «¡Señor, que yo sea lógico!»

¡Ahí está todo!

Cuando uno ha comprendido lo que es el amor de Jesucristo, lo que es el pecado mortal, que hay un cielo y un infierno, hay que ser lógico, hay que ser consecuente.

No basta conocer la verdad, hay que llevarla a la vida.

El día del Juicio no nos preguntará el Señor si hemos creído, sino si hemos sido consecuentes con nuestra fe. El que crea y obre en consecuencia se salvará.

Rechazad toda inmundicia y maldad, y recibid con docilidad la Palabra sembrada en vosotros, que es capaz de salvar vuestras almas. Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. (Santiago 1, 21). *¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: «Tengo fe», si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? ¡Oh, hombre vano, la fe sin las obras está muerta! ¿Tú crees que hay un solo Dios? Haces bien. También los demonios lo creen y tiemblan.... El hombre se justifica por las obras y no por la fe solamente... Como un cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin las obras está muerta.* (id. 2, 14...)

Concédeme, Señor, que mi fe vaya siempre acompañada por las obras.

Si no me siento con decisión tan generosa, procuraré al menos, como diría San Ignacio, querer, y tener el deseo del deseo...

¿De qué sirve que alguien diga «tengo fe», si no tiene obras?



5.º arma: la devoción a la Santísima Virgen.

María es el modelo insuperable de pureza.

No es solamente Virgen: es la Santísima Virgen, la Virgen de las Vírgenes, la Inmaculada.

Las letanías, al enumerar las joyas de su corona mística, ponen especial empeño en hacer resaltar una por una las perlas de su pureza:

Madre purísima...

Madre castísima...

Madre inmaculada...

Madre sin corrupción...

Reina de los ángeles...

Reina de las vírgenes...

Reina concebida sin pecado...

Ella es la torre de marfil, de materia limpia y blanca. Ella es la torre fuerte de la que penden mil escudos, los escudos de los valientes...

* * *

¿Has manchado tu alma? Dile a la Virgen:

¡Estrella matutina, ruega por nosotros!

¡Salud de los enfermos, ruega por nosotros!

¡Refugio de los pecadores, ruega por nosotros!



Refugio de los pecadores.
Ruega por nosotros.

¡Cuántos han sido castos gracias a Ella! Veamos un ejemplo:

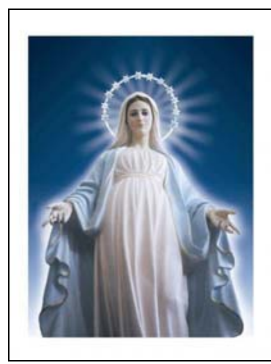
Un joven fue a confesarse y le expuso al sacerdote el triste estado de su alma. Había contraído los más viciosos hábitos, y le declaró que a pesar de los buenos deseos que tenía de cambiar de vida, no se sentía con el ánimo suficiente para romper con sus malos hábitos. «Ha de ser obra de la gracia, —le dijo el Padre—. Lo único que te pido es que vuelvas a mí después de cada caída, por muy vergonzosa que sea; yo te recibiré siempre con alegría».

El joven, alentado por el Padre, volvía muchas veces, recibía la absolución y comulgaba; pero la enmienda no se vislumbraba nunca. Un día, en fin, en que el joven se acusaba de las mismas faltas, le dice el Padre: «Hijo, por el bien de tu alma, quiero darte a la Santísima Virgen como reina y madre... Si la aceptas, y te muestras su servidor e hijo suyo, confío que ella te dará los auxilios necesarios para que escapes del demonio. Como señal de que aceptas, haz lo siguiente: por la mañana, al levantarte, reza un Ave María en honor a su virginidad sin mancha, y después añade: «¡Oh, Reina y Madre mía, yo me ofrezco del todo a Ti, y en prueba de mi filial afecto te consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón; en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo tuyo, oh Madre de bondad, guárdame y defiéndeme como cosa y posesión tuya!» Esa misma oración la repetirás por la noche. Y si durante el día o la noche te sientes tentado, dirás al punto: «¡Oh María, Madre mía, acuérdate que soy todo tuyo, guárdame y defiéndeme como cosa y posesión tuya!»

El joven, contento de encontrar para sus males un remedio tan fácil, se le prometió al Padre que así lo haría, y aquella misma tarde cumplió su promesa. Algunos días después, el joven tuvo que irse a vivir con su familia a otra ciudad.

Cuatro años más tarde el joven volvió y se confesó de nuevo con el mismo sacerdote. «Me parecía, —decía el Padre— estar oyendo la confesión de un santo. Asombrado de cambio tan maravilloso, le pregunté

cómo se había obrado semejante prodigio: Padre, —me dijo—, debo mi conversión a la breve oración que me enseñó. Nunca dejo de rezarla cada mañana y cada noche, y cuando se presenta la tentación invoco el socorro de María, según su consejo, y gracias a ella no he sucumbido jamás».



Gracias a ella,
no he sucumbido
jamás.

6.ª arma: la idea-fuerza

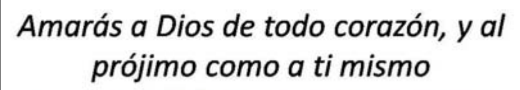
Una idea o principio noble en un hombre es como el pie de hierro que los escultores ponen dentro de una estatua para sostenerla. Es su armadura interna.

Sólo se requieren unas pocas ideas. Cuando vamos avanzando en edad, la vida espiritual se simplifica y se va reduciendo todo a algunos principios esenciales. Los genios no han tenido, muchas veces, más que unos pocos principios, pero fecundos, de donde parten todas sus ideas y actos. La Creación es el acto único de un pensamiento divino, de uno solo, pero infinitamente fecundo.

Los santos fueron muchas veces hombres de una sola idea, de una sola máxima.

No sobrecargues tu vida espiritual con muchas cosas. No distraigas tus fuerzas. Los fariseos hacían insoportable la vida religiosa al sobrecargarla con innumerables y menudas observancias.. Jesús la simplificaba, reduciéndola a algunos principios capitales, que son espíritu y vida.

«Toda la Ley, decía, y todos los profetas se resumen en estos dos preceptos: Amarás a Dios de todo corazón, y al prójimo como a ti mismo»,





¡Qué riqueza de aplicaciones prácticas encierran estas dos reglas tan sencillas y tan fáciles de entender!

San Ignacio se ajusta muy bien a este espíritu del Evangelio, tal como declara en la segunda anotación que precede a los Ejercicios. El alimento espiritual de un alma se basa sólo en algunas verdades sustanciales: «No el mucho saber harta y satisface al ánima, más el sentir y gustar de las cosas internamente».

No es la abundancia lo que harta... Lo que aprovecha es escoger un buen alimento; a veces basta uno solo.

Escoge una verdad y renuncia a la afición de querer gustar de todas. Tomar un poco de todo es tomar de todo nada.

Esto es muy importante, sobre todo a la hora de las grandes tentaciones. Dos consejos de San Ignacio para estos momentos críticos:

I.° «... no hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba antes». Ejerc. Espirituales, n. (318)

Cuando veías claro, escogiste tal camino; no cambies de parecer ahora que hay oscuridad en ti, y es noche cerrada en el alma. No te metas por caminos desconocidos cuando la tempestad arrecia y te envuelve la oscuridad. En la tentación no te pongas a polemizar, sino persevera en los buenos propósitos que tenías; ahora no ves, y antes veías.

2.° En la tempestad hay que acordarse de la calma que vendrá, y en la calma hay que acordarse de la tempestad (*Ib*. n. 320 y 321). Es un principio de prudencia elemental no dejarse sorprender sino estar prevenido por la tentación. ¿Dejarás el momento de fabricar municiones,

construir arsenales y equipar soldados, para cuando el enemigo esté ya atravesando la frontera de tu país?

Cuando la tentación arrecia, cuando no se trata solamente de una escaramuza, sino de un asalto general, en que el enemigo ataca con todas sus fuerzas, no es hora de de andar haciendo muchas y largas consideraciones. No; te debe bastar un solo principio, breve, rápido.

¿Cuál?

No lo sé. Depende de cada uno. Cada cual tiene su idea favorita, un principio que le llega más y le haga reaccionar, a él, en ese momento.

Las ideas-fuerzas más eficaces generalmente serán las verdades eternas del Evangelio[1]. San Ignacio deseaba que el amor puro de Dios fuese el único móvil de la acción en las almas generosas, y estuvo mucho tiempo dudando si impondría reglas en su Orden.

Pues bien, el mismo San Ignacio, conocedor de la debilidad humana, piensa que una de las cosas que más ayudan al hombre en esos momentos es el santo temor, incluso el temor de las penas del infierno.

«Dado que sobre todo se ha de estimar el mucho servir a Dios, nuestro Señor, por puro amor, debemos alabar el temor de la su divina majestad; porque no solamente el temor filial es cosa pía y santísima, mas aun el temor servil, donde otra cosa mejor o más útil el hombre no alcance, ayuda mucho para salir del pecado mortal; y salido, fácilmente viene el temor filial, que es todo acepto y grato a Dios nuestro Señor, por estar en uno con el amor divino». (*Ejerc. Espir*., número 370)

He aquí cómo se expresa en su meditación del infierno: «El segundo preámbulo es demandar lo que quiero: será pedir interno sentimiento de la pena que padecen los condenados, para que si por mis faltas me olvidare del amor del Señor eterno, a lo menos el temor de las penas me ayude para no caer en pecado».

Otro dogma imponente: el Juicio. «Consideraré cómo me hallaré el día del Juicio; y la regla que entonces querría haber seguido, ésa seguiré ahora». (*Ejerc. Espirituales*, n. 187 y 341)

La impureza, vicio que ama la oscuridad, se verá descubierta en el Juicio final, tal como nos dice nuestro Señor: «No hay nada encubierto

---

[1] «Estoy cada vez más espantado de ver que los hombres siguen viviendo tranquilamente, sin inquietarse, sonrientes y satisfechos, sin pensar jamás en los abismos que nos rodean» (Diario de un convertido, por Pierre Van der Meer de Walcherem).

que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse». (Mateo 10, 26.)

Pedir interno sentimiento de la pena que padecen los condenados



¿Quieres ahorrarte la vergüenza del Juicio y las penas del infierno? No peques. Considera con San Ignacio cuán ridículamente insolente es el pecado. «Consideraré quién soy yo, disminuyéndome, por ejemplos: primero, cuánto soy yo en comparación de todos los hombres; segundo, qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del Paraíso; tercero, mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios. Pues yo solo, ¿qué puedo ser?» (*Ejercicios Espirituales*, n. 58)

Volvamos muchas veces sobre lo que constituye el «principio y fundamento» de los Ejercicios: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor, y mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas que están sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado». Y San Ignacio, siempre implacablemente lógico, añade: «De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de las criaturas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe apartarse de ellas, cuanto para ello le impiden.»



¿Queremos obrar bien? Preguntémonos qué consejo daríamos a otro. «Me representaré un hombre, a quien nunca he visto ni conocido, y deseándole yo toda su perfección, consideraré lo que yo le diría que hiciese y eligiese... y haciendo yo de la misma manera, guardaré la regla que para el otro pongo» (*Ejerc. Espir*., n. 185). El mismo principio se repite casi con las mismas palabras en la 1.ª regla para distribuir limosnas.

Estas palabras están sacadas del capítulo de la Elección. He aquí todavía otros principios dados por San Ignacio para ayudarnos a elegir sabiamente:

«Consideraré razonando cuántas ventajas o provechos se me siguen de la aceptación... para la salud de mi ánima; y, por el contrario, consideraré asimismo los inconvenientes y peligros. Luego consideraré las ventajas y provechos que hay en no aceptar; y asimismo, por el contrario, los inconvenientes y peligros en no aceptar... Después que así he discurrido y raciocinado a todas partes sobre la cosa propuesta, miraré adónde más la razón se inclina, y así según la mayor moción racional, y no moción alguna sensual, se debe hacer deliberación sobre la cosa propuesta» (*Ejerc. Espir.* n. 181 y 182).

Sigue el método de San Ignacio; cuando estés dudando de optar por la impureza en vez de la pureza. Sobre la impureza pon en dos columnas los pros y los contras. En la columna del pro no puedes poner nada, a no ser que tengas en algo el insaciable placer de la pasión, un breve gozo del que tendrás que dolerte en este mundo o en el otro.

En la columna del contra anota todo lo que pierdes: la amistad de Dios, la estima de los hombres, tu alegría, tu paz, y tal vez tu fe, porque el lujurioso siempre anda buscando pretextos contra una religión que le estorba.

Las cosas, claras. Si tantos jóvenes se alejan de la Iglesia, no es debido al Símbolo de los Apóstoles, sino a los diez mandamientos, o más exactamente, al sexto y al noveno.

Si tantos jóvenes se alejan de la Iglesia, no es debido al Símbolo de los Apóstoles, sino a los diez mandamientos, sobre todo al sexto.



Ej: Enrique VIII

Ahora están a punto los elementos para hacer el balance; compara las dos columnas: la de las ventajas y la de las desventajas.

Pero de todas las ideas-fuerzas la más eficaz, sin duda, será siempre la de la muerte. «Consideraré como estuviese en el artículo de la muerte, la forma y medida que entonces querría haber tenido... y regulándome por aquélla, haré en todo mi determinación» (*Ejerc.* n. 186). Los términos de San Ignacio apenas varían, cuando más tarde repite: «Quiero considerar como si estuviese en el artículo de la muerte, la forma y medida que entonces querría haber tenido... y regulándome por aquélla, guardarla en los actos de la mi distribución» (*Ib*. n. 340).

No te expongas al riesgo formidable de una muerte repentina. ¡A cuántos se les ha encontrado muertos en el lecho por la mañana!

Jesucristo nos ha prevenido: «Vendré como un ladrón». Un ladrón no tiene, que yo sepa, la costumbre de enviar tarjeta para decir el día y la hora en que se presentará. El Señor nos advierte rotundamente: Yo también he de venir de improviso, como el que de noche abre brecha en la pared. ¡Qué hora más terrible para quien sea sorprendido por Dios llevando una mala vida!

Y muramos de repente o no, de todas maneras hemos de morir: tú, yo, todos. ¿Cuándo? Tal vez este año; tal vez dentro de cincuenta años. ¡Y cincuenta años es mañana!...[1]

Cuando nos hallemos en el lecho de muerte, ¿cómo querríamos haber vívido...?



Muerte de San Francisco Javier

Pues bien, cuando nos hallemos en el lecho de muerte, ¿cómo querríamos haber vívido? ¿Mirando a esta vida que se acaba o a la eternidad que está a punto de empezar? No lo dejes para entonces, vive desde ahora lo que te gustaría haber vivido.

[1] Porque como en los días que precedieron al diluvio, comían, bebían, tomaban mujer o marido, hasta el día en que entró Noé en el arca, y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrastró a todos, así será también la venida del Hijo del hombre. (Mateo 24, 38)

Ese era el gran principio de San Luis Gonzaga, patrón de la juventud: *¿Qué tiene que ver esto con la eternidad?* Este era también la idea-fuerza de Tomás Moro, canciller de Inglaterra, cuando fue amenazado de muerte por Enrique VIII, si rehusaba reconocerle como jefe de la Iglesia anglicana. No tuvo que pensárselo mucho Tomás Moro para decidirse: «¿Cuántos años puedo yo vivir todavía? A lo sumo veinte. ¿Y voy a arriesgar la eternidad por veinte años? Si se tratara de veinte mil años, mi locura tendría al menos alguna apariencia y pretexto; y, sin embargo, sería yo un insensato, porque sería absurdo sacrificar la eternidad por veinte mil años». Por supuesto que fue ejecutado. Consintió en perder esta vida por no perder la vida eterna.

Joven que te sientes languidecer ante el encanto del pecado impuro, ¿vas a exponer tu eternidad, no ya por veinte años, sino por unos pocos segundos de placer?

* * *

Muchos hombres no abren sus ojos más que una sola vez. Sí, en el momento de morir. ¡Con qué claridad se ve en ese momento!

Desde que el mundo es mundo no ha existido jamás un hombre que en aquel instante supremo se haya arrepentido de haber sido bueno y generoso. Y millones de hombres han deplorado el no haberlo sido.

Todos vienen a parar a la misma conclusión: lo único que vale es la eternidad. ¡Hay que trabajar por lo eterno!

Tú mismo vendrás a parar a esta conclusión. Y si ya lo sabes, ¿para qué vivir de una manera que estás seguro que has de lamentar al fin? ¿Por qué dejar lo más importante para el final?

La muerte se ha de llevar todas las vanidades humanas. En ese momento, ¿qué valor darás a las fiestas, diversiones y modas?

7.ª arma: el examen particular

Durante una guerra hay que ir señalando en los mapas cada día los cambios que han ocurrido: las posiciones perdidas y recobradas..., el terreno abandonado, el terreno ganado...

Eso es el examen de conciencia.

Nos alegramos cuando notamos avances en la virtud; nos entristecemos cuando somos derrotados.

Dejemos por ahora lo que se refiere al examen de conciencia *general*, e indiquemos el modo de hacer el examen *particular*, tal como lo concibe San Ignacio, que contiene tres tiempos y se repite dos veces al día.

El primer tiempo es al momento de levantarse por la mañana. La persona se propone guardarse con diligencia de aquel pecado particular o defecto que se quiere corregir o enmendar.

El segundo tiempo es al mediodía, alrededor del almuerzo... Acordarse cuántas veces ha caído en aquel pecado particular y defecto…, recorriendo las diversas horas o tiempos, desde levantarse hasta la hora del examen… y después se marcarán tantos puntos cuantas veces haya caído en aquel pecado particular o defecto.

El tercer tiempo es por la noche, alrededor de la cena. Se hará el segundo examen… y se señalarán tantos puntos cuantas veces ha incurrido en el pecado o defecto particular.

Cada vez que se cae en aquel pecado o defecto particular, dolerse de haber caído. Conviene examinar si ha habido adelanto de la mañana a la tarde, de un día a otro, y de una semana a la siguiente. Las notas pueden hacerse en un cuadernillo. Para el examen, a mediodía y a la noche, pueden bastar de cinco a 15 minutos.

El examen particular es una disciplina de vida. Lo que pretende es evitar dispersar nuestras fuerzas al tratar de lograr muchos objetivos al mismo tiempo. Y así trata de concentrar todo el esfuerzo en un punto, en una virtud determinada, que conviene mucho asegurar.



Examen particular, para concentrar todo el esfuerzo en una virtud determinada...

Ayuda tanto a fortalecer nuestra voluntad como a mejorar nuestra efectividad. Todos los pensamientos y sentimientos se orientan hacia un fin determinado, a una gran idea directriz. La persona se *unifica*.

Este concentrar todas las fuerzas en un punto especial, obedece a un plan estratégico. Aunque haya que mantener un dilatado frente de batalla, es preciso acumular las reservas en el punto flaco donde el enemigo puede abrir brecha, o si fuere posible, en el punto donde se pudiese emprender una ofensiva que nos lleve a la victoria.

Mantener todo el frente es lo que en la vida ascética corresponde al examen de conciencia general.

Asegurar fuertemente el punto débil, o emprender una ofensiva bien localizada, es lo que corresponde al examen particular.

El examen particular debe ser verdaderamente particular, dirigirse a conseguir algo concreto y práctico: evitar al amistad perniciosa, tal lectura, vencer tal defecto[1], etc. San Ignacio tenía horror a los propósitos indecisos, poco concretos, y quería que al tomar una resolución se señalasen de modo concreto los pequeños detalles, aun los más menudos.

* * *

Se presenta una dificultad: «especializarse» de ese modo, es, sí, una fuerza; pero ¿no es también una debilidad? ¿No es empequeñecer la virtud y reducirla a una pequeña parte?

No, porque al lado del examen particular está el examen general.

No, porque la voluntad, templada con esta lucha, se hace aguerrida para los otros combates, y la fortaleza adquirida se puede aplicar a lograr otras virtudes o buenos propósitos.

No, porque en realidad y de hecho la virtud que se persigue más particularmente, no puede aislarse de las otras. Todo esfuerzo por lograr una virtud determinada, repercute beneficiosamente sobre las otras. La experiencia enseña que en las cosas del espíritu, envenenar o sanar un solo punto es envenenar o sanar todo lo demás. Un tóxico o una vacuna introducidos en la sangre son llevados a todo el torrente circulatorio. La inflamación de un nervio tiene repercusión en todo el sistema nervioso.

8.ª arma: la mortificación

Eres tentado por el cuerpo, pues castígate en el cuerpo. Otro principio muy ignaciano: llevar la contraria, *agere contra*; lo que en términos de guerra se traduciría en hacer un contraataque, una contraofensiva.

---

[1] Sobre todo que hay que combatir las faltas reales, Mgr. de Ségur dice con gracia: «Los que dejan en paz sus verdaderos defectos, para combatir a poca costa las faltas que no tienen, se parecen a Sancho Panza, que una noche azotaba con toda su alma, no su espalda, sino la corteza de un poderoso alcornoque que estaba al lado. El pobre Don Quijote, que de lejos oía los golpes, lloraba de compasión:»

Agere contra: contraatacar, hacer lo contrario a lo que el enemigo induce...



Véase cómo termina San Ignacio la segunda semana de los Ejercicios: «Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto más saliere de su propio amor, querer e interés.»

Halagar al cuerpo es halagar al esclavo. Acaba rebelándose. Estas rebeliones deben prevenirse con energía mediante la penitencia, pero es de advertir que «cuando quitamos lo superfluo, no es penitencia, sino temperancia. Hay penitencia, cuando quitamos de lo conveniente, y cuanto más y más se quita, mayor y mejor es la penitencia, con tal que no se pierdan las fuerzas ni se siga enfermedad notable». (San Ignacio, *Ejer. Espir*. n. 82).

«No se llega a la victoria cediendo a las pasiones, sino resistiéndolas» (*La Imitación de Cristo*).

La enfermedad de que ahora tratamos, la impureza, no se cura con remedios a dosis homeopáticas, sino a grandes dosis. El verdadero remedio es la mortificación, un remedio muy amargo pero enormemente fortificante.

La mortificación es la garantía de la castidad, mientras dejarse llevar de la sensualidad es lo más «contraindicado». La vida de lujo y de placer deja al joven sin defensas contra los atractivos y seducciones que acechan su pureza... El que se permite verlo todo, oírlo todo, leerlo todo, comer de todo… fácilmente sucumbirá.

Se lamenta la sociedad de que la castidad es imposible, mientras se promueve todo aquello que le hará naufragar.

El joven inmortificado, que no está entrenado para el esfuerzo, es casi imposible que pueda mantenerse puro. El que está enervado por los

placeres, saturado de dulces y manjares, fácilmente se justificará diciendo: «mi cuerpo no está hecho para la abnegación».

Es lo contrario del joven exigente consigo mismo y habituado al sacrificio, al trabajo duro, a la sobriedad, al dominio de los sentidos.

Un corazón generoso halla fácilmente ocasiones para vencerse a sí mismo. Y así, cuando siente las turbaciones rebeldes de la carne, las doblega con algún dolor, haciendo deporte sin tener ganas o pasando voluntariamente alguna incomodidad... Por ejemplo: no defendiéndose cuando podría hacerlo; teniendo paciencia con un hermano o amigo impertinente; estudiando una materia desagradable; absteniéndose de una lectura agradable; no dejándose llevar de la curiosidad; no bebiendo cuando se tiene sed o aguardando un poco para hacerlo; o privándose de algo rico en la mesa. Esta privación de algún alimento o postre no se refiere tanto a la cantidad, lo que podría traer inconvenientes en la época del crecimiento, sino a la calidad. No te morirás por tomar un alimento no bien condimentado, un café con poco azúcar, o por comer la naranja más pequeña.

Aprende a no quejarte del clima; a permanecer algún rato sin recostarte en la silla; a estudiar sin apoyar los codos. Y si quiénes ir más lejos, reza por la noche una o dos decenas del rosario de rodillas, con los brazos en cruz.



Un corazón generoso halla fácilmente ocasiones para vencerse a sí mismo.

No pienses que exagero, no creas que no necesitas tanta mortificación.

¿Crees tú que sólo el monje y el cartujo tienen que guardar la castidad? Es más difícil guardarla en el mundo que en un convento, y un medio eficaz para fortalecer la voluntad y doblegar el cuerpo es saber imponerse algún sacrificio.

¿No té ha llamado la atención el ver que todos los santos, sin excepción, han sido implacables consigo mismos?

Fíjate en San Pablo:

Castigo a mi cuerpo y lo someto a servidumbre (1 Cor. 9, 27). *Llevo en mi cuerpo los estigmas de Jesucristo, suplo en mí lo que falta a su Pasión; estoy crucificado con Él; yo no predico, si no a Jesucristo crucificado.*



Castigo a mi cuerpo y lo someto a servidumbre

Haz caso sobre todo a las enseñanzas del mismo Salvador: *El reino de los cielos padece violencia y los violentos lo arrebatan* (Mateo 17,47). *«Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición…* (Mateo 7,13). *El que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío* (Lucas 14,33). *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mateo 16,24).

Nota la expresión «a sí mismo». La verdadera mortificación debe estar en nosotros; no consiste en sacrificar un manjar, una golosina, un poco de dinero. Todo esto está fuera de nosotros. Somos nosotros los que hemos de ser inmolados. Lo ha dicho muy bien San Gregorio Magno, comentando aquellas palabras de Jesucristo: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*. «Antes se decía que debemos renunciar a lo que tenemos; ahora se nos dice que debemos renunciar a nosotros mismos. Tal vez no le resulte al hombre muy difícil renunciar a sus bienes; mucho más difícil es negarse a sí mismo. No es gran cosa dejar lo que se tiene; mucho más costoso dejar lo que se es».

Dios nunca aconseja lo negativo por lo negativo. Lo que se llama «mortificación», en realidad es algo positivo y liberador. No vamos en busca del sufrimiento por el sufrimiento, sino porque es medio para obtener un fin superior[1]. La mortificación purifica el alma, fortalece nuestra

[1] San Ignacio, *Ejerc. Espir*., n. 87: «Las penitencias exteriores principalmente se hacen por tres motivos: 1.°, para reparar los pecados

voluntad, es una forma práctica de amar a Dios, una forma de imitar a Jesucristo. Es lo contrario de lo que sugiere la pasión.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.



El cobarde huye de la mortificación. El generoso escoge el camino más estrecho y más arduo porque lo siguió Jesucristo. Sigue así el consejo de San Ignacio sobre los «tres grados de humildad»: «La tercera manera de humildad es la más perfecta…, y siendo igual alabanza y gloria, de la divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo, nuestro Señor, quiere y elige más pobreza con Cristo pobre, que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores».

No un ideal demasiado elevado para la pobre naturaleza humana. Muchos religiosos y laicos lo han vivido y lo están viviendo.

Si andas dudando entre dos caminos, estate seguro que el que hay que seguir es el mas penoso. «Conviene siempre hacer lo que se teme hacer. Entre dos caminos ante los cuales se duda, conviene elegir el que nos hace retroceder. El miedo es señal del deber» (Charles de Foucauld).

Escojamos por amor a Jesucristo lo más áspero y mortificante. Desconfiemos de nuestra naturaleza humana, que fácilmente nos traiciona. Estemos prestos a vencer la molicie, enemiga del alma. Si no puedes sentir gozo en el sufrir, sufre al menos sin quejarte. Acostúmbrate a no quejarte de nada.

9.ª arma: la modestia

La modestia no es la pureza; pero es su salvaguardia y defensa. La modestia y el pudor son las murallas que protegen la pureza interior.

---

pasados; 2.°, para vencerse a sí mismo, es, a saber, que la sensualidad obedezca a la razón y todas las partes inferiores estén más sujetas a las superiores; 3.°, para obtener de Dios alguna gracia que la persona quiere y desea, por ejemplo, la solución de alguna duda.



«La modestia protege la castidad, como las hojas protegen el fruto» (San Gregorio Nazianceno).

Vive la modestia sobre todo en tu forma de mirar, de vestir y de divertirte. En la mirada porque la muerte entra por las ventanas del alma, que son los ojos. Ya te percatas de cuánta desfachatez y falta de pudor se da hoy en la forma de vestir, y en tantos espectáculos y diversiones.

10.ª arma: la promesa

A bastantes les puede ayudar hacer un voto o promesa por un tiempo determinado o por un solo día, y aun sólo para una ocasión con el fin de salvaguardar su pureza.

Esta medida radical, que no se ha de tomar sin antes consultar al director espiritual, se suele hacer para evitar o cortar con una determinada ocasión de pecado que pudiera dañar su pureza.

El joven se prohíbe a sí mismo en concreto una ocasión peligrosa o una cosa concreta que sabe que le puede llevar al pecado. De esta forma, a la prohibición de los mandamientos, se añade la prohibición personal libremente contraída.

11.ª arma: el ejercicio de la presencia de Dios

Pon en práctica esta idea: «Dios me ve».

Algunas veces nos hemos sentido bajo miradas que llegan al alma: miradas penetrantes, agudas, alentadoras, de reprensión, miradas abrumadoras..., amables…

Sí, era un amigo, muy cerca de mí, que de tal modo me miraba...

Sí, estaba allí, muy cerca de mí, mi padre, mi madre, y fijaba sus ojos en mí de tal manera…

Pues bien, ahí está Dios, no lejos, retirado en el fondo del firmamento; sino muy cerca, a mi lado, dentro de mí…

«No está lejos de cada uno de nosotros», decía San Pablo en el Areópago.

Él te ve.

Dios me ve



Y mientras Él te está viendo así, ¿te entregarás tú a la lujuria?

Dijeron los pecadores: «No lo ve el Señor;
El Dios de Jacob no se da cuenta.»
Entended, insensatos del pueblo:
Y vosotros, necios, sed alguna vez cuerdos,
El que formó los ojos, ¿no ha de ver?
Yahveh, conoce los pensamientos del hombre.
(Salmo 94).

12. ª arma: el recurso a lo concreto

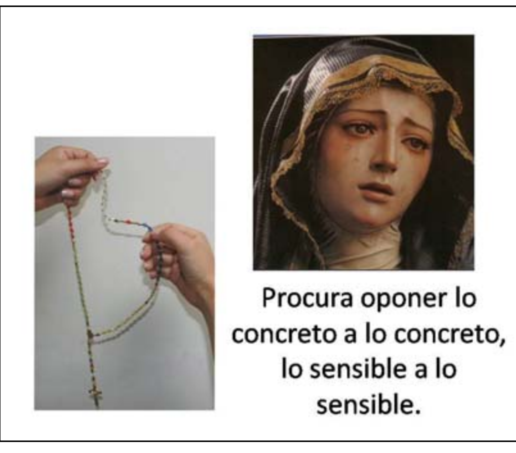
En las tentaciones toma en la mano un crucifijo, una medalla o un escapulario. Esto no sólo te ayudará a resistir, sino que, si más tarde te vienen dudas de si consentiste, te servirá de prueba de que no lo hiciste, al menos plenamente, no con una evidencia absoluta, pero al menos con una fundada probabilidad. Porque es natural que quien consiente en el mal, no lo ha de hacer apretando con cariño un objeto piadoso.

Ten junto a ti una imagen, por ejemplo, de Cristo crucificado o de la Virgen María.

¿Y por qué hemos de servirnos de estos objetos e imágenes?

La tentación de impureza es eminentemente sensible: invade tu memoria, tu imaginación, todo tu ser. Si quieres vencerla, no te contentes con evocar la idea del deber contra el pecado de la carne. Esto es oponer lo abstracto a lo concreto, el pensamiento a las sensaciones. Procura oponer lo concreto a lo concreto, lo sensible a lo sensible. Vete pasando

tu rosario, lo cual no es solamente un concepto, sino una acción, una oración.



Haz la señal de la cruz, y mejor todavía con agua bendita. Esto también no es solamente la razón que razona, sino un gesto de protesta exterior, y un gesto vencedor, del que San Antonio afirmaba, y por experiencia, que hacía huir al demonio. Es bien sencillo hacer la señal de la cruz. Pues *con este signo vencerás.*

A falta de algo concreto, de objetos piadosos, recurre a alguna cosa o acción concreta, aunque sea profana, que te sirva de distracción.

¿Estás en lo más crítico de la tentación? Vete a conversar con alguien, recorre un álbum interesante, lee, cambia de lugar, pasea si puedes, canta, ocúpate en un pensamiento que te entusiasme, u ocúpate en preparar una broma, ¿por qué no? Lo prueba la experiencia: basta muchas veces «cortar» así la tentación, para que no vuelva más.

13.ª arma: ten un comportamiento noble

Una conducta noble puede muy bien ser un don natural, y como tal, no una virtud. Entre un don natural y una virtud sobrenatural existe una distinción esencial.

Al hombre vulgar le gusta lo vulgar, sea lo que fuere, sobre todo en sus diversiones.

No estamos hechos de compartimentos estancos. El que se acostumbra a lo vulgar, acaba siendo una persona vulgar.

Viceversa, el que se acostumbra a obrar noblemente, a aspirar a las cosas de arriba, a las cosas dignas, nobles y hermosas, acaba teniendo un corazón noble.

Así como Miguel Ángel, pintando los frescos del Vaticano, de tal modo se había acostumbrado a levantar los ojos, que no podía ya, según se dice, mirar hacia abajo, así el joven acostumbrado a contemplar las cosas elevadas, será menos tentado a bajar los ojos a las groserías del vicio. Podrá equivocarse alguna vez, pero serán pasos equivocados en las cumbres o en caminos espaciosos; pero no caídas en los cenagales del pecado.

Acostúmbrate a las cosas grandes, a gozar de lo bello. Toma la divisa de San Ignacio: «Insignis», sé noble. De esta forma entenderás por experiencia que la vida sin la virtud es una pobre vida, una vida disminuida; que el hombre no es un espíritu puro, es verdad, pero que tiene espíritu, que no es simplemente un animal.

**Sé noble:
acostúmbrate
a mirar hacia arriba,
a los grandes ideales,
a gozar de lo bello.**



***

Nada hay más opuesto al ideal que la impureza. El ideal consiste en tender a lo alto. El vicio consiste en tender a lo bajo.

El primero es una cima. El segundo es un revolcadero.

La vida es para subir y no para bajar. Ser impuro es descender.

El vicio es una grosera bajeza, una grosera cobardía. ¡Y eso es todo!

El ideal se ahoga en la impureza, como una antorcha en el barro.

Sólo los puros de corazón son los verdaderos entusiastas de la vida. San Pablo nos lo recuerda: «Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra.» (Colos. 3, 2)

Sé noble: noble en tus gustos, en tus lecturas, en tus preocupaciones intelectuales y en tus aficiones, hasta en la elección de tus amigos; y me atrevería a, decir en tu hablar, en tu manera de vestir, en el adorno de tu habitación, ya que el hombre depende mucho de su comportamiento.

Te hallas en la edad en que es preciso tomar partido y encauzar la vida. Algunos la encauzan por lo vil y rastrero. Encáuzala tú por lo bello, por lo noble, y por lo más excelso, que es Dios.

* * *

No temas aspirar a un gran ideal.

No creas que tener un gran ideal es vivir fuera de la realidad. Escucha: lo ideal es más verdadero que la realidad, ya que es la realidad purificada de todo lo que la mengua. Es el ser sin defectos, del todo bello, porque es todo completo.

«Lo ideal es esencialmente verdadero. No presenta ninguna contradicción, se ajusta en todo a la naturaleza en su plenitud. Por eso cuando te encuentras frente a un verdadero hombre, un ser de carne y hueso como todos, pero al que admiras, exclamas: '¡He aquí un hombre! Éste es de veras un hombre'. También los otros son hombres; pero tienes razón, el que se acerca al ideal es un hombre más verdadero. Y hay un ideal o modelo de joven, de muchacha, de padre de familia, de madre, de magistrado, de político, etc.; y cuanto más los seres concretos se acercan a ese ideal, tanto son más verdaderos magistrados, verdaderos padres, etc., por la sencillísima razón de que la verdad de un ser está en su conformidad con su modelo. El ideal no es solamente la verdad, sino la verdad en su grado máximo, la verdad-límite hacia el cual tiende el ser en su verdadero desarrollo.» (P. Eymieu, *Études*)

Lo ideal es esencialmente verdadero.

¡Aquí tenéis al hombre!



4.ª arma: las obras de caridad y los círculos de estudios

Entrégate a los demás en tu familia, con tus compañeros... No hace falta para ello que te vayas muy lejos. Invitar a dar un paseo a un compañero que no tiene amigos; ayuda a un compañero de clase que anda atrasado; alegra la vida a un amigo que está triste...

Entra en una conferencia de San Vicente de Paúl, de esta forma podrás dedicar parte de tu tiempo a ayudar a los pobres y enfermos, y según el hermoso pensamiento del que las fundó, Ozanam, pondrás «tu castidad al abrigo de tu caridad».

Todo lo que se da a las obras de caridad se quita a la concupiscencia.

Piensa además que la pobreza temporal ni es la única ni la mayor. No de sólo pan vive el hombre. El más pobre es el que no tiene fe, el que no conoce a Dios. Haz apostolado.

Todo lo que se da a las obras de caridad se quita a la concupiscencia.



La limosna no consiste sólo en dar dinero. Hay limosnas de bondad, de sonrisas, de buenos consejos, de consuelos a los enfermos…

En fin, aun cuando tus obras no hicieran bien alguno a los otros, te lo harían a ti mismo. El que enseña, aprende. El que predica, se predica a sí mismo. El es el primer beneficiario de su charla, y por decirlo así, su primer oyente. El que recomienda a los otros una cosa, por una especie de pundonor profesional, trata de vivir lo que dice.

Las obras de caridad te enseñarán a sacrificarte. El sufrimiento no te ha de faltar. Tendrás que gastar tu tiempo, tu dinero, tu propia persona. Además, para ahorrarte muchas sorpresas, estate convencido de que toda obra humana es fecunda en miserias humanas: malas interpretaciones, suspicacias, roces, envidias y, sobre todo, ingratitud. Son pequeñeces, pero abundan en las grandes empresas. El apocado, al ver todo esto, se desanima. El generoso, sin mirar al reconocimiento y a la recompensa de los hombres, trabaja con desinterés solamente por Dios, que «es fiel» como dice San Pablo. Si te desvives por que te lo agradezcan los hombres... te compadezco

Toda gran obra requiere mucho sacrificio. Se valora una cosa en proporción a lo que ha costado; al paso que se mira con indiferencia una cosa en la que no se ha trabajado personalmente. Por ejemplo, si a un joven se le pagan unos ejercicios espirituales, los aprecia mucho menos que si él ha contribuido con su propio dinero, siquiera con una parte.

Dedica tu tiempo a una causa hermosa. Ama lo de arriba para no amar lo de abajo. De esta forma tu juventud se habrá empleado en algo que merezca la pena, y tendrás la esperanza de que también lo será toda tu vida.

No malgastes tu juventud en algo que no vale nada o en algo de lo que más tarde te tengas que avergonzar.

Las obras de caridad te impedirán que te hagas un egoísta. Que de tu vida se pueda decir algo hermoso.

Hay quienes han dejado un nombre,

Y se pueden celebrar sus alabanzas.

Hay otros de los que no queda memoria;

Perecieron como si no hubieran existido,

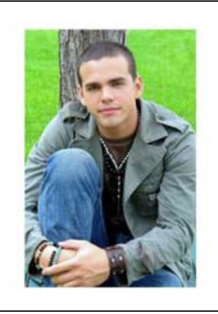
Y nacieron como si no hubieran nacido.

(Eclesiástico, 44, 8)

No «vegetes», sino vive la vida verdaderamente. No te contentes con una apariencia de vida.

Observa bien que la cuestión no es que hagas alguna cosa, sino si estás haciendo *todo lo que puedes*.

El hombre ignora las tres cuartas partes de sus recursos, y muere sin haberlos empleado. Se nos puede comparar a los labradores que vivieran de una hectárea de cultivo y dejasen baldías quinientas hectáreas a su alrededor.



¿Estás haciendo todo lo que puedes?

La mayoría de los hombres ponen los límites de su actividad por debajo de su potencia real. Sus vidas están por debajo de sus capacidades. De esta forma se empequeñecen a sí mismos.

Procura vivir de tal manera que se pueda decir de ti con toda verdad: ¡Es un hombre!

¿Has reflexionado alguna vez sobre esta verdad: que la humanidad cuenta con muy pocos hombres?

Muchas chorlitos y cotorras. Pocas mujeres.

Muchos canarios, loritos y buitres. Pocos hombres.

¡Dios mío, cuánto bien se puede hacer hoy día!

Ahí están el apostolado, la catequesis, las obras sociales, el voluntariado, etc., etc.

El apostolado del laico por otro laico es muchas veces el más poderoso. El sacerdote no puede penetrar muchas veces en ciertos lugares donde será rechazado de entrada. En esos casos, se necesita el consejo de un apóstol seglar, de un compañero, de un hombre como los demás que vive su misma vida. Es un apostolado que produce grandes frutos. Sé apóstol en tu ambiente de estudio o de trabajo.



Cuando un valiente ha sacado a una persona de un incendio, de un precipicio, se le llama salvador. ¡Es más hermoso aún ser salvador de almas!

Evidentemente Dios puede salvarlas sin nosotros. Pero en la providencia ordinaria la causa primera se sirve de las causas segundas, y Dios ha querido que el hombre se salve por el hombre, que se salve socialmente. *Todo el que invoque de veras el nombre del Señor será salvo. Mas ¿cómo lo han de invocar, sino creen en Él? O ¿cómo, creerán en Él, sino han oído hablar de Él? Y ¿cómo oirán hablar de Él, sino se les predica?* (Rom. 10,13.)

Ahora bien, Dios a confiado a todos este glorioso encargo de la evangelización, no únicamente a los sacerdotes o religiosos. Los sacerdotes ya lo hacen desde el púlpito. Dios necesita también de ti. Participa a tu manera.

Mientras muchos apóstoles se sacrifican por los demás, algunos sucumben ante el duro trabajo, y los más veteranos se preguntan inquietos quién les reemplazará, ¿pasarás tú la juventud bostezando y lamentándote: ¡Qué lento pasa el tiempo, cómo me aburro!?

Estás en la plenitud de tu juventud. En el teatro del mundo tienes obligación de ser un actor y no un miserable fantoche, que aparece y desaparece sin ninguna trascendencia.

¡Y cuántos fantoches conocemos!

***

Además de las obras, no olvides el estudio. Para el joven que es tentado es un poderoso revulsivo.



Siempre los perezosos están más expuestos a las sugestiones del mal. Los jóvenes tocados por la impureza pronto pierden la afición al estudio. Frecuentemente se hacen holgazanes y perezosos, y salen mal de los exámenes.

Además, el vicio repercute en la memoria y en la inteligencia. Servir a los sentidos es hacer mala obra al pensamiento.

¿Quieres ser sabio? Pues bien, empieza por ser casto.

***

Participa de los círculos de estudios con otros jóvenes. Bien entendido, es una forma apasionante de formarte y de pasarlo bien.

Sentados fraternalmente alrededor de la misma mesa se hallan futuros técnicos, futuros médicos, futuros abogados, futuros periodistas.

No, no hay aburrimiento. ¡Tanto es el ingenio que se derrocha! Cuando se es joven fácilmente surge la chispa y la gracia en la conversación. Se reflexiona sobre diversos temas formativos: religión, filosofía, arte, preocupaciones sociales, proyectos desinteresados, experiencias de vida... ¡Qué juventud tan sana!

Son corazones jóvenes y profundos al mismo tiempo, entusiastas e ilusionados.. No tienen ya el egoísmo del niño, no tienen todavía el cálculo y los repliegues del hombre adulto.



Se estudian diversos temas que interesan a la juventud. Los males que afligen a la sociedad —pobreza, obstáculos, desgracias y peligros— les sirven de acicate para entregarse por los demás. Tienen toda la vida a su disposición, una vida para hacer algo grande, para darla, para arriesgarla… No sólo reflexionan sobre lo sublime, sino cómo llevarlo a la vida cotidiana, cómo ponerlo en práctica.

16.º arma: el miedo a la enfermedad

Ya lo hemos dicho: no se muere por ser casto. Pero se muere por no serlo.

Ofrecisteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y al desorden… ¿Qué frutos cosechasteis entonces de aquellas cosas que al presente os avergüenzan? Pues su fin es la muerte. (Romanos 6,19, 21)

El libertinaje compromete la salud, al menos de una manera indirecta, influyendo grandemente en la vida moral. El hábito impuro es una derrota de la voluntad. Por ello causa depresión y desaliento, los cuales se agravan con cada recaída.

El vicio solitario produce tristeza, aislamiento y remordimientos. El adolescente se ve degradado y humillado ante sus propios ojos. Está descontento de sí mismo. De ahí sus malas contestaciones, sus miradas esquivas, su irritabilidad, el poco dominio de sí mismo.

Crudas espinas bajo blandas flores,

Dolores con semblante de placeres,

Placeres con raíces de dolores…

R. León.

Crudas espinas bajo blandas flores,
Dolores con semblante de placeres,
Placeres con raíces de dolores...



***

Las enfermedades venéreas o de transmisión sexual son infecciones, como dice su nombre, que se transmiten sexualmente. Pero a veces no hace falta que haya contacto sexual, simplemente basta con el contacto cutáneo (sífilis, herpes virus, chancro blando…).

Son enfermedades específicas es decir, que cada una de ellas es causada por un germen determinado. No por eso se excluyen una a la otra; pueden darse simultáneamente en el mismo individuo.

Muchas de las enfermedades venéreas (sífilis, gonorrea, chancro blando…) fueron incurables hasta que no se halló un tratamiento específico que fuese eficaz.

El temor al contagio puede ser un medio suplementario que nos advierte de los peligros de la vida inmoral. Pero no confundamos la moral con la salud. Tener salud no es lo mismo que tener virtud. Aun cuando un hombre estuviera cierto que no va a contraer enfermedad alguna, o que se pudiese curar con un tratamiento médico, quedarían la ley natural y divina, y la sanción puesta por Dios mismo a la violación del orden moral. No es lo mismo temer el pecado que la enfermedad, el temor de ir al infierno que al hospital.

17.ª arma: la voluntad

En nuestra época de molicie y comodidad, será poco cuanto se diga de la importancia de la voluntad.

Muchas cosas en la vida enflaquecen la voluntad. Muy pocas la robustecen.

La sólida formación del carácter y la educación de la voluntad: tal debía ser el fin de todo formador de la juventud.

La pureza es una lucha que exige de luchadores.

Ayúdate de la lectura de algún hombre que ha sido modelo por su valentía e integridad moral. Nuestros esfuerzos personales no bastan siempre para fortificar nuestro carácter, y hemos de ayudarnos del ejemplo de otros.

¿Cuál piensas que es el fin de la educación?

Lo que el maestro hace es bien poco, lo más importante es lo que él hace hacer. Un buen maestro es aquel que logra de sus alumnos que se decidan libremente a luchar por sí mismos. Por sí mismos, porque cuando salgan del colegio el maestro no podrá estar a su lado para ayudarles.

Por sí mismos; porque, en definitiva, cada uno se salva a sí mismo.

No es tu confesor el que te salva.

No es tu director espiritual el que te salva, ni el sacerdote que celebra la misa. Ellos te muestran el camino; son, por decirlo así, como los letreros indicadores puestos en el camino del cielo. ¿Pero qué vale el mejor letrero indicador, que señala con mucha exactitud el fin, si el viajero no tiene ánimo para recorrer el camino? El letrero señala, pero no andará en lugar tuyo.

No es la Virgen ni los santos los que te salvan. Te incitan al bien, pero no te fuerzan.

Son magníficos guías. Pero si no les sigues… ¿de qué te sirve?...

Ni siquiera Dios es el que te salva, porque «Dios, que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti». (San Agustín).



Se te puede recomendar la virtud, pero a fin de cuentas, tú eres el que la debes practicar.

Nada te dispensará del esfuerzo que no admite sustitutos.

San Ignacio, a quien injustamente se acusa de haber sustituido la iniciativa propia con métodos y fórmulas, comienza los Ejercicios espirituales observando que es necesario «se exercere», ejercitarse a sí mismo. Es absolutamente imposible querer en lugar de ti, como alimentarse por ti, para suplir tus pocas ganas de comer.

* * *

Practica el bien tú mismo.

La virtud no es algo extrínseco, sino intrínseco. ¿Qué quiere, decir esto?

La protección de la pureza no puede limitarse a la precaución exterior de evitar las ocasiones peligrosas.

Más pronto o más tarde, te has de encontrar con el peligro, por eso debes de armarte de todas las armas para la lucha. El enemigo no de dejará, pero tú has de tener en ti mismo la fuerza para resistir[1].

Debes tener un principio interior que te lleve hacia el bien y que te haga reaccionar ante el mal.

La victoria no depende únicamente de causas exteriores, que muchas veces son incitaciones al mal, ni de las personas, ya que ninguno te podrá sustituirte en la lucha.

Debes resistir tú mismo, y tener, en el mejor sentido de la palabra, control de ti mismo.

Date cuenta que a todas partes llevas contigo tu disposición a la generosidad o a la desidia. Para los limpios, todas las cosas son limpias, mas para los impuros no hay nada limpio, por tener impuras su alma y su conciencia. (cf. Tito 1, 15).

Un joven, débil de carácter, puede sucumbir dentro de la familia más fervorosa, en un ambiente de mucha virtud.

---

[1] Jesucristo, al rogar por sus discípulos, decía a su Padre: «No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal». (Juan 17, 15)

San Pablo, habiendo, experimentado el aguijón de la carne y la bofetada de Satanás, escribía: «Tres veces pedí al Señor que la apartase de mí. Y me respondió: Te basta mi gracia» (2 Cor. 12, 8).

El Eclesiastés nos pone como ejemplo de vida «Al que ha sido hallado sin mancha; al que pudiendo traspasar la ley no la ha traspasado; al que pudiendo hacer el mal no lo hizo.» (31, 8).

Al contrario, un joven puede permanecer casto en los ambientes más funestos. Se mantendrá fuerte, si ha comprendido lo que es el amor verdadero y cuál es su deber; si se da cuenta de lo que supone un pecado mortal; si tiene convicciones sólidas sobre el cielo, sobre el infierno, sobre el amor que Jesucristo nos ha tenido para salvarnos de la muerte eterna.

Se dan casos de actores o actrices que han pasado muchos años trabajando en el mundo del espectáculo y que han observado una conducta irreprensible. Colocados por la fuerza de las circunstancias en condiciones poco propicias para la virtud, han procurado por la voluntad y la oración no ceder a las tentaciones que les asaltaban.

Todo lo dicho puede resumirse así: No está la victoria en el hecho extrínseco y negativo de no tener tentaciones (esto, por desgracia, es imposible), sino en el hecho intrínseco y positivo de poseer en sí mismo la determinación de luchar hasta el fin.

Sé hombre de conciencia.

El combate se libra en el centro de tu ser; en esta lucha íntima tú eres el luchador... Todo será en vano si acabas cediendo y bajas la guardia... Tu enemigo está dentro de ti, en tu imaginación, en tu corazón, en tus sentidos. Ahí es donde eres atacado, ahí es donde se lucha, donde serás vencedor o vencido; ahí es donde debes estar y obrar la fuerza de resistencia. De nada te servirán las ayudas externas si dentro no tienes una voluntad poderosa y resuelta para combatir y triunfar. Así, en definitiva, cada hombre es, con la ayuda de la gracia, el autor de su propia virtud.



18.° arma: una meditación de San Ignacio

Para dar a la voluntad esta decisión generosa de que acabamos de hablar, y para confirmar todos los medios antes dichos, será bien concluir con la «meditación de tres binarios o clases de hombres».

San Ignacio la propone en estos términos:

Sean tres binarios de hombres, cada uno de los cuales ha adquirido diez mil ducados, no pura o debidamente por amor de Dios. Todos quieren salvarse, y hallar en paz a Dios, nuestro Señor, quitando de sí la gravedad e impedimento que tienen para ello en la afición de la cosa adquirida.

El primer binario o clase querría, quitar el afecto que tiene a la cosa adquirida para hallar en paz a Dios, nuestro Señor, y poderse salvar, pero no pone los medios hasta la hora de la muerte.

El segundo quiere quitar el afecto, mas de tal manera le quiere quitar, que se quede con la cosa adquirida, de manera que venga Dios a lo que él quiere, y no determina de dejarla para ir a Dios.

El tercero quiere también quitar el afecto, mas así le quiere quitar, que no tiene afición a conservar la suma adquirida o a dejarla: Quiere solamente tenerla o no tenerla según que Dios, nuestro Señor, le ponga en voluntad y le parezca mejor para el servicio y alabanza de la divina Majestad. Y entre tanto quiere hacer cuenta que todo lo deja en afecto... De manera que sólo el deseo de mejor poder servir a Dios, nuestro Señor, le mueva a tomar la cosa o dejarla.



Quiero: hágase, Señor tu voluntad, ahora...

Cada una de estas tres clases de hombres siente el deseo de la perfección.

Pero para la primera todo se reduce a un vano lamento: «Oh, la generosidad, qué cosa tan magnífica, pero no es para mí. La cumbre es hermosa, la admiro, pero no tengo pies de alpinista, para escalar este Himalaya de la santidad». Y lanza un suspiro. Pero un suspiro no suple a un esfuerzo y un estado afectivo, no es un resultado efectivo.

La segunda clase va más lejos; tiene veleidades. Vacila, no está del todo determinado.

La tercera clase tiene voluntad. Quiere.

Estas tres distinciones pudieran tal vez expresarse en latín por estos tres diferentes modos y tiempos de un mismo verbo: Vellet... velit… vult!... (querría, quería, quiero)

SAN AGUSTÍN, en sus Confesiones, ha descrito admirablemente la segunda clase, en la que él se halló largo tiempo, antes de convertirse:

«Ardía yo en deseos de volar lejos de las cosas terrenas, hacia Ti, buenísimo, poderosísimo, misericordiosísimo, hermosísimo, fortísimo... Pero me entretenía y deleitaba mi mal y su dulzura mortal. Arrastraba yo mi cadena y temía verme libre de ella. Era yo arrebatado hacia Ti, y al punto era arrebatado lejos de Ti, por mi peso... Las bagatelas, las vanidades de vanidades, mis antiguos amigos, me tiraban de mi vestido de carne, y muy bajo me murmuraban al oído: ¿Qué, nos dejas? ¿y desde este momento no estaremos ya nunca contigo? Estas dos voluntades, la antigua y la nueva, la carnal y la espiritual, luchaban la una contra la otra, y en este combate mi alma quedaba como dispersa... Yo, Señor, te había pedido la castidad: pero... no para tan pronto. Temía ser oído y verme sano en seguida. Yo era el que quería, y yo era el que no quería, comenzaba y no comenzaba. Me sentía prisionero de mis antiguas culpas, y lanzaba gritos lastimeros: ¡mañana, mañana! ¿Por qué no ahora? ¡Por qué mis torpezas no habían de terminar al punto?»

Yo, Señor, te había pedido la castidad, pero no para tan pronto.



Esto mismo lamentaba Lope de Vega en uno de sus más hermosos sonetos, que terminaba diciendo a las incesantes y amorosas llamadas de Jesucristo a su corazón,

Mañana le abriremos, respondía;
para lo mismo responder mañana.

LA VICTORIA

Anímate pensando en el triunfo.

Día llegará en que cantes el canto de victoria.

Día radiante y glorioso el de los vencedores.

¡Con qué alegría vuelven del frente! Han luchado, han derramado su sangre. ¡Pero cómo olvidan todo en la apoteosis de la vuelta, en medio de la tormenta de las aclamaciones!

Joven casto, soldado heroico de la castidad, tú eres también un vencedor. «El que triunfa de sí mismo es más esforzado que el que toma ciudades por asalto.» No soy yo, es la Sagrada Escritura quien lo dice (Prov. 16, 32).

La antigüedad pagana sentía la misma admiración ante las victorias (¡entonces tan raras!) de la pureza. Al casto Escipión se le puso este epitafio: *Maxima cunctarum victoria: victa voluptas* (la máxima de todas las victorias es la victoria de la carne). Plutarco, al recordar que Alejandro rehusó abusar de la mujer y las hijas de Darío, añade: «Es más de rey el vencerse que vencer al enemigo.»

La guerra no se hace sin esfuerzo. Tú sabes muy bien que ningún camino de flores conduce a la gloria. Mira lo que se sacrifican algunos por un triunfo terreno. Los que anhelan ganar una carrera en un certamen tienen que someterse a un entrenamiento exigente y duro, estar dispuesto a padecer cansancio, sudores y frío, abstenerse de tomar bebidas alcohólicas, no llevar una vida cómoda y relajada….



San Pablo se vale también de esta imagen y la utiliza para animar al certamen a los que aspiran a una corona, no ya mortal, sino eterna. *¿ No sabéis*

que en las carreras del estadio todos corren, mas uno solo recibe el premio? ¡Corred de manera que lo consigáis! Los atletas se privan de todo; y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así pues, yo corro, no como a la ventura; y peleo, no como el que da golpes al aire. (1 Cor. 9, 24.)

No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús. Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama. (Fil. 3, 12.)

Que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. (1Tes. 5, 23.)

Porque las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria. (2 Cor, 4, 17.)

Porque yo estoy persuadido que los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con gloria venidera. (Rom. 8, 18.)

Y concluye por fin:

Porque yo sé bien en quién tengo puesta mi fe, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel Día. (2 Tm. 1, 12.)

He combatido un buen combate… Nada me resta, si no aguardar la corona de justicia me dará el Señor (2 Tm. 4, 7.)

Si tú combates el buen «combate de la pureza», ésta será también tu mayor aspiración.

Que todo vuestro ser se conserve sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo.



Palabras de Benedicto XVI a los jóvenes

Génova, domingo, 18 mayo 2008

El secreto y la belleza de una juventud permanente es vivir abierto a la esperanza, cosa que sólo da el encuentro real con Jesucristo.



Los años de la juventud están llenos de expectativas y de sueños. Es bello ser jóvenes; todos quieren serlo; y es que la juventud tiene aún todo el futuro por delante, y futuro significa tiempo de esperanza.

Es importante elegir las verdaderas promesas que abren al futuro, aún con renuncias. Y quien ha elegido a Dios, tiene aún en la vejez un futuro sin fin y sin amenazas ante sí.

Es importante elegir bien y no destruir el futuro, y la primera elección fundamental debe ser Dios, que se ha revelado en su Hijo Jesucristo; a la luz de esta elección se encuentran los criterios para las otras opciones necesarias.

Ser jóvenes implica ser buenos y generosos; y la bondad en persona es Jesús, a quien conocéis o a quien busca vuestro corazón. Es Jesús el Amigo que jamás traiciona, fiel hasta el don de la vida en la Cruz.

¡Rendíos a su amor!; porque sólo Él puede disolver vuestras ansias y temores y colmar vuestras expectativas.

Para encontrar el amor con Cristo, para encontrarle realmente como compañero de mi vida, tenemos ante todo que conocerle, como los dos discípulos que le siguen después de las parábolas del Bautista y le dicen: "Maestro, ¿dónde vives?", porque quieren conocerle de cerca.

Y entrar en una relación personal y real con Cristo exige el conocimiento de la Escritura, sobre todo del Evangelio, donde el Señor habla con nosotros.

No siempre son fáciles estas palabras, pero entrando en ellas, entrando en diálogo, llamando a la puerta de la Palabra diciendo al Señor: "¡Ábreme!", encontramos realmente palabras de vida eterna para hoy, actuales como lo fueron en su momento y como lo serán en el futuro.

Este coloquio con el Señor en la Escritura debe realizarse no sólo individualmente, sino también en la gran comunión de la Iglesia, donde Cristo está siempre presente, en la comunión de la Liturgia, del encuentro personalísimo de la Eucaristía y del sacramento de la Reconciliación en el que el Señor dice a cada uno: “Te perdono”.

¡Hay tantas dimensiones para entrar en el conocimiento de Jesús!, Entre éstas están la ayuda a los pobres y necesitados, brindando tiempo para los demás, y naturalmente también la vida de los santos, que ayudan a encontrar el verdadero rostro de Jesús.

Sólo así conocemos personalmente a Jesús y podemos también comunicar esta amistad nuestra a los demás, y superar la indiferencia, porque aunque parezca que no se tiene necesidad de un Dios, en realidad todos saben que algo falta en sus vidas, y al descubrir a Jesús dicen: “Es lo que estaba esperando”.

Cuanto más seamos de verdad amigos de Jesús, más podemos abrir el corazón a los demás para que también ellos sean verdaderamente jóvenes, o sea, tengan ante sí un gran futuro.

Anunciad a Cristo Señor, esperanza del mundo.

Cuanto más se aleja el hombre de Dios, su Fuente, más se extravía y más difícil se hace la convivencia humana. Estad unidos entre vosotros; ayudaos a vivir y a crecer en la fe y en la vida cristiana para poder ser testigos valientes del Señor.

Estad unidos, pero no cerrados. Sed humildes, pero no temerosos. Sed sencillos, pero no ingenuos. Sed reflexivos, pero no complicados. Entrad en diálogo con todos, pero sed vosotros mismos.

Permaneced en comunión con vuestros Pastores: son ministros del Evangelio, de la Divina Eucaristía, del perdón de Dios, padres y amigos, compañeros de vuestro camino.

Les necesitáis, y ellos —todos nosotros— os necesitamos,

Cada uno de vosotros, si permanece unido a Cristo y a la Iglesia, puede hacer grandes cosas.

"¡Confía en mí!". Esto nos repite hoy María. Una antigua oración, muy querida a la tradición popular, nos permite dirigirle estas palabras confiadas: "Acuérdate, oh Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno que haya acudido a tu protección, implorado tu auxilio, reclamado tu socorro, ha sido abandonado".